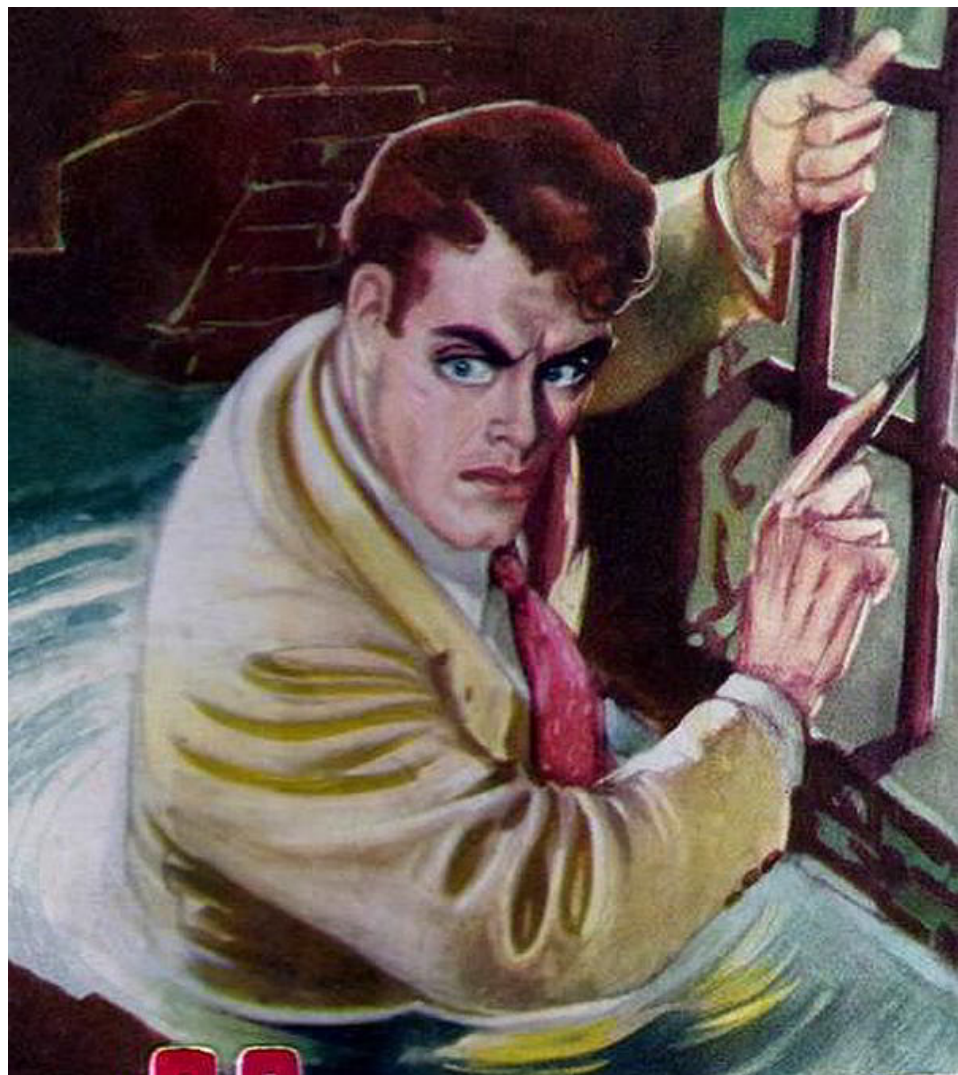




SS

**SERVICIO
SECRETO**

F.P. DUKE

UNA MANO EN LA SOMBRA

La última lección del curso había terminado. De los sesenta alumnos que ingresaran tres meses atrás, solamente diez habían resistido tan dura prueba. El resto fue eliminado por no poder soportar aquel intensísimo aprendizaje a que eran sometidos duramente todos los que aspiraban a ingresar en el «Federal Bureau of Investigation», vulgarmente conocido bajo el anagrama de

F. B. I.

Harlow Whovy, el profesor, levantó la clase a la una en punto de aquella mañana con esta frase solemne:

—Señores alumnos: ha concluido el curso para ustedes. —Y añadió —: marchar a almorzar, y esta tarde quedarán extendidas sus credenciales para que puedan tomar posesión del cargo.



F. P. Duke

Una mano en la sombra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 13

ePub r1.0

Lds 29.11.18



Título original: *Una mano en la sombra*

F. P. Duke, 1950

Cubierta: XXXX

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





F. D. DUKE

UNA MANO EN LA SOMBRA

1.^a EDICION
NOVBBE.-1950

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 284463



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

APTOS PARA LA LUCHA

La última lección del curso había terminado. De los sesenta alumnos que ingresaran tres meses atrás, solamente diez habían resistido tan dura prueba. El resto fue eliminado por no poder soportar aquel intensísimo aprendizaje a que eran sometidos duramente todos los que aspiraban a ingresar en el «Federal Bureau of Investigation», vulgarmente conocido bajo el anagrama de

F. B. I.

Harlow Whovy, el profesor, levantó la clase a la una en punto de aquella mañana con esta frase solemne:

—Señores alumnos: ha concluido el curso para ustedes. —Y añadió—: marchar a almorzar, y esta tarde quedarán extendidas sus credenciales para que puedan tomar posesión del cargo.

Todos los alumnos se levantaron con la alegría reflejada en los semblantes. El profesor, haciendo una seña a Clel Griffin y a Magde Laird, advirtió:

—Después del almuerzo, hagan el favor de pasar por mi despacho. Tengo instrucciones especiales para ambos.

Mientras recogían sus papeles, Clel, muy emocionado, miraba de reojo a Magde y como siempre, desde que ella ingresó en la Academia de Quántico, siguió admirando su belleza, su energía y su dominio de nervios.

Ahora, Clel, después de aquella convivencia de tres meses, se sentía entristecido por la clausura. La casualidad les había reunido en aquel trabajo duro como el granito y el Destino les iba a separar de nuevo, cuando él se había aficionado a la joven y hasta sentía

una atracción espiritual hacia ella, que si no era amor no podía definir qué era en aquel momento solemne.

Clel se entretuvo hasta que Magde hubo reunido todos sus papeles, y maniobró para acercarse a ella y salir juntos. Un poco emocionado, comentó:

—Esto se acabó, Magde. ¿No se alegra usted?

—Creo que sí, Clel —repuso ella, con voz musical—. Ha sido algo demasiado duro que creí terminaría con mis nervios.

—¿Los tiene usted, acaso? Yo, a veces, lo he dudado.

—Claro que los tengo, como todos. Pero aprendí a dominarlos de acuerdo con las reglas de esta Academia.

—En efecto. Pero a veces, nadie puede evitar que salten. Yo he tenido momento que creí no poder resistir esto.

—Todo es cuestión de voluntad, Clel. Cuando una persona quiere, puede llegar más lejos de lo que supone.

—Nosotros vamos más lejos todavía, y Dios sabe si para no encontrarnos más. Ésta es la pena, porque me he acostumbrado tanto a usted, a tenerla tan cerca y a estudiar juntos problemas fuera de clase, que creo que voy a sentir un vacío, un gran vacío cuando nos separemos.

—¡Qué le vamos a hacer! Nos hemos impuesto una misión y debemos cumplirla, aparte todo sentimentalismo. Cuando el trabajo nos agobie, quizá no tengamos tiempo ni para pensar en nosotros mismos.

—Pero siempre quedan horas en blanco para pensar, y yo sé que usted ocupará en mi cerebro muchas de esas horas. Soy un hombre tan falto de afectos personales, que me he dejado influenciar de usted y...

Magde se detuvo en seco y exclamó dolida:

—¡Por Dios, no irá a decirme que eso significa una declaración amorosa...!

—Pues... podía serlo, Magde. Quisiera que lo fuese.

—No piense en eso, Clel. Usted es un gran muchacho; yo le admiro por lo bueno y trabajador y por lo buen compañero, pero aquí vinimos a cursar criminología y no amor. Lo que nos espera lejos, será más prosaico y acaso más trágico; cuando el fantasma de la muerte nos amenaza, todo otro sentimiento huela.

—Parece que habla de la muerte como si estuviese desesperada

de la vida y no la temiese.

—Si usted la teme, ¿por qué se enroló en el F. B. I?

—No la temía..., creo que no la temo, pero nadie puede despreciarla a los veinticinco años, cuando el mundo se nos presenta muy ancho para caminar por él.

—Eso no dice nada. Clel. Se puede caminar por un sendero bordeado de flores, y tener el abismo a los pies. Si la vida no ofreciese eso como lo otro, sería odiosa.

—Es cierto. Quizá por eso me alegraría... En fin, perdone si me fui del seguro. Debe ser la alegría de ver cómo hemos triunfado y se nos ofrece de nuevo esa vida que dejamos atrás al encerrarnos entre estas paredes.

Habían alcanzado el comedor, en el que sus compañeros de aprendizaje celebraban el triunfo con risas y brindis. Habían llegado a la meta soñada, y pronto empezarían a caminar por senderos de espinas y gloria. Ambos almorzaron en silencio, entregados a sus íntimos pensamientos, y terminado el almuerzo se encaminaron al despacho del severo profesor de la Academia.

Éste les esperaba, sentado detrás de su mesa. El duro profesor se ajustó las gafas, examinando fríamente a la pareja, e indicó:

—Siéntense, que debo hablarles.

Obedecieron, Harlow repasó unos papeles, y añadió:

—Señorita Magde, tengo a la vista toda su documentación, y creo que es interesante recordar sus antecedentes. Hace tres meses justos, vino usted especialmente recomendada por el jefe superior de Investigación de Nueva York, para que en este centro, donde las mujeres son una excepción muy rara, cursase tan ampliamente como otro alumno cualquiera las prácticas obligadas para formar parte de la Policía Femenina Auxiliar. Su jefe necesitaba una mujer especial para un trabajo tan especial como usted, y por eso me la envió a esta Academia.

»Esto ya es mucho. Conceder a una mujer la supremacía sobre un hombre es algo muy particular. Yo no quiero prejuzgar si su jefe está acertado o no, pero sí creo que será usted, si no se malogra, una de las mujeres más aptas de dicho departamento. Es inteligente, de memoria, feliz, se asimila todo a la perfección, y sus nervios están bien equilibrados.

»Todo esto, en teoría, es magnífico; sólo falta que a la hora de

las crudas realidades no se resquebraje e desmorone, haciéndola fracasar y poniendo en la picota a quien tanto confió en usted.

»No tengo la menor queja de su comportamiento y sí mucho que elogiarle de él. He extremado mi celo respecto a su enseñanza, y nada de lo que aquí se puede aprender le es desconocido. El resto, depende de usted.

»Yo ignoro cómo consiguió llegar hasta su jefe, e interesarle tan profundamente. Como soy hombre muy rudo, no le ocultaré que deseché la idea de que hubiera influido su belleza algo más que sus dotes excepcionales.

Magde se ruborizó al oírle, y repuso:

—Le diré algo para tranquilizarle. El señor Soddy habló conmigo sólo tres veces. Llegué a él recomendada por el popular magistrado señor Ford, y esta recomendación es la que hizo el milagro.

—¡Ah!... Joe Ford... El notable magistrado a quien los traficantes en drogas llaman «Joe el Venenoso». Un gran abogado, y un mortal enemigo de los contrabandistas. ¿Ha pensado usted en algún momento que su misión esté relacionada con ese aspecto de la delincuencia?

—Mentiría si le dijese que no. Fui yo quien acudió a él solicitando su apoyo para entrar en la Policía, porque tenía algo muy hondo que vengar contra los traficantes en drogas. Alguien mató a un hermano mío, vigilante en el río, y esto es lo que me movió a solicitar un puesto en la Policía. Si no logro descubrir quién fue el asesino, trataré de contribuir a que la organización pague sus crímenes. Eso es todo.

—Bien, señorita; me alegraré que salga airosa de la prueba si llega ese caso, pero no olvide lo que voy a decirle. Aquí se exige lealtad absoluta, fidelidad máxima, eficiencia y valor. Usted salió airosa de la teoría, pero piense en que pueden ponerla a prueba en algo más sensible al dolor que la muerte. La carne es más débil, y debe fortalecerse para esas pruebas.

»Y ahora, señor Griffin —dijo, dirigiéndose a éste—, a usted le diré algo, aunque no tanto como a la señorita Laird. Usted se ha recomendado sólo para ingresar en nuestra Academia. Se lo ganó a pulso, cuando por su celo y conocimiento de las reglas mercantiles puso al descubierto el enorme fraude que la “Standard Insurance” había estado realizando durante mucho tiempo, sin que se

descubriese. Lo que hombres duchos en manejar cifras habían estado ideando durante varios años, creyendo que nadie podría descubrirlo, usted lo puso al desnudo en dos meses, y llevó a los tribunales a una de las más arteras organizaciones del robo y del chantaje. Esto le acreditó de hombre valioso y le sirvió como carta de presentación para ingresar en nuestra Academia.

»Ha demostrado usted, junto con la señorita Laird, ser mi mejor discípulo, lo que me enorgullece, y debido a esto añadiré algo: tengo orden de destacar al más eficiente de mis alumnos para una misión especial, y usted será destinado a ella. No sé si me equivocaré, pero, por las órdenes recibidas, creo que va a actuar en unión de la señorita Laird. Si así no es, al menos de momento, llevarán ustedes el mismo rumbo hasta recibir nuevas órdenes.

»Mañana saldrán directamente para Nueva York, y si bien se les prohíbe que durante el viaje den muestras de conocerse, ambos van destinados al mismo hotel. En el “Washington”, cuando den sus nombres, les indicarán las habitaciones que tienen reservadas, y allí recibirán las nuevas instrucciones para su futuro trabajo.

»Esto es cuanto tengo que decirles. Por mi parte, he informado como era de justicia sobre sus aptitudes, y lo que el porvenir les tenga deparado no es cosa mía... Que la suerte les acompañe en bien de la Ley.

Sobre la mesa tenía dos dólares de plata. Tomó uno, y ofreciéndoselo a Clel, dijo, sonriendo:

—Tome; aquí tiene usted su recompensa.

Clel, azorado, tomó el dólar, examinándolo confuso.

—Señor, no le comprendo —declaró—. Si se trata de una última prueba, temo fracasar en ella. No lo entiendo.

Harlow extendió el brazo, tomó la moneda, y, apretando los bordes, el dólar se abrió en dos mitades.

—Esto es, sencillamente —contestó—, que aquí dentro, en un microfilm, lleva usted su credencial de miembro del F. B. I.

Hay que prevenirse contra cualquier sorpresa para que su documentación no pase a manos extrañas. Si por cualquier circunstancia usted sufriese un registro, nadie podría relacionarle con pruebas con el

F. B. I.,

y sólo usted podrá descubrir su personalidad cuando le interese. Consérvelo como su propia vida, porque puede serle tan interesante como ella.

Le entregó el dólar, y, tomando el otro, se lo ofreció a Magde, indicando:

—Aquí tiene el suyo. Me lo han enviado de Nueva York a petición mía, pues pertenece a su Departamento.

Ambos tomaron las relucientes monedas, y las examinaron con curiosidad. Estaban tan bien ensambladas las dos mitades, que nadie a simple vista lo descubriría.

Harlow se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Mañana por la mañana —indicó— pasen a recoger sus billetes y una cantidad preliminar para el viaje.

Ambos abandonaron el despacho, y salieron al patio a respirar el aire fresco de la tarde. Sentados en uno de los bancos, Clel, emocionado, comentó:

—Parece usted un poco adivina, Magde.

—¿Por qué?

—Porque puso en duda que ésta fuese nuestra última entrevista. Aun confío en que el Destino nos tenga unidos para muchas cosas en la vida.

Ella, tras un instante de vacilación, repuso:

—Quizá sea así, pero escuche esto, Clel. Yo le ruego que no alimente muchas esperanzas ni se entregue a pensamientos que le distraigan de su misión. Vamos a sumirnos en un mar desconocido, donde toda atención debe estar reconcentrada en la labor a desarrollar, y sería trágico que por ocuparnos de cosas secundarias, usted o yo sufriésemos algún serio contratiempo. Por mí sé decirle que si he de verme forzada a tenerle por compañero, no será usted a mi lado más que eso. Será cruel para sus ilusiones, pero debo ser terriblemente sincera. Es mucho lo que exponemos para jugar tontamente con ello.

Clel, comprendiendo sus razones, contestó sinceramente:

—Me hago cargo de su punto de vista, y le afirmaré una cosa. Quiero contribuir a la misión que se ha impuesto, y la ayudaré con todas mis fuerzas en esa tarea vengadora. Mientras esté por realizar, mis sentimientos no contarán para nada, y sólo después, cuando la tensión ceda y usted haya dejado satisfecho su anhelo, será el

momento en que yo pueda pensar en eso.

—O no, Clel; ya le he dicho que no se haga ilusiones; pero como soy de las que no se atreven neciamente a vaticinar el porvenir, no puedo afirmar que hoy, mañana, o nunca, pueda suceder lo que usted parece anhelar. Es cuanto puedo decirle.

Y así terminaron aquella penosa conversación para entregarse a preparar sus efectos y emprender el largo y pesado viaje a su punto de destino.

Siguiendo las severas órdenes recibidas, abandonaron separadamente la Academia para dirigirse al tren, y en vagones distintos se dispusieron a realizar el viaje.

Clel fue el último en subir al vagón para ver dónde viajaría la muchacha, pero ni un gesto ni una mueca sirvieron para que nadie les relacionase entre sí.

El largo trayecto hasta Nueva York fue para Clel algo penoso por lo solitario. Entregado a sus meditaciones, se alegró con toda el alma de que le destinasen a algo en lo que tuviese que trabajar en unión de Magde, pero se sentía triste recordando las advertencias de la joven. Ésta sólo viviría para su trabajo, y nada le autorizaría en ningún momento a insistir en sus pretensiones amorosas, que ahora parecían haber crecido, precisamente porque empezaba a alzarse ante él una invisible barrera que no sabía si podría salvar.

Sin embargo, era obstinado y paciente. Lo había demostrado desde que, sólo en el mundo, se vio obligado a dar la cara a la vida, elevándose a pulso. Sus estudios de contabilidad le aseguraron un bienestar en aquella Compañía, donde poco más tarde observó tales irregularidades que su conciencia y su honradez no le permitieron dejar de denunciarlas.

Y, sabiendo que se jugaba el cargo, no dudó en dar cuenta a la policía del desfalco. La Compañía fue intervenida. Con su asesoramiento, los técnicos comprobaron el fraude, y algunos miembros destacados de la empresa pasaron a una prisión a reflexionar amargamente sobre los inconvenientes de saber demasiadas matemáticas, pero Clel se quedó sin empleo, y únicamente recibió una pequeña gratificación a cuenta del activo salvado.

El jefe de policía le dio las más efusivas gracias por su honrada intervención, y Clel, amargamente, dijo:

—Eso es muy halagüeño para mí; pero... ¿y ahora? Me he quedado sin empleo para el porvenir.

El policía, tras un momento de duda, contestó:

—Es cierto; pero acaso, sin saberlo, ha descorrido usted el velo de su futuro. ¿Por qué no ingresa en el

F. B. I.?

Es usted joven, fuerte, animoso y listo. Si posee aguante para soportar la enseñanza, puede salir de Quántico convertido en un policía eficiente, y tendrá asegurado el porvenir. Piénselo, y, si le parece bien, venga a verme y le enviaré a la Academia para que le tomen la medida.

Clel no lo pensó mucho. Al día siguiente visitó al policía para notificarle que estaba decidido a seguir su consejo, y el jefe le puso en antecedentes sobre lo que tenía que hacer. Cursada la instancia, fue llamado para cursar las primeras pruebas, y... allí estaba viajando camino de Nueva York otra vez, con su credencial de miembro del «Federal Bureau of Investigation» escondido ingeniosamente en un dólar de plata, y dispuesto a correr las más extrañas aventuras que jamás hubiese soñado correr.

Todo iría bien si al final redondeaba su vida con el amor de Magde. Se le estaba metiendo muy dentro del alma, y se prometía intentar lo irrealizable para conquistar su corazón y convertirla un día en la amante y fiel esposa que él se imaginaba que sería la muchacha.

CAPÍTULO II

UNA ENCERRONA

El tren entró de noche en la inmensa, estación. Un tráfico enorme se observaba en ella, y Magde, despreocupándose de Clel, aceptó el ofrecimiento de un mozo que se brindó a tomar su modesto equipaje, guiándola fuera de la estación y haciendo luego señas a un taxi parado.

El chófer tomó la maleta y la acomodó en el pescante.

Una bruma espesa, procedente del río, flotaba como un azulado velo sobre la ciudad. Era un velo acuoso, amenazador de lluvia, que velaba la visión a corta distancia.

Magde sintió el frío húmedo de la noche, y se arrellanó en el auto, dando la dirección del hotel.

El vehículo arrancó. A través de los vidrios empañados descubría luces fugaces pasando raudas y desvaídas, en tanto se abstraía en sus pensamientos.

Súbitamente se sintió sacudida por una sensación de soledad, obscuridad y silencio. Ya no captaba luces a través del vidrio empañado de la portezuela, y le parecía que el auto rodaba por una senda negra y extraña.

Sin saber por qué, se alarmó. Recordaba las palabras de su profesor en la Academia. Su fortaleza moral y material habrían de ser puestas a prueba en los avatares de la vida, y llegó a sospechar que estaba empezando a saborear el ácido fruto de la incipiente batalla.

Abrió su bolso, y extrajo la pequeña pistola que le habían regalado en la Academia. Estaba cargada, y ella dispuesta a usarla

con pulso firme, animosa.

Empuñándola decidida, dio un golpe en el cristal delantero, a espaldas del conductor, para obligarle a detenerse y volver a lugares poblados. Si se negaba, le amenazaría, y si se veía en peligro, no dudaría en disparar. Pero, con gran asombro suyo, apenas dio el golpe en el cristal, captó un clic metálico, y dentro del vehículo la obscuridad se hizo mayor, hasta que súbitamente la pequeña luz fija en el techo se encendió.

Y lo que pudo observar a su amarillento resplandor la dejó pasmada. Los cristales de la portezuela y de la parte fronteriza habían desaparecido tras unas planchas metálicas, que, surgiendo impulsadas por algún muelle, dejaban ocultos los cristales, aislándola como en una celda. Sufrió una sensación de angustia que trató de dominar. Se daba cuenta de que ya no existían medias tintas. Alguien la había cazado ingeniosamente, y lo que le esperase después era lo que debía preocuparla.

Lo que la confundía era pensar cómo la habían descubierto y localizado con tal rapidez. Aquél era un misterio tan extraño y un caso tan absurdo, que más tarde, si salvaba el peligro, debía pensar en él.

No se hubiese extrañado de ello de llevar algún tiempo actuando. Sólo podía admitir que si su organización era tan hábil, la enemiga lo era más, a menos... que alguien estuviese traicionando a aquélla y vendiendo los secretos del Departamento de Investigación.

Había que pensar en ello, porque trabajar en aquellas condiciones era un suicidio: pero de momento sólo debía pensar en ella y en su salvación. La habían encerrado, pero contaba con una pistola cargada y una decisión heroica, de defenderse.

El auto siguió rodando. No sabía por dónde, pero rodaba, y así transcurrieren más de veinte minutos. Lo comprobó por su reloj de pulsera. Al término de este plazo, el vehículo se detuvo bruscamente, y Magde se envaró con la pistola en la mano, dispuesta a disparar sobre el primero que intentase hacer presa en ella al descender del auto.

La puerta cedió al ser empujada hacia delante por una mano invisible, y una voz ruda ordenó:

—Salga, señorita, y no cometa estupideces. Hay tres revólveres apuntando al vano de salida. Compruébelo.

La firme mano de la joven descendió, flácida. Debíó comprender que se trataba de gente avezada a la lucha, y que no cometerían ningún fallo o error.

Descendió con la pistola amartillada. Si le daban ocasión para usarla, no vacilaría en hacerlo; pero apenas adelantó el cuerpo, una ruda mano que surgió del lado izquierdo de la ventanilla aferró su muñeca y la retorció sin miramiento, para arrebatarle el arma.

Magde no hizo oposición, pero flexionó el brazo hacia su espalda, y, doblando la pierna hacia atrás, machacó con el tacón la tibia del desconocido. Éste, emitió un rugido de dolor, y apretó de tal forma el brazo de la joven, que la obligó a soltar el arma cuando ya los dos compañeros del agredido saltaban sobre ella y le aplicaban los revólveres al pecho.

—Quieta, o disparamos, maldita sea su linda estampa... Oscar, debiste sospechar que la fierecilla no era manteca precisamente, y que conoce varias reglas de defensa y ataque. Procede de lugares donde eso se enseña científicamente.

Magde escuchó tensa. Parecía que aquellos tipos sabían de ella más que sospechaba, y estaba empezando a prepararse para lo que viniese después.

—La hubiese matado de buena gana, de no ser por lo que es —rezongó el llamado Oscar—. Me ha dejado imposibilitado para andar durante quince días.

—Un descanso no cae mal nunca, Oscar —afirmó un compañero—. Vamos, señorita, camine por delante, y ojo con las llaves y presas. Nosotros sabemos algo de eso también.

Magde había tratado de abarcar el obscuro paisaje que se ofrecía a sus ojos. Un espacio cercado por un muro de ladrillo ennegrecido, y, al frente, un pabellón de dos pisos con puerta central y cuatro escalones.

—Tú delante, Adrián. Enciende la luz primero, para evitar complicaciones con esta suave trucha.

El llamado Adrián se adelantó, y abrió la puerta con una llave que chirrió lastimera al girar.

Una luz brilló en el pasillo. Otro de los intrusos tomó a Magde por el brazo, sin apartar el revólver de su costado, y la empujó dentro, cerrando la puerta.

Al final del pasillo, Adrián encendió una nueva luz, después de

abrir otra puerta. Magde fue introducida en una estancia destartada, en la que sólo descubrió objetos capaces de infundir miedo al más templado.

En el centro había un gran sillón dotado de recias correas, destinadas sin duda a amarrar a las víctimas allí recluidas. En la pared se destacaba un látigo de nueve colas, método bastante explícito para soltar lenguas trabadas, y además unos brazaletes de hierro con pinchos que debían ceñirse a las carnes, clavándose en ellas dolorosa y profundamente.

Ya los cuatro dentro, Oscar, que había penetrado cojeando y se sentó sobre el reborde de una caja cerrada, conteniendo quizá más instrumentos de tortura, comentó:

—Un pobre pero expresivo museo, ¿no le parece? Es más eficaz todo esto que una discoteca, porque hay que ver lo que hace cantar. Espero que su buen sentido le haga comprender que lo usaremos, aunque con gran repugnancia, si no se muestra comprensiva. ¿Nos entiende bien?

Ella no contestó. Estaba contemplando alternativamente la faz de los tres, y parecía estudiar sus íntimos pensamientos a través de sus ojos un poco burlones.

Los tres eran hombres jóvenes que no excedían de los treinta años, vigorosos, bien constituidos y de facciones enérgicas. Hombres seleccionados y casi uniformes en el porte, como los de su propia organización.

Como no respondiera, su interlocutor insistió:

—¿No tiene nada que contestar, señorita?

—Nada. No sé quiénes son ustedes ni por qué me han traído aquí, ni qué quieren de mí. Acabo de llegar a Nueva York procedente de Nueva Jersey, y no sé qué relación puede tener mi persona con ustedes. Soy figurinista de modelos para algunas revistas de la nación, y estoy sospechando que han debido equivocarse de persona.

—Muy bien. ¿Conque modelista? ¿Acaso traza sus figurines con una «Star»? Serán detonantes.

Los tres rieron el chiste, pero Magde repuso, enérgica:

—Pertenece a un hermano mío que murió, y la traje en el bolso cuando salí de casa. Al verme encerrada en el auto me acordé de ella, y quise defenderme. Eso lo hubiese hecho cualquier otra en mi

caso.

—Cualquier otra que sepa esgrima como usted, cosa muy útil para dibujar figurines. En fin, como no estamos para perder el tiempo, escuche esto. Adrián, léele su filiación a la señorita figurinista.

El llamado Adrián sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno de notas, y empezó a rezongar:

—«Magde Laird cumplió veintitrés años el 2 de enero, natural de Square, cerca de Filadelfia, en Nueva Jersey; hija de Charles Laird, que fue misionero, y de Bárbara Cagney, de profesión maestra, hasta hace muy poco tiempo, que abandonó la escuela para venir a Nueva York. Estatura, un metro sesenta; cabello rubio, tirando a azafranado; ojos grises y acerados; mentón saliente orejas, pequeñas, calza un 35, viste con elegancia y dibuja bien. Llegó a esta capital hace tres meses y medio, y debido a la recomendación del jefe superior de Investigación Criminal, ingresó extraoficialmente para practicar como policía en la Academia del F. B. I.

el día 19 de enero. Ha cumplido los tres meses de aprendizaje, y salió hace tres días de Quántico para venir a ésta...». Si la agraciada necesita algún dato más, se los podemos facilitar, aunque no sean precisos.

—Sí —gruñó Oscar—. Podemos añadir que es linda y que cocea muy bien. Son datos para su ficha.

Magde, tensa, había escuchado el informe y examinaba con calma los ojos burlones de Adrián. Por fin, dijo:

—Un bonito informe para la agraciada. Mi nombre es Magde, y mi profesión modelista. Pueden pedir informes a las revistas que les indique.

—Preferimos pedírseles a usted, pero de lo que nos interesa. Haga el favor de decir cuál es su destino y su misión aquí. Si no habla, vea lo que le rodea.

Señaló la pared con la mano. Magde, desdeñosa, respondió:

—Lo que tenía que decir, lo he dicho. Están equivocados, y no sé de qué me hablan. Hagan lo que les parezca.

—Muy bien, señorita. Le hemos ofrecido la paz, y desea la lucha. Adrián, elige el modo más rápido para hacer cantar a esta canario mudo.

El llamado Adrián descolgó el látigo, y, acariciando las ásperas correas, comentó:

—Para una gata arisca, nueve colas de un gato creo que son lo más indicado. ¿No te parece, Bob?

—Probaremos. Si no, habrá algo más definitivo. Pero date prisa, porque no podemos perder tiempo.

Magde palideció al ver a su agresor con el látigo en la mano. Estuvo a punto de decir algo que pugnaba por brotar de sus labios, pero apretó los dientes, rabiosa.

—¿Iba usted a decir algo? —preguntó Bob, con burla.

—Sí; que son unos miserables apelando a esto. Quizá algún día pueda decirles lo que pienso de ustedes.

—Estamos acostumbrados a que nos insulten, y hasta que nos cacen a tiros. Después de esto, comprenderá que perdimos los escrúpulos hace tiempo.

—Hasta con las mujeres —le escupió Magde.

—Hasta con ellas, porque son más peligrosas. Vamos, Adrián, no lo pienses más; si te repugna, lo haré yo.

—No, diablo; soy bastante hombre para esto.

—¿Hablará? —preguntó, nervioso, agitando el látigo.

—¡No!...

El brazo de Adrián describió un círculo en el aire, y las correas fueron a ceñirse a la espalda de Magde, que emitió un grito de dolor, pero apretó los dientes para resistir. Sobre la blanca blusa se marcaron unos puntos de sangre donde se clavaron las correas.

Adrián quedó con el látigo suspendido, y miró a sus compañeros. Luego, rezongó:

—No sirvo para esto, Bob. Mi fuerte es la pistola. Como opino que lo que el jefe desea es suprimir este peligro, y ya ves, no parece dispuesta a hablar, creo lo mejor suprimirla de una vez. Un tiro me bastará, Bob.

Éste se encogió de hombros, diciendo:

—Haz lo que quieras, Adrián. Si no habla, puedes matarla. Diremos que se negó y nos vimos obligados a hacerlo.

—Creo que es lo mejor. Así sufrirá menos. Soy tan sensible, que no puedo ver llorar a una mujer ni martirizarla. Aparte de que no es estético.

Tomó el revólver, y, apuntando a Magde, preguntó:

—¿Hablará? Es su última oportunidad. Piénselo.

—¡¡No!!...

—Entonces, que Dios la acoja en su seno.

Estiró el brazo y apuntó. El cuerpo de la joven se estremeció, pero quedó rígida. Vibró la detonación, expandiendo el humo por la estancia.

Pero no se produjo ni un grito ni la caída de la muchacha. Solamente un poco de humo.

Bob, con gesto de asombro, preguntó:

—¿Qué diablos es eso, Adrián? ¿Tú, errando un tiro?

Adrián miró el cañón del arma con cómico asombro, y, dirigiéndole a Magde, que blanca como la cera, pero tensa, se erguía en pie, con las manos aferradas por detrás a los brazos del sillón, suplicó:

—Perdone, señorita; otra vez lo haré mejor. Lamento el mal rato que le hemos hecho pasar, pero así tenía que ser. Las órdenes eran terminantes, y no podíamos dejar nada al azar. Le presento a mis compañeros Bob Garden, Oscar Stepleton y yo, Adrián Clune, los tres al servicio del

F. B. I.

La superioridad necesitaba poseer la plena seguridad de que usted era la muchacha fuerte y valiente que precisan para determinado servicio, y había que ponerla a prueba. Por nuestra seguridad y nuestras vidas, no podíamos confiar en usted mientras no supiésemos que nos ofrecía el máximo de garantías. Ahora, nuestro informe será el más favorable que hemos tenido oportunidad de redactar hace tiempo.

Los colores afluyeron al pálido rostro de Magde como una oleada de sangre, y en sus ojos brilló una luz extraña que no podía definirse si era de satisfacción o de rabia, pero se limitó a apretar los dientes sin contestar a la explicación.

Bob, acercándose a ella, manifestó, dolido:

—Créanos que lamentarnos el habernos visto obligados a tener que usar estos procedimientos un poco salvajes, pero debemos, como usted, obediencia ciega a nuestra organización, y no había otro remedio. Quizá ha sido usted más valiente y entera que nosotros al soportar la prueba, y nos ha dado una lección de bravura por si nos llega la hora de recordarla. Aquí tengo un frasco

con un bálsamo que atenuará el efecto del latigazo. Espero que este bárbaro no haya apretado la mano, demasiado, porque lo deploraría toda la vida.

—Lo hice regularmente —se excusó Adrián, confuso.

—Gracias —dijo secamente ella—. Si ustedes han cumplido ya con su deber, espero que nada me impedirá marchar y cumplir con el mío.

—Nada en absoluto, señorita; se lo garantizo. Aquí tiene el frasco; no lo desdeñe, pues le puedo asegurar su eficacia. Y ahora, si no siente repugnancia en ello, la llevaremos a su hotel en el mismo auto. No tenemos otro ni debemos emplearlo para no levantar sospechas.

—Me es igual, con tal de salir pronto de aquí.

—Personalmente la acompañaremos hasta cerca del hotel.

Salieron con Magde al despoblado. El edificio estaba enclavado al borde de una carretera de segundo orden.

A toda marcha el auto alcanzó de nuevo la ciudad, y, antes de llegar al hotel, los tres policías se apearon, despidiéndose con un saludo amistoso de Magde. Ésta correspondió con desdén, y se retrepó contra el respaldo del coche, para incorporarse vivamente al sentir el roce. Habían flagelado sus delicadas carnes estúpidamente, y era algo que no perdonaría, aunque comprendía que se trataba de una medida de seguridad ajena a la voluntad de sus compañeros de peligroso trabajo.

CAPÍTULO III

UN CLIMA DEMASIADO PELIGROSO

Cuando Clel se apeó del tren, no consiguió descubrir a Magde en el barullo que reinaba en la estación. Desentendiéndose de ella, seguro de que la vería en el hotel, salió a la calzada, y, tomando un taxi el azar, dio las señas del hotel.

Éste, ni pobre ni lujoso, era uno de los muchos establecimientos de su clase enclavados en la parte oeste de la ciudad, y parecía tranquilo y reservado.

Entregó su maleta a uno de los empleados, y preguntó al encargado de recepción:

—¿No hay reservada una habitación para Clel Griffin?

—En efecto, señor; piso segundo, departamento número 96.

Acompañado de un mozo se dirigió al ascensor, y entró luego en un departamento bastante confortable. Un dormitorio con un gabinete, y, a la derecha, el cuarto de baño. En el gabinete, una puerta con cerrojo que debía comunicar con el departamento inmediato.

—¿Cenará el señor? —preguntó el mozo.

—Cuando me lave un poco, bajaré al comedor.

Se aseó someramente, cambió su ropa de viaje por un atuendo más presentable, y tres cuartos de hora después se hallaba en el *hall*.

Se asomó al comedor, poco concurrido por ser ya algo tarde, y como no descubriese a Magde en él, se dirigió al mostrador, preguntando:

—¿No ha llegado aún la señorita Magde Laird?

El empleado repasó el libro-registro, contestando:

—Departamento número 95. No; no, señor; aun no llegó.

Dio las gracias, y se separó, un poco intrigado. No se explicaba la tardanza de la joven, pero no creyó que era para alarmarle. Llegaría de un momento a otro.

Tomó al albur un diario de los que, encontró en la mesa del *hall*, y penetró en el comedor. Llevaba muchos días sin leer periódicos, por falta de tiempo, y quería ponerse al tanto de las últimas novedades.

Después de elegir menú, y mientras le servían, abrió el diario. Era una edición de aquella misma noche, y, con curiosidad, empezó a repasar los titulares.

Súbitamente, se detuvo en uno a tres columnas de enormes caracteres. Se trataba de una noticia sensacionalista que le intrigó por muchas razones.

Los grandes titulares decían:

«DRAMÁTICO ATENTADO CONTRA EL NOTABLE MAGISTRADO
MISTER JOE FORD»

«El popular hombre de leyes, ileso por un verdadero milagro».

El nombre de Joe fue una revelación para Clel. Recordaba su última entrevista con el profesor Whovy, de la Academia del F. B. I.,

y recordaba también que Ford había sido quien recomendara a Magde al jefe de policía.

Ávidamente devoró la sensacional información, en la que se daba cuenta del suceso de esta forma:

«En la mañana de ayer se vio en el Palacio de Justicia la causa contra Norman Silverman, acusado de asesinato en dramáticas circunstancias.

»Como nuestros lectores recordarán, hace un mes, la policía, que trabaja activamente para descubrir y

anular las misteriosas bandas de traficantes en drogas que infestan la nación, consiguió localizar a uno de los insignificantes pero activos propagadores de las terribles drogas. Se trataba de la florista del “Ambassador” Andy Pay, que, con el pretexto de vender flores en dicho local, surtía de drogas a la clientela aficionada a esta clase de lento suicidio.

»La policía, que tenía sospechas de que elementos como la citada florista eran los propagadores en pequeña escala de la cocaína, morfina, etc., la tenía vigilada hacía bastante tiempo, hasta que una noche la cogió in fraganti facilitando cocaína a una notable estrella de la pantalla, asidua al local.

»La florista se revolvió furiosa contra la policía, armando un terrible escándalo, pero los agentes, sin preocuparse de la agresiva actitud de la muchacha, la sacaron medio a rastras del local, para llevársela en un auto al Departamento de Investigación, donde esperaban obtener de ella datos valiosos que sirviesen para seguir nuevas y más valiosas pistas.

»Pero cuando entre dos la sacaban como un fardo para introducirla en el auto, un individuo que se hallaba emboscado en las sombras, armado con una pistola ametralladora, hizo funcionar su mortífera arma, y los dos agentes, así como la florista, cayeron a la misma puerta del famoso club, acribillados a balazos.

»El revuelo que se armó fue espantoso. La gente, alocada, huía en todas direcciones, temiendo ser víctima de aquel espantoso crepitar de proyectiles, mientras que el criminal, que sin duda se hallaba vigilando a la florista para evitar que, si era detenida, pudiese hablar, huía tratando de desvanecerse en las sombras.

»Gracias al arrojo y sangre fría de dos miembros del

F. B. I.

que seguían a sus dos caídos compañeros, el criminal no consiguió su propósito. Ambos agentes, sin perder la serenidad ni intimidarse por tan mortífera arma, se lanzaron en persecución del *gángster*, iniciándose una caza mortal, que acabó de sembrar el pánico en los alrededores de la Quinta Avenida.

»Fue una suerte para la policía que el misterioso criminales hubiese descargado plenamente su pistola ametralladora para asegurar la muerte de la florista, pues, sin tiempo para cargarla en su desesperada huida, se vio obligado a abandonarla, intentando defender su vida con una pistola de tipo corriente, con la que disparó varias veces sobre sus perseguidores, hiriendo levemente a uno de ellos.

»Pero su carrera fue corta. Dos tiros dirigidos a sus piernas le imposibilitaron para seguir adelante, mas cuando cayeron sobre él se vieron obligados a sostener una lucha terrible, ya que el pistolero, Norman Silverman, se defendió como un tigre, causándoles numerosas erosiones.

»Hubo que aporrearle en la cabeza para reducirle a la impotencia, y más tarde fue encerrado en un sólido calabozo del Palacio de Justicia, donde se le tomó declaración cuando recobró el conocimiento.

»Ignoramos si Norman hizo alguna confidencia a la policía, aunque tenemos la impresión de que ésta no consiguió de él dato alguno, a pesar de los esfuerzos realizados para obligarle a hablar.

»Esta mañana se vio el juicio contra Norman, y actuó como acusador el notable y valiente magistrado señor Ford, especializado en esta clase de procesos, por su firmeza y su bravura para no dejarse intimidar por las muchas y serias amenazas que lleva recibidas.

»Como es lógico, se tomaron todas las precauciones

imaginables para proteger el palacio y al heroico magistrado, uno de los más honrados con que contamos, y el juicio, celebrado a puerta cerrada para evitar nuevas agresiones, fue breve.

»Norman se encerró en un mutismo feroz, del que no se le pudo sacar, y el señor Ford, tras una acusación dura y brillante en la que flageló cruelmente a estas bandas de asesinos de la humanidad, señaló tan concretamente la culpabilidad del acusado, que el jurado le condenó a la silla eléctrica.

»Rodeado de todo aparato de fuerzas, Norman fue trasladado a su celda, y el señor Ford, terminada su actuación, montó en su auto, y, rodeado por media docena de motocicletas de la policía, se dirigió a su “villa”.

»Más cuando el auto, a buena velocidad, había entrado en Bronx y seguía el Gran Bulevar para desembocar en la Avenida Mosholu Parkway, un potente y negro “Cadillac” que no pudo ser identificado se cruzó con el coche del severo magistrado, y del interior partió una serie de disparos de pistola ametralladora, que hicieron saltar los neumáticos y clavaron balas en numerosos lugares del radiador y el guardabarros.

»Tres de los motoristas que intentaron la inmediata persecución del misterioso auto se vieron detenidos al recibir en sus máquinas nuevos impactos, que las inutilizaron, y el resto, cuando pudo emprender la caza, no consiguió, a pesar del esfuerzo, dar alcance al auto, que se perdió de vista.

»Por fortuna, el señor Ford no sufrió herida alguna. El auto, bien blindado, encajó los impactos en su fuerte coraza, y únicamente, de haber conseguido introducir los proyectiles por las ventanillas, le hubiesen alcanzado.

»El bravo magistrado se apresuró a descender del auto para auxiliar a los policías, que, al volcar por el estallido de sus neumáticos, habían resultado lesionados, y en su coche les trasladó al sanatorio más cercano, continuando después hacia su domicilio.

»Hemos hablado un momento con el señor Ford, quien nos ha mostrado varios de los anónimos que colecciona.

»Cada semana recibe alguno, pues siempre tiene varias causas entre manos contra individuos acusados de intervenir en el comercio de drogas.

»Pero el señor Ford, que quiere dar un ejemplo de ciudadanía, desdeñando tales amenazas, no se intimida por ellas. Está dispuesto a intervenir en todo lo que signifique limpiar la nación de contrabandistas de estupefacientes, y dice que seguirá acusándoles con mano dura. Si no se les puede barrer de una vez, al menos, eliminándoles, uno a uno, se llegará a liquidarlos.

»Esperamos que, a costa de lo que sea, se localice el auto agresor, y por él se llegue a alguna pista importante que lleve a la policía al fondo del asunto».

Griffin, muy preocupado por lo que acababa de leer, dobló el diario, dejándolo sobre sus rodillas, y se entregó mecánicamente a devorar el menú que le había sido servido. Aquella información ponía de manifiesto que el asunto de las drogas iba adquiriendo un cariz demasiado trágico, y creía adivinar qué tanto él como Magde estaban destinados a trabajar en tan espinoso y dramático asunto.

Y una inquietud enorme le invadió el ponderar dónde podían llevar a la joven de una manera fría y despiadada. Hombres de aquella naturaleza no perdonaban a nadie cuando sabían en peligro su negocio y sus vidas, y los creía capaces de las mayores barbaridades contra todo el que tratase de interponerse en su camino.

Cuando terminó la cena, dobló el periódico y se lo guardó en el

bolsillo. Luego, reaccionó, y, al tender la vista por el comedor, volvió a recordar a Magde.

O no había llegado, lo que era para alarmarle, o había renunciado a la cena, recluyéndose en su dormitorio. Ahora sabía que la tenía por vecina de cuarto. Esto, sin duda, era obra de los que les dirigían, quizá para que pudiesen comunicarse sin testigos a través de aquella puerta de comunicación. Sin preguntar de nuevo por Magde en el mostrador, subió al piso y llamó a la puerta del número 95, pero nadie respondió a la llamada.

Lleno de zozobra descendió al *hall*, y se sentó en un butacón frente a la puerta. Desde allí la vería entrar si regresaba, y si no... Tendría que hacer algo para advertir a sus superiores de lo que sucedía.

Repasaba distraído algunas revistas, cuando, sobre las doce, un auto se detuvo a la puerta, y la grácil silueta de Magde apareció en el umbral.

Griffin la miró ávidamente, y no dejó de observar la lividez de su rostro y su expresión de hondo sufrimiento.

Sin decir palabra ni hacer gesto alguno, se encaminó al ascensor, y luego entró en su habitación, donde esperó anhelante hasta que sintió subir a la joven.

Ésta pidió su habitación, y en unión de una camarera fue a ocuparla. Clel, con la puerta entornada, oyó a la sirvienta preguntar si deseaba alguna cosa, y la negativa de ella por aquel momento.

La camarera desapareció, y, poco después, Clel, con el corazón palpitante de angustia, llamaba quedamente a la puerta del pasillo, advirtiéndolo en voz baja:

—Soy yo, Clel. ¿Puedo pasar?

La puerta se abrió, y el joven entró en el gabinete.

Magde, con los nervios destrozados, se había dejado caer sobre el amplio diván, y escondía la cabeza entre las manos. Él, angustiado, se acercó, preguntando:

—¿Qué le sucede, Magde? ¿Cómo tardó tanto en llegar?

Como ella no contestara, Clel, cariñoso, trató de apartar las manos de su rostro, y, al conseguirlo, observó que en los bellos ojos de ella brillaba una lágrima.

—¡Por todos los santos, Magde! —exclamó, asombrado—. ¿Por qué no habla? Dígame algo. ¿Que sucede?

Ella, en una brusca reacción, se levantó, diciendo:

—Déjelo, Clel; le agradezco su interés, pero ya pasó.

—Bueno; pero ¿qué fue? Está usted llorando; usted, que es la mujer más fuerte que he conocido...

—No he podido evitarlo, Clel; son lágrimas más de rabia que de dolor, aunque tengo motivos para sentir el dolor en mis carnes.

—¿El dolor físico? ¿Es que alguien la maltrató?

El ligero abrigo de viaje de la joven había quedado con el frasco del bálsamo sobre un butacón. Ella se volvió y le mostró su fina y blanca blusa por la espalda. En el néveo tejido se acusaban latentes las huellas sangrientas del latigazo.

—¿Qué ve usted ahí? —preguntó,

—¡Dios de Dios!... Parece como si... si le hubiesen golpeado con un fiero látigo la espalda.

—Así ha sido. Me han aplicado un «gato de nueve colas».

Clel quedó con la boca abierta como si no acertara a comprenderlo. Luego, en una furiosa reacción, la tomó del brazo, rugiendo:

—¡Dígame si sabe, quién lo hizo, y le mataré!

—No se moleste. Nadie puede hacer nada, porque la cosa ha sido perfectamente legal. Podría decirle los nombres de los tres que me cazaron y me hicieron esto, y se tendría que morder los puños de impotencia como yo si se encontrase en mi puesto. Esto es obra del

F. B. I.

—¿Qué dice? ¿Es que son tan despistados y poco eficientes para confundirla con... alguien a quien buscan? Usted no puede pasar por alto ese patinazo de ellos.

—Tendré que pasarlo, Clel, y si no me creyese obligada a ponerle sobre aviso por si le tienden una celada parecida, nada le hubiese dicho. Escúcheme y juzgue.

Le dio cuenta de todo lo sucedido desde que tomó el taxi. Clel la escuchó lleno de asombro, y luego bramó:

—¡Pero eso es monstruoso! Se nos ha sometido a toda clase de pruebas, y hemos salido airoso de ellas... ¿Por qué esa crueldad? ¿Es que después de eso no tienen confianza en nosotros? Entonces, ¿qué pretenden?

—Habrá que disculparles, Clel. Yo soy una mujer; no he pasado

aún por trances de éstos, y no tenían confianza en que de buenas a primeras no flaquease ante un peligro y me denunciase. Necesitaban ponerme antes a prueba y... No quiero mentirle, Clel. Yo resistí esto porque casi en el primer momento adiviné que se trataba de una trampa para hacerme caer.

—¿Que lo adivinó? ¿Por qué?

—Por muchos detalles. Me leyeren una filiación completa, con detalles tan desconocidos para nadie, no siendo para la policía, que sospeché de ello, y mucho más cuando, tras el latigazo, que aunque doloroso no fue descargado con saña, renunciaron a la flagelación y optaron por amenazar con matarme. Matándome no adelantaban nada si lo que les interesaba era conocer mi misión. Todo esto me pareció tan claro, que, a pesar de todo, les dejé seguir la farsa.

—¿Por qué no les descubrió antes? Le hubiesen tomado por todo lo lista que es, y se habría evitado eso.

—No; porque entonces podían haberme negado su identidad, y acusarme a la ligera de haber hablado de más tomándoles por policías sin pruebas. Tenía que darles la sensación de que había, sabido resistir heroicamente. Con ello me evito que repitan la prueba.

—Tiene razón. En fin, eso curará pronto, y espero que de aquí en adelante tengan más confianza en usted.

—Yo también. Presiento que la misión que me reservan es dura, y tendré que estar preparada para algo real.

—Así lo creo, Magde. Le diré, pues usted lo ignora, que el asunto de las drogas se está poniendo al rojo. Hoy han querido suprimir a tiros de ametralladora a su amigo el magistrado señor Ford.

—¿Qué dice? ¿Cómo lo sabe? —preguntó Magde, asombrada.

—Véalo. Viene aquí, en la prensa de esta noche.

La joven tomó el diario, temblorosa, y dijo:

—Luego lo leeré. Ahora estoy cansada y dolorida. Me han entregado este frasco, que dicen que contiene un bálsamo eficaz para las heridas, y voy a aplicármelo.

—En ese caso, la dejo. Comprendo que no está para mucha conversación. ¿Necesita algo? ¿Por qué no cena?

—No tengo apetito. Pediré un vaso de leche y un bollo, y me acostaré. Quizá mañana me sienta mejor.

—En ese caso, no le digo nada. Nos han asignado dos

habitaciones que se comunican entre sí. He descorrido el cerrojo de mi puerta, y me parece... ¿Quiere probar?

Ella descorrió el cerrojo de aquel lado. Clel empujó la puerta, y le mostró su gabinete de recibir.

—En efecto —observó Magde—. Así nadie nos verá cuando tengamos que cambiar impresiones. Espero que alguien nos envíe instrucciones de lo que debemos hacer.

—Yo también lo espero y lo deseo —afirmó Clel—. Me he acostumbrado a aquella vida agitada de la Academia, y no sabría estar de brazos cruzados. Que descanse.

Saludó con un gesto cariñoso y pasó a su departamento, acostándose muy preocupado con lo que Magde le había contado de su odisea. Le dolía, pero se sentía orgulloso de su actitud, pues sabía que si se veía en un apuro real y peligroso, sabría responder con el valor y la firmeza de que había dado pruebas.

CAPÍTULO IV

MAGDE, EN ACCIÓN

Cuando, al día siguiente, Clel despertó, sentía la cabeza bastante pesada. Había pasado una noche plena de agitación, sufriendo agobiantes pesadillas, y su lengua parecía un esparto.

Para despabilarse, se dirigió al baño, duchándose con agua fría. El malestar desapareció, y media hora después se sentía otro hombre distinto.

Tomó todo cuanto contenía su maleta, y se dedicó a acomodarlo. Quizá en cualquier momento se vería obligado a empaquetarlo de nuevo, pero era hombre ordenado, y le gustaba tener las cosas bien acondicionadas.

Cuando iba a guardar algunos libros que conservaba, al abrir el cajón de una coqueta, descubrió con asombro una carpeta azul con tirantes de goma. Y lo extraño era que al frente figuraba su nombre.

La abrió con curiosidad, descubriendo dentro unos impresos para realizar seguros, instrucciones sobre los mismos, un bloc para notas y tarjetas con su nombre impreso, indicando su profesión de agente de seguros.

Por todo aquello comprendió que alguien, misteriosamente, la había dejado allí preparada. Por las muestras, de allí en adelante, debía actuar como agente de seguros, cosa para él facilísima, ya que fue su primitiva profesión. Debieron pensar que si alguien le conocía en sus anteriores actividades, podría así creer que continuaba entregado a las mismas, y toda sospecha quedaría descartada.

El Departamento pensaba en todo, aunque quizá aquello tuviese

alguna relación directa con su trabajo futuro si se trataba de introducirse en ciertas casas para investigar con aquel pretexto justificado.

De todas formas, debía esperar órdenes. Tendrían que dárselas para no iniciar su gestión a ciegas.

Ya completamente vestido, se dispuso a desayunar. Sentía un apetito feroz y necesitaba saciarlo. Confiaba encontrar a Magde en el comedor, a menos que la joven, no sintiéndose aún a gusto, desayunara en su cuarto.

Magde había pasado también una noche inquieta y desazonada. El bálsamo que le habían proporcionado suavizó el dolor bastante, pero el roce del lecho contribuyó a no permitirle conciliar el sueño tranquilamente.

Bastante temprano se levantó y pasó al baño, en el que sintió un gran alivio con el agua tibia. Luego, volvió a aplicarse parte del bálsamo, y su molestia desapareció casi por completo.

Se vestía, cuando llamaron a la puerta. Magde creyó que se trataba de Clel, y se sintió molesta con su impaciencia. Abrió la puerta y se enfrentó con una camarera gruesa y ya vieja, que portaba una bandeja de plata.

—El desayuno de la señorita —dijo, entrando resuelta.

—No era preciso. Pensaba bajar al comedor.

—No está aún arreglado, señorita. Es mejor así. ¡Ah! Le recomiendo estos bollos especiales de la casa. Espero que los pruebe y me agradezca la recomendación.

—Así lo haré —aseguró Magde, complacida del interés de la doncella—. Espero no verme defraudada.

Terminó de arreglarse y se sentó ante la pequeña mesita, dispuesta a desayunar. Le habían servido un excelente café, mantequilla, mermelada, dos huevos cocidos y, además, un par de bollos de aquellos «especiales».

Tomó uno de ellos y lo examinó. Al apretarlo, pudo observar algo duro dentro de él, y al partirlo con los dientes se encontró con un finísimo canuto de celuloide lacrado en la boca.

Intrigada, rompió la gota de lacre, y la tapa se separó. Dentro, en un papel fino, había algo escrito con letra minúscula, pero clara.

Intrigada, lo deslió. El pliego decía:

«Esta noche, después de las once, deberá acudir a una *boîte* en la calle Tercera, cuyo nombre es “Opium House”».

«Bailará con quien le invite, se mostrará todo lo equívoca que su pudor le permita, poniéndose a tono con el establecimiento. Escuche y vea cuanto le sea posible, y a cierta hora de la madrugada la policía hará una redada en el local y será detenida con algunas otras personas. La acusarán de traficar en drogas. Cuando, por falta de pruebas, sea puesta en libertad, si alguno de los otros detenidos también, libertados se aproxima a usted y trata de entablar amistad, acceda. Quizá en algún momento alguien entienda que usted es un elemento digno de figurar en el tráfico de drogas. Si así es, finja pensarlo, y más adelante acepte. No se preocupe, porque habrá quien vigile aunque usted ignore quién.

»Convierta este aviso en humo».

Magde lo leyó de nuevo, y le quemó al encender un cigarrillo, después de terminado el desayuno.

De momento, ya tenía alguna misión concreta.

Las sospechas de su profesor parecían fundadas.

Quedó recostada en el sillón, fumando y meditando en la labor a realizar. Debía aparentar ser una mujer de vida accidentada, y por ello su presentación no podía hacerla con una ropa honesta como la que poseía. Los detalles debían ser cuidados hasta el límite, como le habían inculcado en la Academia, y se dispuso a cuidar la *mise en scène*.

Se levantó, dispuesta a salir. Le habían entregado doscientos dólares para gastos preliminares, y parte de esta cantidad debía emplearla en su atuendo.

En aquel momento llamaron a la puerta. Esta vez la joven sonrió, más humanizada. Ya era algo tarde, y se justificaba el interés de Clel por verla.

Recibido el permiso, el joven apareció en la puerta. Se había

puesto su mejor traje, y como era de estatura excelente, bien conformado, no poseía grasas debido al mucho ejercicio, y tenía un rostro agraciado, destacaba por su atractiva elegancia.

—Buenos días, Magde —dijo él, mostrando su fina dentadura al sonreír—. Perdón si la he molestado, pero estaba intranquilo sobre... eso de su espalda. ¿Cómo está?

—Muy bien, Clel. ¿Desayunó ya?

—Hace un rato. La esperaba en el comedor.

—Yo desayuné aquí. No lo había, solicitado, pero me lo sirvieron. ¿Qué lleva debajo del brazo?

—Lo encontré en un cajón. Vea.

Le mostró la documentación. Ella, comentó:

—Parece que le han asignado su antiguo trabajo. ¿Tiene ya clientes a la vista?

—No, y esto es lo que me intriga. La indicación vendrá más tarde, supongo yo. ¿Y usted no recibió órdenes aun?

—Sí. Acabo de recibir un mensaje. Existen unos magníficos bollos para el desayuno, que deben fabricarlos en el Palacio de Justicia. Contienen informes muy sabrosos y muy bien embutidos.

Y le mostró el canutito de celuloide.

—No veo informe ninguno —afirmó Clel, extrañado.

—Se ha volatilizado al encender el cigarrillo. Un imperdonable descuido el mío.

—Precedido de una orden, se supone. Si es así, la discreción me obliga a no hacer preguntas indiscretas.

—Se lo diré, ya que no me recomiendan el secreto absoluto. Esta noche me invitan a, un baile de *tíquets*.

—¿Una *boîte*? —preguntó Clel, alarmado.

—Exactamente. Se titula «Opium House», y está enclavada en la calle Tercera.

—Mal lugar para una muchacha honesta como usted.

—Yo soy un policía nada más, Clel. ¿Lo ha olvidado? Si la gente supiese algo de las claudicaciones que nos son exigidas en beneficio del interés público...

—Cierto, y hasta el pudor debe ser olvidado...

—No se acuerde de eso. Me han asignado el papel de muchacha de moralidad dudosa, y seré detenida en unión de otros elementos más dudosos que yo. Parece que se sospecha que allí concurre gente

metida en el asunto de las drogas. Lo que se me pide exactamente es lo siguiente.

Y le recitó el mensaje, sin olvidar punto ni coma.

—Bien; parece que no la dejarán abandonada; pero me pregunto si yo puedo ir a ese baile en calidad de cliente. Si de momento no me envían instrucciones, me prometo ir también, aunque la desconozca en el baile. Siempre será una garantía para usted.

Ella se quedó dudando. Luego, se encogió de hombros.

—Bajo su responsabilidad, haga lo que guste —dijo—. Claro que desligado, de su trabajo.

—En ese caso, le dejo. Carezco de ropa adecuada para tan «aristocrático» local, y usted conoce el lema: «Un gesto para cada palabra, un traje para cada situación y una actitud para cada momento».

—Comprendido. Que tenga buen gusto al escoger.

—Procuraré que sea lo más moral de lo inmoral para ponerme a tono. Creo que otro peinado también es exigible, y algún otro detalle a estudiar. Y usted, ¿qué hará?

—No lo sé. Estoy preguntándome si debo permanecer encerrado esperando alguna orden. Estaba pensando...

—¿En qué?

—Oh, nada; en una tontería..., al menos de momento. Creo que antes debo madurarlo y después... consultaré si tengo con quién. Cuando lo crea viable, se lo explicaré.

Ella sonrió, se despidió de él y abandonó el hotel.

Clel, poco después, se dirigió a su habitación, y, tumbado en el lecho con sus piernas colgando, se entregó a meditar sobre una idea que se le acababa de ocurrir.

La idea nació de la información leída sobre el atentado contra Ford. Según el reportero, Ford había recibido y recibía continuamente anónimos amenazadores para su vida. Los coleccionaba como el que colecciona sellos o recortes elogiosos; pero ¿había intentado alguien estudiar aquellos anónimos, analizarlos, procurar sacar de ellos el jugo posible, aunque superficialmente pareciese que no poseían ninguno? La caligrafía de ellos, el papel, la forma de redactarlos, incluso alguna huella digital —aunque ya no las conservarían—, muchos detalles ínfimos que para el «Bureau» no eran secretos, sino cosas luminosas qué podían

servir de mucho. Tenía que intentarlo, si alguien no lo había hecho ya.

Y animado con aquella idea, que creía excelente, se entregó profundamente a estudiarla.

* * *

Magde estuvo muy atareada toda la mañana, visitando tiendas y almacenes para reunir todo lo que estimaba necesario para el papel que tenía que representar. En un almacén escogió un descocado traje de noche de un color verde rabioso y bastante recogido de largo. Algo que realzaría descaradamente la armonía de sus líneas, cosa que la hizo ruborizarse al pensarlo, y, después, unas finísimas medias de color carne y unos zapatos descotados, de tacón rojo, que serían un grito en sus lindos pies. También adquirió un bolso muy llamativo, un extraño lápiz de los labios, una polvera de doble tapa y algunas otras chucherías, sin olvidar un frasco de un perfume detonante, que iría marcando su paso como un camión con el tubo de escape abierto.

Regresó a la hora de comer, y observó que Clel no se encontraba en el comedor. Almorzó aprisa, y poco más tarde entraba en una peluquería, donde permaneció hasta bien avanzada la tarde. Cuando salió de allí su hermosa cabellera rubia parecía un nido de caracoles dorados en actitud de reventar de satisfacción.

Con todo lo adquirido regresó a su habitación. Había pasado un día de ajetreo, y necesitaba un descanso. Se dejó caer en el lecho, y se durmió. Eran más de las diez y media de la noche cuando despertaba.

Bajó al comedor, donde Clel estaba a punto de abandonarlo, pero no habló con él y cenó sola.

Después, volvió a su cuarto y procedió a vestirse para asistir a la *boîte*. A medida que se iba embutiendo en aquellas prendas descodadas, un rubor que no podía evitar le subía al rostro. Necesitaba una gran fuerza de voluntad para serenarse, y cuando se miró, al espejo, ya vestida no supo si reír o llorar.

Parecía una de esas desgraciadas muchachas, lindas y atrayentes, que, faltas de gusto y sensibilidad, carecen de todo tacto para realzar sus encantos de una manera discreta, que suele darles más valor. Muy al contrario, tenía el aire de las provincianas que,

deseosas de destacar, escogen todo lo más chillón y llamativo para echárselo encima y llamar poderosamente la atención.

Al fin, no pudo por menos de reír en medio de su indignación. Suponía el gesto agrio y escandalizado de Clel, cuando la viese vestida de aquella manera.

Pero así debía ser para el lugar adonde iba, y ella no podía olvidar tontamente las enseñanzas recibidas en la Academia de Quántico.

Derramó medio frasco de esencia sobre su persona, y la estancia se matizó de un perfume chillón que mareaba. Era el colofón de aquel atuendo que debía causar sensación en la *boîte*.

Cuando estaba terminando de retocar su disfraz, sintió a Clel en la estancia vecina, y, sonriendo con un extraño buen humor, llamó discretamente a la puerta de comunicación. Clel abrió, y, al asomar la cabeza y descubrir a la joven vestida de aquel modo tan detonante, se llevó las manos a las sienes, escandalizado.

—¡Santo Dios!... —exclamó—. ¿Se ha vuelto loca, Magde?

—¿Por qué? ¿Olvida usted a dónde voy?

—¡Pero por todos los santos del martirologio!... ¿No se da cuenta de que así parece... parece...?

—No me lo diga, que me va a faltar valor. Sé lo que parezco, pero quiero olvidarlo. Tengo que cumplir una misión, y no puedo faltar a mi deber.

—Creo que lo exagera usted mucho, Magde. A esos sitios acuden muchachas vestidas más discretamente.

—Pero no van obligadas a destacar y atraer la atención de ciertos elementos, y yo, sí. No lo olvide.

—Me temo que le harán objeto de algún agravio que no podrá aguantar.

—Trataré de evitarlo. Lo que estoy pensando es que no debe usted aparecer por allí. Su presencia va a constituir para mí una pesadilla que me pondrá nerviosa. Agradezco su interés de protegerme, pero podré guardarme yo sola. ¡Renuncie a ir, Clel!

—No puedo. Temo muchas cosas, y ya sabe que no me es posible desentenderme de usted. No me perdonaría nunca que se viese expuesta a...

—No sea ridículo. Olvida mi calidad de mujer policía. Soy un ser desprovisto de mi sexo, aunque esta ropa parezca decir lo contrario.

Si las cosas se pusiesen mal, haría uso de la autoridad que poseo, aparte de que por allí habrá gente vigilando mis pasos. Usted no ha sido llamado a intervenir, y ahora me pesa haberle puesto en antecedentes de mi trabajo.

—Bien, no se preocupe. Le juro que no me daré por aludido por nada. Tendré que hacer un esfuerzo, pero lo haré. No quiero estar lejos, por si acaso.

Como Magde no le pudiera convencer, tuvo que resignarse, y poco antes de media noche se cubrió con su abrigo para evitar que los empleados del hotel la viesan con aquel atuendo tan provocativo, y, despreciando varios taxis que pasaron junto a ella, escogió al azar uno que cruzó vacío. Subió a él, y dio al chófer las señas de la *boîte*.

El taxista sonrió al observar aquella cabeza llena de rubios y graciosos caracoles, y pisó el acelerador, emprendiendo la marcha.

Clel, malhumorado, volvió a su habitación, repasó la pistola, se la echó al bolsillo y, decidido, se encaminó a pie a la *boîte*, temiendo lo peor para Magde.

CAPÍTULO V

LA REDADA

«Opium House» era un salón de cierta holgura, situado en un piso segundo de un edificio que constaba de seis en la calle Tercera. Un local sin grandes pretensiones, con un bar empotrado en lo que debía constituir una dependencia anexa al salón, y una pequeña orquesta medio colgada en un tabladillo a una altura prudencial, para que las parejas pudiesen bailar por debajo aprovechando el máximo de espacio.

La concurrencia era ambigua. Muchachas contratadas para distraer las horas vacuas a los clientes que acudían a matar unas horas de aburrimiento, y una variedad de tipos indefinidos, muchos de ellos de porte sospechoso.

Las chicas jóvenes, repintadas, de movimientos desenvueltos y ropas ligeras, bailaban como muñecos mecánicos sin apenas interrumpir su tarea. Su mejor o peor modo de subvenir a sus necesidades estaba sujeto a las fluctuaciones del baile. Cuanto más danzaban, más ingresos, y por esta razón sus breves pies parecían forjados en acero, para resistir horas y horas girando en brazos de sus parejas por veinte centavos cada pieza bailada. De aquellos veinte centavos, cinco correspondían a la muchacha, y quince a la casa.

Cierto número de ellas actuaban con carácter fijo; eran las primeras en recibir boletos, porque, bien acreditadas en el local, contaban con una clientela que las prefería. Después, según iban llegando hasta el número adecuado a la cabida del salón, otras muchachas recibían sus tacos de boletos sumándose al elenco.

Fritz McLean, el dueño, era un tipo descendiente de una alemana, y un irlandés. Hombre rudo y corpulento, imponía por su estatura y su fuerza poco común. Fuerza muy de tener en cuenta a la hora de las extralimitaciones. No se sentía escrupuloso en el negocio. Cualquier muchacha, si era linda, atractiva y sabía bailar, le parecía bien para su elenco, y en cuanto a los clientes, con tal de que abonasen sus boletos y consumiesen bebidas en el bar, no se metía a inquirir su procedencia ni su hoja de servicios sociales.

Cuando Magde subió la escalera, el corazón le latía con violencia. Por muy decidida que se sintiese a cumplir su deber, aquel ambiente relajado e inmoral no rimaba con sus principios, pero en un alarde de fuerza de voluntad mató sus escrúpulos, encendió un cigarrillo, y, dejando su abrigo en el guardarropa, penetró en el salón con aire provocativo y desafiante.

Su estrepitoso atuendo, el acre perfume que irradiaba, su peinado detonante y aquel aire atrevido, fueron como un clarín de guerra anunciándola. Todos los ojos se volvieron hacia ella, y la joven los sintió como puñales clavándose en sus carnes.

Fritz, al verla, la examinó de un rápido vistazo, y, adelantándose hacia ella, saludó:

—¡Hola, muchacha! Tú eres nueva aquí, ¿no es cierto?

—Así es. ¿Existe algo que impida que me quede aquí?

—Nada, preciosidad; sobre todo si sabes bailar.

—Eso puedo demostrarlo.

—¿De dónde procedes, monada?

—¿Es que hay que llenar antes algún padrón?

—No; es simple curiosidad de dueño del salón.

—He trabajado en conjuntos de revistas en Broadway, pero estoy ahora sin trabajo, y necesito comer.

—Bien, preciosidad. Aquí puedes sacarte un jornalito si eres lista. Toma, aquí tienes un taco de boletos. Cincuenta suele ser el mínimo de aquí a la madrugada. Si los despachas todos, saldrás con los pies un poco cansados, pero con unos tres dólares de ganancia, si no cae algo más. A veinte centavos el boleto, y, de ellos, cinco para ti.

—Bueno, probaré suerte. Menos se gana dando vueltas por ahí.

En aquel momento la orquesta hacía un paréntesis para iniciar una nueva tanda. Un individuo de estatura media, metido en

carnes, vestido con un *sweater* gris y unos pantalones demasiado anchos por su parte alta, se acercó a Magde, ofreciéndole un dólar.

—Yo, el primero, muñeca —dijo, sonriente—. Me gusta catar bailarinas. Dame cinco boletos.

Ella les arrancó del taco, y se los entregó mirándole de soslayo. Se trataba de un individuo con tipo de *gángster*, abultado de labios, frío de ojos, con el pelo muy alisado y un puro medio apagado en los labios que bailoteaba en ellos de un lado para otro, como si no se encontrase a gusto en aquella boca grosera.

La orquesta empezó a tocar, y Magde, tratando de dominar su repugnancia, se dejó ceñir por él.

—Me llamo Michel Stiles —dijo él—. ¿Y tú?

—Me llamo Magde.

—Bonito nombre..., como tú de bonito. ¿Nada más?

—Creo que basta.

—Desde luego. Yo te llamaré «Muñeca», que es más lindo. ¿No tienes ningún amiguito que cuide de ti?

—Sé cuidarme muy bien sola.

—¡Tonterías! Una mujer como tú, debe tener siempre un protector. Yo vivo bastante bien, y puedo ayudarte si estás en dificultad. Te advierto que más de una de éstas quisiera que le hiciese este ofrecimiento.

—Gracias; pero por ahora prefiero mi libertad.

—Ya te cansarás de ella, sobre todo si has de vivir de esto solo. Saldrás reventada, y sacarás para mal comer.

—Probaré, y si no me gusta... buscaré otra cosa.

—¿Sabes que bailas bien? Me gustas, muchacha. Lo único que detesto es ese perfume de sirvienta que usas. Te compraré otro más fino, digno de ti.

—Gracias; me gusta éste.

—No estás refinada, «Muñeca». Te lo digo yo, que entiendo algo de mujeres. Con tu tipo, bien cepillada, podías hacer muchas cosas más lucrativas que bailar en una *boîte*. Me he dicho muchas veces que si yo fuese mujer y tuviese fachada, sería la dueña del mundo.

—Todos soñamos. La cuestión es que los sueños se conviertan luego en realidades.

—¡Quién sabe! Si lo piensas y me haces caso, quizá algún día pueda ayudarte. Yo estoy muy bien relacionado.

Terminó el primer baile, y empezó otro. Magde se sentía asfixiada por la presión nada galante de los brazos de él, pero le estaba pareciendo un tipo demasiado interesante para tomar en consideración el detalle.

Entraron algunos otros, también de aspecto nada mundano. Casi todos saludaban al tipo con un: «Hola, Michel», que le denunciaba como un asiduo prestigioso al baile.

Cuando se acabaron los cinco boletos, ya Michel había adquirido otros cinco para que nadie se adelantase.

Poco después entraba Clel. Magde se sintió ruborizada cuando él la vio en los brazos de aquel tipo provocativo, y el joven tuvo que reprimir la mueca agria de protesta que intentó florecer en sus labios al verla. Magde quiso desentenderse de él. Le azoraba más su presencia que la que tenía que estar soportando, y pedía a Dios que lo que debía, suceder sucediese pronto.

Pero aún tardó en producirse el estallido. Tuvo que bailar con Michel hasta quince veces, mientras Clel lo hacía de mala gana con una morena insinuante a la que agradaba, el buen tipo del policía.

Eran más de las dos de la mañana, y la *boîte* se hallaba en su pleno apogeo, cuando tres individuos severamente vestidos de gris aparecieron en la entrada del salón, y uno de ellos ordenó, tajante:



—¿Hablará? Es su última oportunidad. Piénselo.

—¡Alto la música! ¡Quietos todos!

Hubo un revuelo de alarma. Las parejas se soltaron, quedando en pie en los sitios que ocupaban, y Fritz avanzó, adivinando que se trataba de la policía.

—¿Qué pasa, señores? —preguntó—. Aquí todo está en orden. La contestación de uno de los policías, fue:

—No tan claro, Fritz. Su *boîte* es una, madriguera en la que suelen anidar ciertos grajos que estarían mejor en otros sitios. Hagan el favor de abrirse en corro, y cuidado con las manos. Hay unas pistolas prontas a calmar nervios desatados.

Algunos ojos brillaron con miedo a la luz de las bujías, pero nadie se movió. El policía, ordenó:

—Uno a uno. Vayan pasando y enseñando sus documentos.

Los hombres cumplieren la orden; el policía examinaba los papeles, y formaba dos grupos. Uno nutrido, y otro más pequeño. Todos los que iban a engrosar el pequeño se sentían más inquietos que el resto. Michel presentó sus documentos, que el policía repasó con atención.

—Más —exigió.

—No tengo más. ¿No es bastante? Mi carnet de conductor de autos y mi recibo de haber pagado los impuestos.

—No me basta. Póngase en aquel lado.

Luego, exigió documentos a las mujeres. Cuando le tocó el turno a Magde, ésta dijo:

—No he traído ninguno. Los dejé en mi alojamiento. No sospeché que pudiese suceder nada.

—En el mundo pueden suceder muchas cosas, muchacha, y hay que ser precavidos. Póngase a ese lado.

Cuando, terminó la requisa, una docena de sospechosos habían sido apartados. El policía dio una orden:

—Ésos pueden quedarse. Éstos, que salgan por delante.

No hubo protestas, y el grupo salió bien custodiado. En el camión especial fueron trasladados a la Jefatura de policía, donde debían ser sometidos a examen.

Magde respiró cuando se vio allí. Al menos se sabía libre del tormento, de soportar la presión de Michel.

El comisario, pacientemente, empezó a tomar declaración a los detenidos. Con algunos se entretuvo acosándoles a preguntas; con otros, fue breve, y así, fueron pasando y saliendo de allí. De vez en cuando, el comisario hacía indicaciones en voz baja a los agentes que les habían conducido.

Para el final quedaron Magde y Michel. Éste no parecía muy tranquilo, aunque miraba al comisario desafiante.

Cuando le tocó el turno a Magde, el comisario preguntó:

—¿Qué hacía usted en «Opium House»?

—Bailar.

—¿Pertenece usted al elenco fijo de la *boîte*?

—No. Fui por primera vez. Me dijeron que era un sitio muy distraído, y quise divertirme un rato.

—¿Cuál es su profesión?

—Sé hacer muchas cosas. Puedo bailar en conjuntos, ganarme honradamente unos centavos en una *boîte*, y hasta dibujar figurines de modas.

—Muy polifacética, y si los modelos son a tono del que luce usted... más. ¿Alguna, otra, actividad olvidada?

—No tengo más, señor comisario.

—Haga memoria. Se le ha visto, en locales de condición más dudosa, donde se sospecha que se trafica en drogas. La han visto alternando con elementos que actúan más o menos directamente en ese comercio. ¿No recuerda haber intervenido en él?

—Ésa es una acusación falsa. Que me lo prueben.

—Señorita, si hubiese podido probárselo, ya estaría usted tomando baños de sombra que le sentarían bien. Charles: ¿no le encontró encima nada sospechoso?

—Nada. Aquí está todo lo que contenía su bolso.

El comisario lo repasó. La polvera, el lápiz de las cejas, el tubo de los labios, un frasco de esencia, el pañuelo, algunas monedas de plata, orquídeas...

Examinó el bolso atentamente, abrió la polvera, miró el tubo de los labios. Nada denunciando lo que buscaba.

—¿Y su documentación? —preguntó.

—En el hotel. Me hospedo en el «Washington».

—Mandaré en su busca, a ver si me satisface. Si le sirve un consejo, procure alternar en lugares menos dudosos; de lo contrario, la encerraré por una temporada. No me satisface su conducta y sé algo de ella, aunque no todo lo que necesito saber.

Ordenó que se sentase en un banco. Luego, obligó a Michel a ponerse en pie, frente a la mesa.

—Veo aquí su carnet de conductor de taxi. ¿Cuántos meses hace que no trabaja?

—No he encontrado lo que buscaba, señor comisario.

—Pero puede encontrar lo que no busca. Creo que ésta es la

sexta vez que le traer aquí. ¿Le pagan también por bailar en la *boîte*?

—No, pero ese cerdo de Fritz debía hacerlo. Soy uno de sus más asiduos clientes. Esto no es nada malo.

—¿De qué vive usted? Eso es muy interesante.

—Tenía unos ahorros, y me los gasto alegremente. Cuando se me acaben, volveré a trabajar. No creo que esto pueda prohibírmelo nadie.

—No. Quisiera comprobar que son ahorros legales.

—Los gané trabajando, y no pensé tener que justificar su procedencia.

—Es una pena. ¿Dónde se mete cada vez que desaparece?

—Suelo hacer viajes en autos de alquiler circunstancial. Algunos amigos me llaman para conducirlos, y muchas veces, lo hago fuera de la ciudad.

—De manera muy misteriosa, Michel. Es usted una excelente anguila. Quisiera seguirle en algún viaje de éstos.

—Nadie se lo impide. ¿O es que debo avisarle cada vez que me sale algún trabajo? Sería una moda nueva.

—No puedo exigirselo, pero procuraré enterarme. Usted también anda en amistad con ciertos elementos sospechosos. Me temo que esas amistades le sean fatales.

—¿Por qué? Yo me cuidaré de mí, y que los demás se cuiden de ellos.

—Está bien, Charles, llévese a estos dos y guárdelos por ahí. Ya le diré lo que ha de hacer con ellos.

Devolvió la documentación a Michel, y el agente los sacó del despacho. El sospechoso guiñó expresivo un ojo a Magde, como queriéndole decir:

«—Ese tipo se cree listo, pero yo lo soy más».

Estuvieron en dos dependencias aisladas, toda la noche, y ya de día, un agente acudió en su busca.

—Puede usted marcharse —indicó a Magde— y cuide mucho dónde alterna, u otra vez lo habrá de sentir.

A Michel le hicieron la misma recomendación y poco después, los dos, libres, coincidían en el pasillo.

Michel, desenfadado, la tomó del brazo, diciendo:

—Vamos, «Muñeca». Por esta vez, ese buitre ha quedado con un

palmo de narices. —Y ya en la calle, invito:

—Tengo un apetito feroz, y tú debes tenerlo también. Te invito a desayunar en un automático.

Ella aceptó. Al salir, el policía le había hecho una seña, indicándole que no desdénase a Michel.

—Bueno —comentó Magde—, en realidad tengo hambre y sueño.

Entraron en un automático cercano, y devoraron unos cuantos bocadillos. Luego, tomaron café caliente.

Al terminar, él le ofreció un cigarrillo. Magde lo encendió, pero antes, tomó el tubo de los labios, desatornilló la tapa en la que había un pequeño recipiente, muy bien disimulado, y vertió en su mano unos pocos polvos blancos, echándoselos a la boca.

Michel, siguiendo la operación, exclamó:

—¿«Coca», «Muñeca»? Cuánto hubiese dado ese buitre por haber descubierto el escondite.

—Creí que lo haría cuando lo tuvo en su mano. Sí, es un poco de «coca». Lo tomo cuando ando mal de nervios.

—Y esta mañana los tienes deshechos, claro está. Oye, monada: ¿de verdad que no traficas en eso?

—Yo no. Suelo agenciármelo cuando puedo, pero nada más.

—Es una lástima, porque podías ganar mucho dinero si decidieras entrar en el negocio. Te digo que se gana mucho.

—¿Cómo? No sé una palabra de ese asunto.

—Depende de muchas cosas. ¿De verdad que quieres vivir bien sin dar golpe?

—Eso lo quiere cualquiera. No he tenido mucha suerte hasta ahora, aquí, en Nueva York.

—Quizá yo pueda ayudarte, «Muñeca». Conozco mucha gente y quizá alguien se interese por ti. Puedo intentarlo.

—Pero eso debe ser muy expuesto. Ya ha oído la advertencia del comisario.

Él se acercó a su oído, para decir:

—No le hagas caso. Yo ando metido en eso hace tiempo, y nunca me han podido probar nada. El peligro acecha más a los que intervienen para ofrecerlo. Éste es el que corre peligro, pero el que lo reparte en gran escala, no. Te digo que sé mucho de eso.

—Me da miedo. Son gente muy lista —protestó Magde.

—¿Lista? Tú no lees. Si lo hicieses, verías como llevan meses y años detrás de la represión de la venta de drogas, y todo lo que han conseguido es cazar a algún desgraciado que coloca unos gramos. Los que lo manipulan en gordo, no caen nunca. Te diré que más que la «bofia» son de temer los rivales en el negocio.

—¿Por qué?

—Pues porque nos conocemos casi todos, y bebemos en el mismo vaso. Por eso conviene ir tomando gente nueva que les despieste. Tú harías un magnífico agente.

—No sé... Le digo que tengo mucho miedo.

—No seas idiota, «Muñeca». Si te decidieses, yo te aseguro que ganarías dinero en grande, y algún día te podrías retirar, si no encuentras uno que te ayude a modo. ¿Por qué no te decides?

—¿Y qué tendría que hacer? —preguntó ella, ingenua.

—Poca cosa. A veces, pasar un paquetito que cualquiera lo tomaría por unos dulces recién adquiridos. Otras... Si supieses conducir autos...

—Sé conducirlos. En Chicago tuve un novio que me enseñó a manejar el volante. Hace algún tiempo que no ejercito porque regañamos, pero con algo de práctica...

—Eso sería formidable, «Muñeca». Te digo que serás una estúpida si no, aceptas.

—Pero si me cogen con un auto y lo registran...

—A mí me han detenido muchas veces, y no encontraron nada. Si te revelase los escondites ingeniosos donde se guardan las drogas, no lo creerías.

—No sé... Tendré que pensarlo.

—Piénsalo, y acepta. ¿Cuándo nos veremos otra vez?

—Es que si vuelven a vernos juntos...

—Yo lo arreglaré. Dices que vives, en el Hotel Washington, ¿eh? Yo te llamaré por teléfono, mañana.

—No. Mañana es pronto. Mejor es que yo le llame.

—No, «Muñeca». Es cosa, que no puedes hacer porque no sabrías dónde encontrarme. Es preferible que yo te telefonee.

—Bueno, pues llámeme pasado mañana. Habitación 95.

—De acuerdo. ¡Ah!... No daré mi nombre; no es conveniente. Me llamaré Peter; no lo olvides.

—De acuerdo. Ahora me voy a dormir. Estoy cansadísima.

—¿Por qué no vienes a mi hotel? Allí podría proporcionarte una buena habitación y...

—No, gracias. Prefiero el mío. No sé si me seguirán, y debo tener cuidado.

—Como quieras. Cuando te decidas, yo te ayudaré. Desaparecerás y la «bofia» no te encontrará, como no me encuentra a mí cuando así lo quiero. Se creen muy listos, pero sólo son tortugas rutinarias.

—Bien; ahora, déjeme. Quizá no les parezca sospechoso que hayamos almorzado juntos, pero si esto se prolongase, sospecharían de los dos. Tengo la impresión de que nos han seguido.

—Yo sé que lo han hecho. Conozco a los «polis» por el olor, pero si me siguen, dentro de media hora les habré hecho perder mi pista. Soy muy listo para eso.

Se despidieron a la puerta del automático y Magde, llamando a un taxi, le dio la dirección del hotel. Michel la vio partir y silbó alegremente. La muchacha era algo que le gustaba, y, aparte de esto, consideraba que sería muy útil para el negocio. Todo estribaría en cepillarla un poco, quitándole aquel aire de pueblerina que menguaba sus encantos.

CAPÍTULO VI

UN CLIENTE EXTRAÑO

Magde no exageró al afirmar que estaba cansada. Había pasado una noche agitadaísima y, además, sin dormir.

Cuando penetró en su habitación y dejó caer laxamente el abrigo sobre un sillón, unos golpes discretos en la puerta contigua, le anunciaron que Clel la había oído llegar, y velaba esperándola. Sonrió con blandura al ponderar los malos ratos que su compañero estaba pasando, pero no tenía la culpa de que él se hubiese interesado por ella de aquella manera.

Descorrió el cerrojo, y Clel, al entrar, exclamó:

—¡Gracias a Dios que viene! He pasado unas horas de nerviosidad que no se las cedo a nadie.

—Hace mal, Clel, y aun le diré más. Tendrá que renunciar a trabajar a mi lado, o pediré que le den otra misión. Usted sufre sin necesidad, y a mí me desquicia los nervios restándome tranquilidad.

—Perdone, pero es algo superior a mis fuerzas. Donde esté usted estará mi pensamiento, y aunque me separaran de su lado, nada lograrían. Creo que renunciaría al producto de este esfuerzo con tal de seguir sus pasos, para no dejarla expuesta a ciertos avatares que sean superiores a las fuerzas de una mujer.

—Eso son niñadas. Si no me considerase capaz de realizarla, no me hubiese comprometido a llevar a cabo esta tarea.

—Bien. Entonces, déjeme que la ayude a mi manera. Es algo que está por encima de todo lo demás. Cuénteme algo de lo que sucedió después de la redada.

Magde, mientras se despintaba, le dio cuenta de todo lo

sucedido en el interrogatorio y al salir de la prisión. Clel, después de escucharla, comentó:

—Me parece que la han puesto sobre una magnífica pista. Ese Michel debe ser un gancho de la cuadrilla, pues me fijé en él y le considero un elemento destacado y nada tonto. No ha querido darle motivo para que sepa de él más que ha sabido. Por eso no quiere que le llame por teléfono a ningún sitio.

—Yo lo comprendí; por eso no quise insistir.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Clel—. Yo no he recibido instrucciones de ningún género y usted tendrá que dar cuenta de su misión a alguien.

—Ya me lo pedirán. Si ellos prepararon la comedia, necesitarán conocer el resultado del primer acto.

—En efecto. No me he atrevido a hacer nada, pero si hoy no tuviese noticias, me presentaré al señor Soddy y le daré cuenta de lo ocurrido para que dicte instrucciones. Yo también he de hacer algo, pues no es justo que todo el trabajo recaiga sobre usted.

—Lo que yo deba hacer, será porque me esté reservado a mí sola. No sea impaciente y frene sus nervios.

—Procuraré seguir el consejo. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Dormir. Creo que tengo derecho al descanso.

—En efecto, y voy a dejarle que lo haga. Si supiese algo nuevo, ya le avisaría.

Magde se lavó la cabeza para desterrar aquel perfume acusador, y guardó el llamativo traje en el armario. Luego, se metió en el lecho, durmiéndose rápidamente.

* * *

Clel meditaba en su departamento, cuando el teléfono que comunicaba con la centralita, vibró. El joven tomó el auricular, preguntando:

—Al habla. ¿Quién llama?

—Oiga —dijo una voz—; aquí es André Taylor, número 95 de la Calle Diez y Nueve. Quisiera hablar con el señor Griffin. Me propuso el otro día realizar un seguro, y quedé en contestar si me interesaban las condiciones. Las estudié, y quisiera formalizar la póliza.

—¡Oh, bien! —repuso Clel, adivinando que era una forma

discreta de darle una cita—. Yo soy Griffin, y recuerdo perfectamente ese asunto. ¿Cuándo le parece que podemos ultimarlo?

—Pues, rápidamente. Tengo que salir de Nueva York en viaje de negocios, y deseo dejarlo listo.

—Entonces, estaré ahí dentro de unos minutos.

—Le espero. Ya sabe, el piso segundo, número 6.

—Perfectamente; hasta ahora, señor Taylor.

Clel, gozoso, tomó su carpeta y abandonó la estancia.

Estuvo tentado de dar cuenta a Magde de la llamada, pero la sabía descansando, y renunció a ello.

Veinte minutos más tarde, llamaba al indicado departamento. Se trataba de una casa de honorable aspecto, en la que debía habitar gente bien acomodada.

Clel saludó, cínico, a la doncella que salió a abrir:

—Buenos días, monada. Soy el agente de seguros que habló el otro día con el señor Taylor. Su señor me ha llamado por teléfono. Anúnciele que estoy aquí.

La doncella le hizo pasar a un elegante despacho, donde, en pie, junto a la gran chimenea de mármol, se hallaba un anciano de rostro simpático y blanca barba.

—Buenos días, señor Taylor —dijo Clel—. Como verá, he acudido rápido a su llamada. Espero que no haya dificultad en resolver nuestro asunto.

—Yo también, señor Griffin —afirmó el anciano—. Supongo que esperaría esta llamada mía.

Clel, en guardia, repuso:

—Yo siempre espero las llamadas de mis clientes. ¿Tiene algo que objetar sobre las condiciones de la póliza?

—Nada en absoluto. ¿Cómo le fue anoche en «Opium House»?

—¿Se refiere usted a una *boîte* a la que acudí un rato para distraerme? No lo pasé mal, pero considero aquel antro muy peligroso. Llegó la policía, y realizó una redada. Gracias a que llevaba mis documentos en orden. De no ser así, me hubiesen hecho pasar una mala noche.

—¿Tan mala como la que pasó Magda Laird?

—¿Magde Laird? No sé a quién se refiere...

—Tiene usted una memoria descuidada, señor Griffin. Me refería

a su bella compañera de hospedaje.

—¡Ah!... ¿Una muchacha con unos caracoles detonantes en la cabeza, y un vestido muy descocado? En efecto, la vi allí y me asombré, porque... bueno... La creí otra cosa. La había visto vestida más modosamente, y no sospeché que su vida fuese... un poco, ¿cómo diría yo?..., loca.

El anciano sonrió divertido, y agregó:

—Creí que estaba usted bien enterado de que es policía.

—¡Oh, no me lo diga! Eso es una broma de usted, pero en fin..., creo que me dijo que tenía prisa, y no quiero entretenerle. ¿Vamos a lo de la póliza?

—Como quiera, aunque me extraña que hable con tanta seguridad de esa póliza, cuando no nos hemos visto nunca.

—¿Cómo que no? Yo visité esta casa hace algún tiempo, y hablé con alguno de sus vecinos. Fue usted quien me recibió aquí mismo y...

El anciano avanzó, diciendo:

—Basta, señor Clel. Miente con gran desparpajo, pero usted sabe que no es cierto. ¿Por qué vino, si sabía que nunca habíamos tratado este asunto?

Clel, con un rápido movimiento, sacó el revólver del bolsillo y apuntándole con él, contestó:

—Vine porque, o se trataba de una celada y me he preparado contra ella, o se trata de algo más importante para mí, y tenía que comprobarlo. Si es una celada, me temo que le cueste cara, de forma que, haga el favor de justificarse y no llame a nadie de algún modo extraño, porque el primero que entre por esa puerta, recibirá un saludo de plomo.

El anciano, sin perder su flema, separó el brazo de la repisa de la chimenea, empujando algo con la mano.

—Vea, si le basta con eso —insinuó.

Clel, sin apartar el revólver de su objetivo, tomó el objeto. Era un carnet, y en él aparecía retratado un hombre de unos cuarenta y ocho años. La foto estaba marcada con algunos sellos, y el carnet era algo que acreditaba la personalidad de Millard Soddy, como jefe superior de Investigación.

—Éste, no es usted —dijo Clel, desdeñándolo.

—No, no soy yo; pero Soddy es mi yerno. Con su permiso, va a

entrar ahora.

Se abrió la puerta y apareció el aludido. Clel, apenas le vio, le identificó con el retrato.

Soddy avanzó sonriendo, y comentó:

—Muy bien, señor Griffin. Perdona esta prueba, pero necesitaba asegurarme de que no era usted un hombre tan confiado que acudiese a cualquier cita de una manera alegre y frívola. Veo que toma, sus precauciones, y me gusta.

—Yo también le ruego que me perdone, pero usted sabe que debía obrar de esta manera.

—En efecto. Siéntese, que tenemos que hablar.

Los tres tomaron asiento. Soddy, preguntó:

—¿Qué noticias tiene que comunicarme?

—Si se refiere a las aventuras de Magde, lo haré porque usted me lo pregunta, y porque sospecho que lo que intenta es que nadie se relacione con ella.

—Así es, en efecto.

Clel, ante la afirmación, le dio cuenta de todo lo que la joven le había contado.

—Está bien —dijo el policía, pensativo—. Michel es una de nuestras pesadillas. Le sabemos relacionado con el contrabando de drogas, pero es tan vago lo que conocemos, que hemos decidido darle cuerda larga. Él cree que se burla de nosotros y se equivoca, pero nos interesa dejarle en esa creencia.

—En ese caso —inquirió Clel—, ¿tiene usted alguna orden especial para Magde?

—Sí. Que se deje convencer, aunque con cierta resistencia, y que si le propone trasladarse a algún sitio, acceda.

—¿Avisándoles a ustedes, antes?

—No. Avisándole a usted para que actúe en su defensa hasta un límite discreto. Es decir, que usted será el enlace entre ella y nosotros, limitándose a seguirla sagazmente si es posible, para darnos después noticias de los lugares que frecuenta. En cuanto a ella, habrá de olvidarse de nosotros, e ir anotando hechos, caras, nombres y diálogos. Sólo en casos excepcionales y si se creyese en peligro, romperá el anónimo y tratará de enviarnos informes apelando a su sagacidad al hacerlo.

—¿Dónde y a quién?

—Si puede, a usted, y si no... Lo dejamos a su discreción. La situación será la que mande en sus actos. Ha demostrado ser una mujer dura y valiente. Lo principal es que pueda entrar en contacto con elementos oscuros del contrabando, y facilitarnos alguna pista aprovechable. Será entonces cuando podamos lanzar una ofensiva a fondo. Necesitamos introductores, no expendedores.

—Bien, yo le trasladaré sus órdenes. ¿Y, respecto a mí?

—Si necesita despistar, visite a algunos clientes.

Griffin, que estaba atormentado por una idea que había conseguido madurar, manifestó:

—Me atrevo a pedirle permiso para intentar una gestión que puede o no arrojar alguna luz. Usted no ignora que para los laboratorios del

F. B. I.,

dejan de ser secretos inescrutables los mayores enigmas.

—¿A qué se refiere?

—A esa gran cantidad de anónimos que el honorable señor Ford colecciona como si fuesen mariposas exóticas. ¿Se ha intentado algo respecto a ellos?

—Hemos enviado alguien que los examinara. Parece que no existe caligrafía que estudiar ni cosa análoga. Recortes de periódicos para componer frases, y nada más.

—Desde luego es muy poco. En cuanto a huellas...

—Después de manoseados... nada útil. ¿Qué pretende?

—Examinarlos. Solicito que me sea entregado alguno para someterlo a un crudo análisis en nuestros laboratorios, algo que quizá dé alguna pequeña pista; usted sabe cuáles son nuestros métodos. La calidad del papel, la tinta, los lugares donde fueron depositados... Hay un sinnúmero de indicios aprovechables.

—No hay inconveniente. Usted no conoce a Ford, pero es el hombre más duro y enérgico de nuestra Magistratura. Ya se habrá enterado del reciente atentado, que no ha sido el primero. Otro hubiese cobrado miedo; él, no; al contrario, más firme y dispuesto a seguir enviando traficantes de drogas a la silla eléctrica. Es un caso insobornable, pues con las amenazas le han hecho ofertas muy tentadoras para comprar su conciencia.

—Si no lo necesita...

—Es un hombre muy rico. El dinero no constituye para él pasión

alguna. Su ilusión es la Magistratura.

—Pues bien, si usted me autoriza, le visitaré y le pediré que me preste alguno de esos anónimos.

—Hágalo, y advierta que le visita con mi consentimiento. Se reirá de eso, porque es un hombre terriblemente práctico y duda de nuestros métodos.

—¿Hay indicios de cómo entra el contrabando aquí?

—Tantos, que sería interminable la relación. Día a día, aunque tarde, hemos ido descubriendo trucos, pero son tantos, tan ingeniosos, tan inverosímiles a veces, que para investigar todo vehículo de intromisión necesitaríamos millares de expertos y paralizar o retrasar peligrosamente la vida de la nación. Usted no podría desarmar pieza a pieza un auto o un camión, y mirar si dentro de los neumáticos, en las ballestas, en la luz de los faros o en otro sitio no imaginable, viaja escondida una pequeña cantidad de morfina u opio, que a pesar de su poco volumen, es valiosísima. Lo mismo digo de un aeroplano, de una mercancía, de una máquina fotográfica, del cubo de una rueda de un carro o del interior de un bastón corriente o de golf.

—Comprendido. Sólo cazando a la banda y a quien la dirige, se puede cortar el mal.

—Justamente, pero lo difícil es eso. Trabaja gente lista y adiestrada, tan adiestrada como nosotros lo estamos en sentido contrario, y luchamos con armas similares. En cuanto a las cabezas, sospecho que son altas, y escapan a nuestras miradas por altas que se dirijan.

—Le entiendo, señor Soddy. Trabajaremos en la sombra como ellos, y les opondremos sus propios métodos.

La reunión parecía terminada. Clel inquirió:

—¿Tiene usted algo más que mandarme?

—No. Lo dejo a su iniciativa. Si en algún momento sucediese algo, excepcional, puede llamar al teléfono de mi padre político, y él dispondrá la, comunicación.

Soddy se levantó. Luego, hizo una pregunta:

—¿Sabe manejar estaciones emisoras de onda corta?

—Las de la policía sí, señor.

—En ese caso, tome esta tarjeta. Mañana se presentará en esta agencia de la «Fiat», y dirá que desea comprar un coche pequeño de

población. Pregunte por el gerente, y después de decirle lo que quiere, enséñele la tarjeta y doble el pico superior izquierdo. Él le entregará un coche más veloz que lo que aparente, y con una pequeña emisora tipo policial. Quizá en algún caso especial se vea obligado a usarla.

—Muchas gracias, señor. Así lo haré.

Se levantó, y tendió su mano al policía y a su padre político; luego, abandonó la casa.

Ya en la calle, plena de sol, se quedó un momento en la acera aspirando con delicia el aire del mediodía, y preguntándose que debía hacer. Dudaba entre regresar al hotel a dar cuenta a Magde de su conversación con el jefe de policía, o continuar trabajando a toda marcha. Se decidió por trabajar. Magde debía estar descansando, y no era elegante cortar su sueño sin necesidad.

Y, sin dudarlo un momento, detuvo el primer taxi que pasó por delante de él, y le ordenó dirigirse al barrio de Bronx, donde en una magnífica mansión de la Avenida Mosholu Parkway, habitaba Ford, el magistrado. Se presentaría a él, y después de dar a conocer su personalidad, le explicaría el objeto de su visita.

CAPÍTULO VII

LOS ANONIMOS

La primera tentativa para entrevistarse con Ford, fue casi un fracaso. El criado, un tipo elefantino con cara de perro de presa, contestó:

—El señor Ford está muy ocupado, y no puede recibirle.

—Sin embargo, es preciso que le vea. Advuértale que vengo de parte del señor Soddy. Si después no quiere recibirme, me iré.

El criado desapareció para regresar poco después, invitándole a pasar.

Le acompañó hasta el soberbio despacho, cuya puerta se abrió. En ella se quedó junto a Clel, dispuesto a sacarle del cuello al menor gesto de su jefe.

Griffin se enfrentó con un tipo que no respondía físicamente a la enteriza moral de que había hecho gala.

Se trataba de un hombre de estatura corriente, más bien un poco bajo, aunque fuerte de esqueleto. No poseía grasas aparentes, sino músculo y fibra, y su edad frisaría en los cincuenta y cinco años.

Su rostro era enérgico, de rasgos acusados, con los ojos negros y brillantes, el mentón pronunciado, las orejas un tanto inclinadas hacia adelante, y la cabeza acusando una calva, que descubría su ancha frente.

Miró inquisitivamente a Clel, preguntando:

—¿Puedo saber qué diablos se le ocurre a usted para interrumpirme en mi pesado trabajo?

—Indiqué que me enviaba el señor Soddy. Pertenezco al F. B. I.;

acabo de llegar de Quántico, y me han agregado al servicio de represión del contrabando de drogas.

—¡Ah! Viene de Quántico.

—Sí. Por cierto que trabajo en compañía de una persona muy grata a usted. Se trata de Magde Laird.

—¿Magde Laúd? Pues... no recuerdo ahora..., no sé...

—¿Cómo no? Usted la recomendó eficazmente al señor Soddy para su ingreso en la policía. Le mataron a un hermano que era vigilante en el río, y usted...

—¡Ah, sí, ya recuerdo! Perdona, trata uno a tanta gente... Sí. Vino a mí, y me contó su historia. Mi odio hacia esa gentuza del contrabando de drogas me inspiró ayudarla, y la envié a Soddy. Ya no lo recordaba.

—Pues sí. Hemos venido juntos de la Academia de Quántico. Nos aprobaron al mismo tiempo, y estamos trabajando también juntos en este engorroso asunto. Si tiene alguna duda, puede ver esto.

Y le mostró abierto el dólar, con su carnet.

Ford hizo señas al criado para que se retirase, y dijo:

—Dígame en qué puedo serle útil, aunque tengo prisa...

—Simplemente, en una cosa. Usted no conoce nuestra Academia. Allí se estudian cosas inverosímiles, y se practican análisis raros que parecen cosas de brujería. Yo he pensado buscar pistas, tratar de descubrir alguna a través de esa colección de anónimos que recibe usted con frecuencia. Quizá sometiendo alguno a un examen caligráfico, microscópico..., algo, en fin, de lo mucho y valioso que posee el departamento, pudiera...

—¡Bah! Desdeñe eso, amigo. Ya los examinaron otros, y renunciaron a ello. Verá usted, no hay caligrafía ni nada aprovechable. Apelan a lo más vulgar, como es emplear recortes de prensa, y eso nada dice.

Sacó del cajón un álbum fabricado con tapas de piel y láminas de acero que se ajustaban por unos muelles, y le mostró el interior al abrir las tapas. Asemejábase a un clasificador de cartas, y las varillas aprisionaban los anónimos, que en su mayor parte parecían hechos por la misma mano, pues las hojas en que estaban confeccionados eran del mismo tamaño. Hojas folio, aunque había otros en cuartilla.

—Puede echarles un vistazo, y se convencerá —dijo.

A una simple mirada, comprendió las razones en que el magistrado se apoyaba. Todos estaban compuestos con recortes impresos y pegados al papel con desaliño y sin simetría alguna.

Sin un examen profundo, no se podía comprobar si había en ellos rastros de huellas, aunque seguramente habrían quedado borradas al ser manoseados por el magistrado y las personas que los hubieran examinado.

Ford, después de un momento de silencio, indicó:

—Como verá, es tonto intentar nada. Deje esa colección como está, y... quizá si recibo algún otro, tratándolo con cuidado, pueda usted descubrir algo de él.

Separó las varillas, y, mostrando el último, añadió:

—Éste es el último que recibí cuando iba a juzgar a Silverman. Como verá, se me amenaza hasta con volar la villa. Tonterías que desprecio con asco.

En aquel momento el teléfono vibró.

—Perdone un momento —dijo, avanzando—. Al habla Ford.

Clel le siguió con la vista de reojo, mientras se acercaba al aparato, y, aprovechando aquel momento de descuido, con movimiento rápido sacó uno de los anónimos y se lo guardó en el bolsillo. Entre tanto, Ford no lo echaría de menos, y si conseguía extraer de él algún dato útil, mejor para la causa común.

Luego, prestó atención a lo que el magistrado hablaba por teléfono, pues era algo que le interesaba.

—Sí, señor Soddy —decía Ford—. Está aquí, pero ya le he dado mi opinión. Usted recordará que ya estudiaron esos papeles y no encontraron nada aprovechable. Bien. ¿Cómo dice? ¿Y el chófer está detenido?... Ahora mismo voy a ver si le saco alguna cosa del cuerpo. Es una coincidencia extraña... Sí, voy enseguida.

Se encaró con Clel, que le miraba intrigado, y comentó:

—Me dicen algo que le servirá para sacar más jugo que examinando papeles antiguos. Parece ser que un auto ha atropellado y muerto a una camarera del «Hotel Washington». Podría tratarse de un accidente si no diese la casualidad de que la camarera era un enlace policial, posiblemente con instrucciones secretas para alguien. Se cree que alguien la empujó durante una aglomeración, y cayó bajo el auto, que la mató en el acto.

Clel se envaró. Seguramente se trataba de la camarera que entregara el mensaje a Magde, y la coincidencia era muy sospechosa.

—¡Demonios del infierno! —bramó—. ¿Tendré que pensar que hay alguien complicado en el Departamento?... ¿Quién podía saber que... esa mujer era confidente y servía a la policía?

—¡Oh! —insinuó Ford—. Aunque no le niegue eficiencia, tendré que decirle que está usted muy por bajo de la realidad del ambiente. Los contrabandistas de drogas no sólo atienden al negocio, sino que se cubren las espaldas muy bien. Gastan una parte en espías, y otra en sobornar conciencias. Si se realizase una inspección a fondo, algunos hombres que dicen servir a la Ley, y que parecen muy honorables, irían a dar con sus huesos en algún presidio. El dinero de las drogas envenena tanto como éstas, y ha corrompido el ambiente.

—Tiene razón, y comprendo lo difícil que va a resultar llegar al corazón del cáncer, pero llegaremos. No es sólo cuestión de valentía, sino de habilidad, y aunque usted lo tome un poco a broma, en Quántico se enseñan muchas cosas que la gente no sospecha. Quizá algún día más o menos lejano se convenzan a costa suya.

Y, disponiéndose a marchar, añadió:

—Perdone si le he molestado. Trataré de buscar otras pistas más positivas.

—Sí. Y si consigue seguir esa de la sirvienta del hotel, quizá saque algo en limpio. Yo voy a interrogar al chófer, a ver quién es y qué dice.

Estrechó la mano del magistrado, y abandonó la suntuosa residencia para trasladarse al hotel. Antes de salir, examinó atentamente los alrededores, pero no descubrió nada sospechoso. Temía que los enemigos de Ford anduviesen rondando la villa y se convirtiese él, sin querer, en una pista más para sus enemigos.

Pero la avenida estaba desierta, y en el cruce del Gran Bulevar detuvo un taxi y se dirigió al hotel.

Ya no tuvo miramiento alguno en despertar a Magde para darle cuenta de los acontecimientos. La pérdida de aquel mensaje la afectaba a ella, y podía ser una pista en manos de sus enemigos que la pusiese en peligro.

Magde, aun soñolienta, le escuchó con asombro. Se trataba de una mala noticia para ella, sobre las varias que se acumulaban en su espinoso trabajo.

—Esperemos a ver qué otras noticias nos comunican —dijo—. De momento, debo esperar un par de días antes de decidirme sobre la proposición de Michel. Todavía no se ha perdido nada.

Luego, volviendo sobre las gestiones de Clel, comentó:

—¿De forma que se ha traído uno de esos anónimos? ¿Qué dirá Ford cuando lo sepa?

—¿Cree que lo sabrá? Tenía más de tres docenas en la carpeta. Cuidé de no tomar el último, sino otro, y si repasa la carpeta, esto le despistará.

Luego, añadió, refiriéndose a Magde:

—Por cierto, que no la recordaba cuando le hablé de usted.

—No me extraña. Le vi dos veces. La primera, el día que logré que me recibiese para darle cuenta de mi situación y hacerle comprender mi interés por vengar la muerte de mi hermano, y la segunda, sólo un momento, para recoger la carta de presentación al señor Soddy... Como recibe tanta gente, no me extraña.

Luego, mostró curiosidad por conocer el anónimo. Clel lo extrajo con cuidado del bolsillo, procurando no manosearlo, y lo cubrió con un trozo de papel transparente que guardaba en su cartera. Humorístico, comentó:

—Procuraremos conservar las pocas huellas dactilares que posea, si es que queda algún rastro.

—Y si lo hay, será un marmágnum, porque se encontrarán las de usted, las de Ford y sabe Dios si alguna otra.

—Ya las discriminarán en el Departamento. Espero que localicen las mías y las de Ford, si las poseen. Luego, si hay alguna más, será el momento de investigar a qué persona pertenecen.

Con interés profundo se entregaron a la tarea de examinar el anónimo. Contenía media docena de renglones mal unidos con letras y trozos de palabras impresas, y era una amenaza contra Ford, si acusaba a Silverman y le enviaba, como a otros, a la silla eléctrica.

Clel, sonriendo, preguntó:

—Razonemos con método. ¿Qué observa usted en esto? Dígamelo, y yo le daré mi opinión, a ver si coincidimos.

La muchacha lo estuvo examinando con reconcentrada atención, y, por fin, aseguró:

—Observo algunas cosas. Una de ellas, que se han empleado trozos impresos de diferente tipo y procedencia.

—Exacto. Eso lo he observado yo también.

—Por ejemplo: el nombre de Norman Silverman no ha sido compuesto con fragmentos, sino que forma una sola pieza. Lo han debido recortar íntegro de algún diario en el que se hablaba de ese tipo.

—Justamente. El tipo de letra corresponde exactamente al que usa el New-York Herald.

—Y algo parecido observo en el encabezamiento. El nombre de Joe Ford se ha recortado completo de otro sitio. El papel donde fue impreso su nombre es papel *couché*, y debe proceder de alguna revista.

—Estamos de acuerdo. ¿Algo más?

—No sé. Sería cosa de examinar al trasluz el papel donde han sido pegados los recortes. Esto es importante, pues podía llegarse a conocer la clase, fabricación y quizá almacén o fábrica que lo expidió.

—De acuerdo. Y eso se hará después de buscar huellas. Ahora hay algo que, aunque muy difícil de precisar, quizá dé algo más de sí. Vea las mayúsculas del nombre y apellido de Ford. Son de un tipo elegante, que debe pertenecer a una revista distinguida donde se habla del magistrado, pues, como ha visto, su nombre se recortó completo. ¿En qué clase de revistas cree usted que se puede hablar de Ford?

—¡Cualquiera sabe! Ford es tan popular, que se habla de él en muchos sectores de la prensa.

—Sí; pero desechemos la diaria, que no encaja, y fijemos nuestra atención en la de otra índole.

—No sé... Creo que estoy aún un poco dormida.

—Yo ya lo he pensado. Lo lógico es que se hable de él en las revistas profesionales que afectan a cosas de leyes, tribunales, etc. ¿No le parece acertado?

—¡Oh, claro! Tiene razón.

—Por lo tanto, sería muy interesante repasar las revistas profesionales, a ver si en ellas se localiza este tipo de letra. Quizá no nos lleve lejos, pero usted conoce nuestro lema: «Apurar una pista hasta lo infinito, y después de apurada... seguir pensando en ella».

—¿Qué piensa hacer, en este caso?

—Hacer una visita a la biblioteca, y que allí alguien me oriente sobre las publicaciones de este tipo. Los archiveros son muy meticulosos, y todo lo llevan perfectamente catalogado. A falta de cosa, mejor...

—Es una gran idea, pero le va a dar mucho trabajo.

—Lo sé. Antes pasaré por las oficinas de nuestro Departamento para que tomen las fotografías del anónimo, busquen rastros de huellas y examinen el papel donde han sido pegados los recortes. Cuando yo pueda tocar sin miramientos este papel, me lo llevaré a la biblioteca para intentar localizar la clase de revista de donde fueron cortados estos trozos. Pasaré por la oficina ésta tarde, y mañana por la biblioteca. Ahora almorzaré, porque el paseo me abrió el apetito.

—Pues vaya, y yo bajaré más tarde. Así no nos verán juntos.

Tras almorzar opíparamente, Clel se dirigió a las oficinas del F. B. I.,

donde, como en la Academia de Quántico, existía un archivo eficiente y utilísimo para no perder el tiempo enviando a Virginia las cosas que podían ser resueltas más rápidamente allí.

Durante dos horas el personal especializado estuvo manipulando extensamente en el extraño documento. Fotografías, búsqueda de huellas, análisis químicos, reactivos, estudios a través de los microscopios... Nada se dejó al albur, y cuando ya quedó estrujado hasta lo infinito se lo devolvieron para su uso particular.

—¿Cuándo sabré, algo que merezca la pena? —preguntó.

—Quizá mañana. Hemos de realizar muchos estudios sobre los datos tomados.

Aquella tarde, Clel se aburrió sin nada que hacer. No quería iniciar ningún nuevo trabajo sin antes haber seguido la pista del anónimo hasta lo infinito.

A la mañana siguiente se trasladó a la biblioteca, donde, tras hablar reservadamente con el director, y descubrirle su identidad, le

hizo un ruego:

—Deseo de usted que me ponga en contacto con quien se cuide del archivo de publicaciones de esta índole, y me facilite todas las que posean. Me bastará con un número de cada una, pues es de presumir que no van a estar cambiando de tipo de letra cada semana.

—Eso es lo lógico. Espere un momento.

Pulsó un timbre repetidas veces. Poco después, se presentaba un hombrecillo bajito, encorvado y con grandes gafas de montura de concha.

—Stuard —dijo el director—, póngase a las órdenes del señor. Desea examinar todas las revistas profesionales que traten de tribunales, leyes, etc. Usted ya entiende.

—Sí, señor director; comprendido. Sígame, señor.

Le condujo a uno de los gabinetes reservados de lectura, y poco después unos ordenanzas empezaron a desfilar depositando en la mesa grandes legajos.

Clel se asustó ante aquellos mamotretos, pero la paciencia era un lema en su profesión. Se dispuso a pasar horas y días, si era preciso, siguiendo aquella pista, que él creía poseía un enorme interés.

Era la hora de cerrar, cuando había repasado casi todas sin descubrir lo que buscaba. Encontró muchas veces el nombre de Ford en diversos tipos de mayúsculas, pero ninguna similar a las del anónimo. La tarea había sido pesadísima, aunque, por eliminación, no se molestó en examinar aquellas que no estaban impresas en papel *couché*, como correspondía al recorte.

Desesperanzado, dio fin a su labor. Cuando hubo examinado la última, llamó al archivero, preguntándole:

—¿Está usted seguro de que aquí están todas?

—Las que se editan en Nueva York, sí, señor. Ahora le puedo facilitar las que se reciben de otras capitales.

—¿Muchas? —preguntó, temeroso, al suponer la tarea que representaría examinar millares de ella.

—Regular. Si se exceptúa, Chicago y algún otro Estado de importancia, de otros sitios se reciben pocas.

—Gracias. Siendo así, volveré mañana a examinarlas.

Salió descorazonado de la biblioteca. Ya no tenía confianza en el

éxito de su gestión. Si los anónimos, como era lógico, procedían de la capital, parecía absurdo haber empleado material de otros Estados, que era menos corriente en la circulación.

Pero no podía desistir, porque si se demostraba que los anónimos se habían confeccionado con revistas profesionales de leyes, reduciría mucho su campo de investigación. Recordaba las palabras de Ford al asegurar que muchos funcionarios estaban corrompidos, y acaso aquellos anónimos procedían de tales elementos.

CAPÍTULO VIII

SIGUIENDO UNA PISTA

Clel regresó al hotel, donde Magde seguía recluida sin salir. Mientras no recibiese la llamada de Michel si cumplía su promesa y llamaba, nada tenía que hacer...

Al subir a su departamento, recordó que había comprado un diario de la mañana, y, preocupado con el anónimo, no lo había leído.

Se sentó en la cama y le dio un repaso. Decía, poco más o menos, lo que le adelantara Ford. Por las declaraciones del chófer y de algunos testigos, cabía sospechar que la infeliz había sido empujada desde el bordillo de la acera, arrojándola bajo el auto, aunque nadie afirmaba si fue de modo involuntario o premeditado.

Pero, para Clel, el atropello demostraba que aquella gente poseía una organización científica y maravillosa, y que la lucha contra ella iba a ser muy dura. Pero aquello también demostraba, y debía ser tenido en cuenta, que alguien andaba muy al tanto de los secretos de la policía, aprovechándose de ellos.

Y, a su juicio, a lo primero que había que tender era a descubrir las filtraciones en los organismos policiales. Bien estaba pechar con los peligros de la persecución, pero no saberse vendidos en sus movimientos antes de iniciar la lucha.

Más tarde, habló con Magde, a la que hizo confidente de sus temores. La muchacha se sintió poseída de ellos, pero nada podía hacer para evitarlos. Precisamente porque la pugna era trágica, se precisaba para ella gente de un gran valor y espíritu de sacrificio.

Después de comer, Clel recordó el ofrecimiento del coche, y se

presentó a reclamarlo. Las cosas se desarrollaron suavemente y sin obstáculo alguno. Le fue entregado el coche, un auto pequeño, pero dotado de un motor escogido que le permitiría adquirir velocidades extraordinarias. El aparato receptor y transmisor estaba instalado en una pequeña caja, a su lado, y el parabrisas, que era de cristal inastillable, a prueba de balas.

Sin vacilación subió a él y lo puso en marcha. Lo manejó muy bien, y no encontró dificultad en su uso.

Lo dejó a la puerta de las oficinas del

F. B. I.,

a las que subió para enterarse de cómo iban los trabajos de análisis del misterioso anónimo.

El jefe, sonriente, le fue mostrando los resultados. Un par de huellas bastante claras; fragmentos confusos de otras, que iban a valer muy poco, y un estudio sobre el papel en que se hallaba pegado el texto.

—Vea —dijo—. Aquí aparece su huella digital bastante visible. La hemos encontrado enseguida, y otra —esta que ve aquí— que, aunque sin antecedentes en nuestros archivos, cabe suponer que pertenezca al señor Ford.

—¿No poseen ustedes sus huellas?

—No; pero habremos de pedírselas para confrontarlas.

—Opino que no deben hacerlo, porque puede sospechar que esté relacionado con los anónimos, y si descubre que me traje éste sin su permiso, puede incomodarse, cosa que no interesa. Es un hombre íntegro, pero irritable, y si se enfada puede provocar un conflicto. Para obtenerlas y compararlas, hay mil medios. Deje eso, de momento. ¿Qué sucede con lo demás?

—Todo es tan pobre, que no cabe sacar deducciones. Esos fragmentos de huellas son tan borrosos, que ni por analogía conseguimos sacar resultados apreciables. En cuanto al papel, es de fibra vegetal seleccionada. Papel propio de oficinas de categoría, o para negocios. Posee unas leves estrías en diagonal, que deben ser una característica de fabricación. Quizá por ese lado consigamos alguna pista. Destacaremos algunos de nuestros hombres para que hagan gestiones y localicen la fábrica. De ésta saldrán los almacenistas, y después..., Dios dirá.

Clel salió, no muy satisfecho de, lo descubierto. Claro era que

aún podían surgir muchas cosas, dada la paciencia y tesón de sus compañeros, pero sólo cabía confiar en ello si descubría la procedencia de los fragmentos impresos, del anónimo.

Abandonó las oficinas y se dirigió a la salida. Cuando descendía la escalera y casi alcanzaba la puerta, vibró súbitamente una terrible explosión, seguida de gritos de pánico y de angustia, así como de carreras alocadas, y cuando con decisión corría a ver qué sucedía, quedó envarado en la misma puerta.

Su recientemente estrenado auto, aparecía convertido en un montón de hierros retorcidos, aparte de que algunos trozos habían volado como si les hubiesen desintegrado. Sobre todo la parte delantera había desaparecido, como arrancada por manos poderosas, y el coche crepitaba entre las llamas al inflamarse la gasolina.

Pasado el primer momento de pánico, los transeúntes reaccionaron, agrupándose cerca del auto. Algún funcionario del Departamento había acudido, atraído por el misterioso accidente, y Clel, dándose cuenta de lo sucedido, aprovechó la confusión para desaparecer sin ser visto.

Para él, aquello tenía una explicación bastante trágica. Alguien estaba sobre sus huellas, y le había seguido. Después..., cómo se las ingenió para colocar en algún lugar vital del coche una bomba de acción retardada, no lo sabía, pero lo cierto era que la habían colocado, y que, de haberse adelantado unos minutos a salir y a montar en el coche, no lo hubiese podido contar.

Se había salvado de una muerte cierta, pero aquello era un «amistoso» aviso de lo que podía esperar de sus enemigos. La lucha se endurecía por momentos, y amenazaba adquirir caracteres dramáticos.

Pero ni aquello ni lo que llegase detrás le amilanaba. Seguiría rectilíneo su cometido, y afrontarí con bravura todo lo que sus enemigos le ofreciesen.

Cuando regresó al hotel, dio cuenta a Magde de lo sucedido. Ésta se afectó hondamente al ponderar el peligro corrido por su compañero, y comentó:

—¡Dios mío! Me tiemblan las carnes al pensar lo que le pudo suceder. Ha estado a punto de volar en pedazos.

—Un bonito espectáculo para mis enemigos, si había alguno

próximo. Me hubiese gustado saber si, en efecto, había alguno por los alrededores esperando el suceso.

—¿No le habrán seguido hasta aquí?

—Espero que no. Si confiaban en que gesticularía y me daría a ver, se equivocaron. Me hice el desentendido, y desaparecí en la confusión. Creo haberles burlado.

—Sin embargo, de nada vale ya. Le han señalado, y no se despegaran de usted mientras puedan.

—Sí; pero lo que me pregunto es cómo han podido descubrirme tan pronto y seguido mis pasos.

—No lo sé. Quizá alguien vigilaba las oficinas, y le verían entrar en ellas. Lo demás, es fácil. Sólo así se explica, pues nadie podía conocer el auto. Trabajan demasiado aprisa, Clel.

—Y nosotros, muy despacio. He pensado que este hotel no es muy seguro para ninguno de los dos, y voy a buscar otro donde ignoren nuestra presencia.

—Yo no puedo marchar de aquí. Espero esa llamada.

—Es ciento. Bueno, buscaré el alojamiento para después, y daré cuenta al señor Soddy a través de su padre político. Después del atropello de la sirvienta y del estallido del auto, toda precaución es poca.

Al día siguiente, Clel se trasladó nuevamente a la biblioteca, para seguir hojeando revistas profesionales.

Empezó por las de Chicago, que no dieron luz alguna, y siguió con las de otras capitales menos importantes. Hasta que súbitamente se envaró, al tomar entre sus manos una pequeña revista, cuyo título escueto era el de Legislación. Se recogían en ella las más recientes disposiciones referentes a leyes, y se publicaban esquemas biográficos de las figuras más salientes del foro. Y allí encontró lo que buscaba. Un extracto de biografía del célebre «Fiscal Veneno», y algunas apreciaciones suyas sobre temas relacionados con las drogas.

La *entreviú* había sido escrita por un reportero de la revista en una visita incidental hecha a Nueva York, y la revista se editaba en Cleveland.

Clel apuntó el nombre de la publicación, así como número, fecha y las señas de la empresa editora.

Ya poseía un dato, muy exiguo, pero algo era. Ahora le

interesaba adquirir un número de la revista, ya que el de la biblioteca no podía ser retirado de ella.

Pero, por más que recorrió puestos de venta de revistas de todas clases, no consiguió encontrar ningún ejemplar de Legislación, ni aun especializadas en la venta de ediciones similares.

Este fracasa cerraba el círculo. Si la revista era de imposible adquisición en Nueva York, o bien los anónimos llegaban de Cleveland —cosa absurda, pues desde tan lejos no podían estar en contacto con ciertos sucesos de la capital—, o el autor de ellos era persona que conseguía adquirirla por suscripción u otro medio, y, por lo tanto, afecto a cosas de la justicia. Este dato señalaba directamente hacia personas de la misma profesión.

Clel se dijo que había que iniciar una nueva búsqueda en otro sentido. O ir a Cleveland a adquirir datos de la revista y de su circulación, o que el

F. B. I.

encomendase a alguno de sus agentes especializados que realizase tal labor. A juicio de Clel, los números de la revista que llegaban a Nueva York debían proceder de suscripciones, y esto estrechaba más la investigación. Se sentía satisfecho del descubrimiento, y su corazón parecía decirle que, por aquel camino, se podía aproximar milagrosamente a algo sensacional.

Cuando llegó al hotel y dio cuenta a Magde de sus sospechas, ella pareció ser de su misma opinión.

—Ya tiene usted algo en qué ocuparse mientras yo empiezo a actuar —dijo—. Michel me ha llamado por teléfono.

—¿Sí? ¿Qué ha dicho?

—Figúreselo. He fingido luchar mucho, pero por fin me dejé convencer. Me espera esta noche, a las once, en la entrada de la calle Trece, en Manhattan.

—Mal sitio. Aquél es el lugar donde se reúne toda la población flotante emigrada: polacos, judíos, italianos...

—Quizá tengan por allí su refugio.

—Es de presumir. ¿Qué instrucciones le ha dado?

—Que llegue en auto hasta allí, y me apee a la entrada de la calle. Él acudirá cuando me vea. Lo que no me ha dicho es dónde estará él.

—Necesita tomar precauciones para cubrirse. ¿Irás?

—¿Me cabe otra solución? Son las órdenes.

—Comprendo. No hacerlo sería desertar de su puesto; pero me dice el corazón que correrá serios peligros.

—Trataré de evitarlos. Me llevo mi pistola y algunas cosas útiles que ocultaré donde pueda.

—Creo que mi deber es ir con usted y...

Ella, enérgica, se opuso.

—Haga el favor de no mezclarse en este asunto, Clel. Usted ya está fichado, y yo... quizá también, pero no lo sé. A lo mejor, complica el asunto, y no quiero.

—Bien. Ya sé que la pone nerviosa mi proximidad. Trataré de no mermar sus facultades.

Aquella noche cenaron también separadamente, y sobre las diez y media, Magde, que había vuelto a embutirse en aquel absurdo vestido verde, se cubrió con un abrigo y salió a la calzada para elegir un taxi al azar.

Clel no estaba en el hotel. El joven, pese a la promesa que había hecho a la joven, se resistía a dejarla abandonada, y había tomado la iniciativa de apostarse en las inmediaciones, de la calle Trece, para observar lo que sucediese. Quizá si la suerte le ayudaba, podría seguir a la muchacha y a su compañero, y vigilar por los alrededores del lugar donde la llevasen.

Clel vestía un traje bastante viejo, y cubría su cabeza con una gorra de viaje. Con este atuendo se deslizó furtivamente por las calles más apartadas del viejo y primitivo barrio del antiguo Nueva York, y, dando rodeos, alcanzó las proximidades de la calle Trece.

Arrimado a las sombrías fachadas, pues aquella parte, por ser la más vieja, era la que poseía calles más estrechas y tortuosas y menos luz, se preguntaba dónde se apostaría para mejor vigilar el lugar de la cita.

Pensó en las míseras tabernas de aquel lado del barrio obrero, pero éstas; no le podían brindar miradores de observación, y, por fin, decidió buscar un hueco de puerta de los más sombríos, y esconderse en él hasta ver como se reunían Magde y el *gángster*.

Y cuando encontró lo que buscaba, se pegó al vano, con todos los nervios en tensión.

Poco a poco se fue acostumbrando a la obscuridad del lugar, y desde su refugio alcanzaba a divisar el esquinazo de la calle y

algunos rectángulos de luz débil de las pocas tabernas establecidas en aquel lado.

La calle Trece, más ancha, pues allí comenzaba la parte ya saneada de Manhattan, aparecía más iluminada, y esto le permitiría descubrir a la joven cuando llegase.

Daban las once en un reloj lejano, cuando captó el trepidar del motor de un auto. Éste se acercó, y poco después se detenía en la esquina de la calle.

Distinguió perfectamente a Magde, que se apeaba del vehículo y abonaba el importe del viaje. Luego, el taxi partió, y la muchacha, quedó erguida junto a la esquina.

Muy firme de nervios, o para calmarlos, extrajo un cigarrillo del bolso y lo encendió. Clel captó la llamita del encendedor iluminando a medias el rostro de la joven, y su admiración por ella creció en grados.

Transcurrieron cinco minutos angustiosos. Clel, con el revólver aferrado en el bolsillo de la chaqueta, esperaba no sabía qué. No se oía el más leve rumor de pisadas, y no sabía por dónde surgiría el *gángster*.

Y, de repente, éste apareció junto a Magde. Debió llegar por el ángulo de la misma calle Trece, porque no surgió por donde estaba Clel. El caso fue que apareció, y que, tomando a Magde del brazo con familiaridad que encendió la sangre de Griffin, tiró suavemente de ella con dirección a otra de las calles transversales.

Temiendo perderles de vista, Clel abandonó su refugio, y, siempre pegado a las fachadas para no denunciar su presencia, avanzó rápido, intentando ganar la salida.

Al avanzar, descubrió un bulto arrebujado en el suelo, junto al quicio de una puerta. No le descubrió antes a causa de la obscuridad, pero por su posición creyó que se trataba de algún borracho dormido o de algún pobre indigente sin hogar, y se apartó un poco para pasar por delante de él sin rozarle.

Pero cuando adelantaba el paso, algo se enredó a sus piernas, tirando con violencia y arrojándole al suelo sin darle tiempo para conservar el equilibrio. Fueron las manos del que parecía dormir las que le atenazaron y derribaron de un tirón brutal.

Clel cayó todo lo largo que era, pero recordando sus sesiones de esgrima para la defensa y el ataque, giró en tierra y flexionó las

piernas, levantando los pies para repeler la agresión del intruso, que se disponía a lanzarse sobre él. El atacante recibió el violento golpe de Clel en pleno estómago, y con un rugido de dolor rebotó de espaldas, cayendo fuera de la acera, pero cuando Clel saltaba elásticamente para ponerse en pie, otros dos agresores surgieron de las sombras, abalanzándose sobre él.

Ante el ataque impetuoso, no pudo sacar la pistola, y se vio obligado a aceptar la lucha cuerpo a cuerpo. Sabía defenderse con eficacia, y si sus dos agresores no podían apelar a las armas, confiaba en ponerles fuera de combate también.

Manejando fieramente los puños, rechazó los directos que trataban de propinarle, y golpeó contundentemente donde mejor pudo, pero había tropezado con tipos duros que sabían boxear bien. Ágiles y buenos pegadores, replicaban con valentía y fuerza, y por ello daba y recibía golpes dolorosos, con la desventaja para él de tener que luchar con dos al tiempo.

Le acosaban tan de cerca, que no conseguía un segundo de reposo para sacar el arma. De haberlo intentado, un golpe dirigido sin cubrirse le habría enviado a dormir unas cuantas horas.

Peleaban en silencio, resoplando con fuerza y gruñendo con rabia. No debía interesarles que nadie tomase parte en la lucha, aunque por la soledad del lugar tampoco había a la vista nadie capaz de mediar entre ellos.

Clel giraba ágilmente, procurando esquivar la mayor parte de los golpes, aunque no todos, y buscaba la forma de poner fuera de combate cuando menos a uno. Si lo conseguía, estaba seguro de dar buena cuenta del otro, al no tener que hacer frente a un ataque conjunto.

Esta concentración de su interés en la pareja, le hizo olvidar al que primero había caído. Le creía incapaz de sumarse al combate, y fue un error que le costó caro, pues su primitivo agresor, al reponerse, se deslizó en las sombras, pegándose a la fachada más próxima, y en una de las esquivadas de Clel saltó por su espalda cuando éste retrocedía.

El *gángster*, que esgrimía un pequeño saquete de arena, movió el brazo de modo fulminante, y dejó caer la silenciosa pero contundente arma sobre el cráneo del policía. Éste sintió un dolor terrible en la cabeza, le pareció que todo se hundía en derredor de

él, y, de modo súbito, se desplomó como un muñeco.

Uno de los atacantes, dijo, roncamente:

—Buen golpe, Jim, pero te has descuidado mucho. Ha estado a punto de noquearnos.

—¡Rayos del infierno! —Gruñó Jim, llevándose las manos al estómago—. Ese buitre me pateó de tal forma, que creí que lo había hecho un elefante. Estoy sintiendo ganas de arrojar hasta lo que no he comido.

—Es duro el maldito, y sabe para qué sirven los puños. Menos mal que yo fui campeón de pesos medios, en Sing-Sing;

he sabido darle la réplica, pero tengo la cabeza que me da más vueltas que las aspas de un molino.

—No sé por qué nos dieron la orden de no liquidarle.

—Porque el jefe querrá hacerle hablar antes. De todas formas, éste dará ya muy poco que hacer.

Con su potente brazo levantó a Clel, preguntando:

—¿Dónde está el auto, Glen?

—En el callejón de más arriba.

—Pues vamos para allá. No se quejará Terence del trabajo. Debía estar muy seguro de que el pájaro acudiría al reclamo, cuando nos encomendó el asunto.

—Terence está siempre seguro de todo. Parece brujo.

Tomaron el cuerpo del policía, y lo depositaron en el fondo de un auto. Minutos después, éste se ponía en marcha silenciosamente, con rumbo desconocido.

CAPÍTULO IX

HORAS DE ANGUSTIA

Michel había casi arrastrado del brazo a Magde hasta una calle angosta, donde tenía un pequeño automóvil negro esperando. La invitó a subir a él, diciendo:

—Vamos, «Muñeca», sube.

—¿A dónde vamos? —preguntó la joven, medio resistiéndose.

—No te asustes, que no vas a ningún sitio malo. Mi jefe, al que he hablado muy bien de ti, quiere conocerte. Espero que, no tardando mucho, me agradecerás el interés que me tomo por ti, y sabrás corresponder a él.

Él se acomodó a su lado, y bajó las negras cortinillas para ocultar la visión del exterior.

—¿Por qué bajas esas cortinillas?... —preguntó Magde.

—Porque no me interesa que conozcas el camino, «Muñeca». Cuando el jefe te dé el visto bueno y seas una más de la familia, entonces no habrá secretos para ti. ¿Qué has pensado de lo que hablamos?

—Pues... las cosas no andan muy bien, y necesito ganar dinero. Si eso es tan sencillo como lo pintas...

—Todo es sencillo cuando la gente sabe hacer las cosas. Si tienes cabeza y sangre fría, marcharás bien y ganarás más de lo que supones; pero todo tiene sus inconvenientes. Si te comprometes, tendrás que pensar que ya no puedes volverte atrás, porque al que se vuelve atrás se le considera un traidor y un peligro, y se expone a sufrir serias consecuencias.

—Si las cosas van bien, no hay por qué arrepentirse.

—Claro. Pero a veces la gente siente un miedo tonto, y se pone el revólver al pecho ella sola.

El auto rodaba aceleradamente, y Magde sufría la impresión de que hacía muchos virajes. Debían recorrer lugares poco frecuentados, porque no captaba ruido de motores ni rezongar de *claxons*, sino un silencio que hacía la situación más impresionante.

Al cabo de una media hora, el auto se detuvo bruscamente, y alguien, desde fuera, abrió la portezuela. Magde se encontró en un lugar desierto, frente a una pequeña casa aislada en un terreno abierto y oscuro.

Dos individuos se pusieron a su lado, y Michel a la espalda, y así escoltada entró en la casa.

El pasillo estaba débilmente alumbrado, y lo atravesaron en toda su longitud, hasta penetrar en una estancia huérfana de todo mobiliario, que se abría al frente. Allí, uno de los misteriosos inquilinos palpó la jamba de la puerta, y debió apretar algún muelle oculto, porque parte del suelo se corrió, dejando al descubierto la boca de una sombría cueva.

Michel pasó por delante, indicando a Magde que le siguiese, y por una pina escalera descendieron a un amplio sótano bien iluminado, en el que había varias mesas, algunos bancos y una estantería repleta de botellas llenas de bebidas.

En torno a las mesas, una docena de individuos bebían y jugaban a los naipes. Cuando Michel y sus compañeros, custodiando a Magde, descendieron al sótano, las partidas se interrumpieron, y todos clavaron sus ojos en la joven.

Su detonante vestido, su cabellera rizada estrepitosamente, y su olor a esencia barata, llamaron la atención de aquella horda, y en todas las pupilas brillaron reflejos de codicia y de deseo al admirarla.

—Bien, Michel —comentó uno—. Buena perita en dulce.

—No te relamas —repuso Michel—, que no te llegará el dulzor. Esto es cosa mía, ¿os enteráis?

—Bueno, Michel; no te comas, a nadie —objetó otro—. Como ésa las hay a espuestas.

—Pues a buscarlas.

Magde, demasiado impresionada para necesitar fingir el azoramiento que sentía, pasó revista a aquellos tipos, sintiéndose

demasiado molesta. Todos ellos reflejaban en sus semblantes la degradación, la falta de escrúpulos y moral, y la decisión de los hombres duros acostumbrados a saber su vida en constante peligro, pero sin dar al hecho más que una importancia relativa. Confiaban en su suerte, en su habilidad, en su valencia ciega y en sus armas bien manejadas.

Alguien se adelantó autoritariamente, preguntando:

—¿Es ésta la chica, Michel?

—Ésta es, Terence. ¿Te gusta?

—No es a mí a quien tiene que gustar, sino al jefe. Me alegraré que sirva, porque nos hace falta una que ejecute ciertas cosas que nosotros no podemos hacer. ¿No sucedió nada al venir?

—Nada. Estuve observando un rato antes de acercarnos, y no vi nada sospechoso. De todas formas, Jim y los otros andaban repartidos por la calle Tercera.

Magde se estremeció de angustia al oírle. Había hecho bien en prohibir a Clel que la siguiese.

—¿Vendrá esta noche el jefe? —preguntó Michel.

—Sí. Le envié el aviso, y quiere conocer a la chica... y hablar con ella. Esta noche estará aquí.

Michel indicó a Magde un asiento junto a una mesa, y, tomando una botella y dos vasos, se sentó a su lado, diciendo:

—Bebe algo, «Muñeca». Va a venir el jefe, y tienes que celebrarlo. Si eres de su agrado, te dará trabajo, y de aquí en adelante ganarás dinero y vestirás menos ridículamente que ahora lo haces. Eres bonita, y debes cuidar de realzar tus encantos con otras ropas menos pueblerinas. Nuestras amigas visten bien y frecuentan locales de mucho postín sin hacer el ridículo.

—¿De verdad es así? —preguntó Magde—. Me gustaría conocer el «Ambassador», el «Rockey» y otros buenos locales.

—Son formidables. Es más fácil entrevistarse con un amigo en el «Ambassador», que en una taberna del puerto. La policía vigila muy poco los grandes círculos, porque cree que allí toda la gente es honorable. Bueno, allá ella con su criterio, pero a veces se reúnen allí más granujas que en una tabernucha del río...

Las partidas se habían reanudado y los *gangsters* reían y maldecían, se cambiaban frases sueltas recordando sucesos. Magde habría mucho los oídos, para captar todo lo que se hablaba en

derredor.

El único que no tomaba parte en el entretenimiento era Terence, un tipo alto y fibroso, de ojos fríos y penetrantes, y de una excelente constitución física.

Sobresalía entre los demás por su distinción y por sus ademanes muy suaves y elegantes, pero felinos.

Súbitamente, en un rincón del sótano, se encendió una luz roja, que se apagó y volvió a encender hasta tres veces. Terence, con voz cortante, ordenó:

—Fuera todo eso. El jefe llega.

Botellas y vasos ocuparon su sitio en el estante. Solamente los cigarros puros a medio masticar entre los duros labios de los reunidos brillaban en la sombra. Todas las luces, menos una al fondo, se apagaron; el estante de las bebidas se corrió a un lado silenciosamente, y dejó ver un negro hueco en su lugar. Poco después, en el hueco, tieso, erguido, inmóvil como una estatua, surgió un tipo extraño, en el que los bellos ojos de la joven se clavaron intensamente.

Al tenue resplandor de la bombilla, comprobó que se trataba de un individuo de estatura media, delgado, aunque la capa que le cubría le hacía parecer más grueso. Tocaba su cabeza con un sombrero flexible de amplias alas, caídas hacia adelante para sombrear su frente, y la joven sufrió un estremecimiento al observar su rostro, un rostro extraño, que más bien parecía una máscara, a juzgar por la tersura de sus rasgos.

Dotada de una vista excelente y esforzándola para registrar aquella cara inexpresiva, llegó a la conclusión de que en realidad se trataba de una máscara. Una máscara que bien podía ser una finísima, careta de seda muy bien pintada, adaptada ceñidamente al verdadero rostro, dejando solamente al descubierto los ojos, que encajaban a la perfección en los huecos destinados a ellos. Un bigote gris tapaba sus labios ampliamente.

El detalle encendió en la mente de Magde la lógica sospecha de que aquel tipo tomaba toda clase de precauciones para no ser reconocido ni por sus hombres.

Quizá algún hombre de la banda le conociese y supiese quién era, pero si había alguno debía merecer toda su confianza, y sólo por la necesidad de comunicarse directamente con alguien podía

haberle concedido aquel raro privilegio.

El recién llegado paseó sus fríos ojos por el interior del sótano. Los *gangsters*, como sugestionados o medrosos, por su presencia, permanecieron en pie, rígidos e inmóviles, pendientes de sus menores movimientos.

Por fin, el individuo habló, y su voz resultó absurda y desagradable. Hablaba como si lo hiciese a través de una sordina, y Magde recibió la impresión de que llevaba en la boca un aparato para desfigurar su voz.

—¿Algo nuevo, Terence? —preguntó el jefe de la banda.

—Nada, jefe. Aquí está la muchacha de que le hablé.

El personaje avanzó un paso, sin separarse mucho del vano obscuro de entrada, y ordenó:

—Acércate, muchacha.

Ella, lo hizo, un poco cohibida. Le causaba miedo aquel tipo misterioso, en el que adivinaba un ser cruel, despiadado y maligno, como una serpiente de cascabel...

—¿Cómo te llamas?

—Magde Laird.

—¿De dónde eres?

—Nací en Filadelfia, pero me crié con una tía mía en el campo. Me cansé de aquella vida, y vine aquí. He trabajado en algunos conjuntos en Broadway, pero ahora estoy cesante. Las cosas no marchan bien en el baile.

—Me han dicho que tomas «coca».

—No mucha. Algunas veces, cuando me siento deprimida.

—¿Te tiene fichada la policía?

—Lo ignoro, pero no tiene motivos. Me detuvieron el otro día en una *boîte*, pero se vieron obligados a soltarme por no tener nada concreto contra mí.

—Asegura Michel que estás dispuesta a ayudarnos si te pagamos bien. ¿Es cierto?

—Me han dicho que el trabajo será fácil y no muy expuesto. En esas condiciones, mi deseo es trabajar.

—¿Qué garantías puedes ofrecernos sobre tu persona?

—No lo sé. Procuraría hacerlo lo mejor posible. Ganando dinero, ¿por qué no había de ser leal?

—¡Hum! Eso han dicho algunas, y después... Claro es que debo

decirte una cosa. Aquí la traición se paga con la vida, y los pocos que lo intentaron cayeron a tiros de revólver. ¿Te das cuenta de lo que te digo?

—Sí. Me doy cuenta.

—En ese caso, quizá te ponga a prueba. Tengo un trabajo especial, para el que necesito una muchacha decidida. Me han dicho que sabes conducir coches.

—Sí. Tuve un novio que poseía un auto, y me enseñó. No le gustaba dejarme el volante, porque decía poseo el vértigo de la velocidad.

—Eso me satisface, y te pondré a prueba, como he dicho; pero no creas que por eso vas a verte libre de una severa vigilancia hasta que esté seguro de tu lealtad.

—Eso no me importa. Pienso cumplir con mi deber.

Recalcó la frase. Sólo ella sabía su significado.

—En ese caso...

La luz encarnada se encendió por dos veces. Todos habían quedado suspensos, con las manos en los bolsillos, y prestos a sacar las armas, pero la señal les tranquilizó. Se trataba de algún miembro de la cuadrilla.

—Deben ser Jim y los demás —advirtió Terence.

El hueco del techo se abrió, y por la escalera descendieron los tres *gangsters* que se habían peleado con Clel. Instantes después aparecieron los tres, mostrando las huellas de la dura lucha; Jim portaba sobre sus hombros un bulto flácido. Al dejarle caer al suelo y dar la luz en su pálido rostro, Magde tuvo que morderse los labios para no emitir un grito de angustia al reconocer en aquel cuerpo a su compañero de trabajo.

Sólo la conciencia del deber a cumplir, y su entereza de ánimo, le salvaron de denunciarse. Con un esfuerzo de voluntad que no supo de dónde lo extrajo, permaneció fría e indiferente, contemplando el magullado cuerpo y el rostro sin color de su compañero.

Hasta sintió cierta rabia contra él por haberse entrometido en aquel asunto, contra su prohibición. Se hacía cargo de los motivos sentimentales que le habían guiado a desobedecerla, pero se preguntaba angustiada qué consecuencias trágicas podría acarrear el incidente para él y para ella.

De un modo mecánico oprimió el pequeño revólver que guardaba en el bolsillo de su traje. Si se veía perdida, sabiendo que no habría compasión para ella, estaba dispuesta a morir matando.

El jefe contempló al caído, y en sus ojos brilló una extraña luz de malévolos regocijos. Luego, dirigiéndose a Jim, preguntó:

—¿Qué es lo que ha sucedido, Jim?

—Pues que este tipo estaba emboscado cerca de la calle Trece, vigilando a la muchacha. Cuando Michel se la trajo, intentó seguirlos, y yo, que me había fingido borracho y estaba encogido en el suelo, le agarré de una pierna y le hice caer, pero el tipo es duro y sabe defenderse. Me dio dos patadas en el estómago que me doblaron, y gracias a éstos, que acudieron rápidos, no se nos escapó. Tuvimos que pelear con él de firme, y yo me vi precisado a aplicarle el saquete de arena.

El jefe, dirigiéndose a Terence, preguntó:

—¿Le conoces?

—Claro que le conozco, jefe. Fue el individuo que usted me ordenó vigilar, y al que no hice saltar en pedazos dentro de su auto por minutos de diferencia.

—Bien; de todas formas, va ha caído; pero esto plantea algo que vamos a resolver ahora mismo. Señorita Magde; ¿usted no conoce a este tipo?

—Claro que le conozco, jefe. Se llama Clel Griffin y se hospeda en el mismo hotel que yo.

—Una bonita coincidencia. ¿Puede explicarme por qué se interesa tanto por usted, por qué estaba emboscado y por qué pretendía seguir a uno de mis hombres?

—Sólo encuentro una explicación. Este tipo me ha estado acosando desde que llegó al hotel. Dice que es agente de seguros, y me visitó en mi habitación con el pretexto de proponerme la firma de una póliza, aunque enseguida lo que me propuso fue algo más romántico. Le rechacé, y no se conformó. Me ha perseguido tantas veces como ha podido, y fue tras de mí a la *boîte*, donde no le hice caso. Sin duda, esta noche, cuando me vio salir del hotel, creyó que iba de nuevo al baile, y debió seguirme en algún otro auto. Quizá al verme parada esperando creyó que estaba citada con algún amigo, y se puso al acecho. No sé de otra explicación.

—¿No sabe de otra? ¿Ignora que es policía?

—¿Policía? Lo ignoraba en absoluto. No tengo relación alguna con él, y sí es policía como usted dice, puede que tratase de vigilarme. Ahora sospecho por qué me siguió a la *boîte* y lo hizo esta noche. Estaba ignorante de su profesión, y sólo creí que me asediaba porque me creyó una mujer fácil a sus caprichos.

El jefe la miró intensamente, pero Magde ni parpadeó. Sabía lo que se estaba jugando, y que su salvación podía depender de su sangre fría.

El jefe se volvió hacia Terence, ordenando:

—Veamos si el cuento de él coincide con el de esta señorita. Procurad que vuelva en sí pronto.

Con varios tragos de ron y unos baldes de agua arrojados sobre su cabeza, hicieron revivir a Clel. Éste abrió los ojos, llevándose las manos al sitio golpeado, y luego paseó su turbia mirada en derredor.

Al descubrir a Magde que le miraba duramente, los cerró como si se sintiese mareado, pero en realidad lo hizo para estudiar la situación. Adivinó que la había puesto en un terrible peligro, y se esforzaba en buscar una solución, que cuando menos librase a Magde de aquel riesgo.

Volvió a abrir los ojos, y se quedó mirando al jefe. Éste, con voz que era un cuchillo, exclamó:

—Bien, amigo, por fin cayó usted en el cepo en que se metió por propia iniciativa. Ahora, ¿quiere explicar qué hacía en la confluencia de la calle Trece?

Clel, sin inmutarse, repuso:

—Simplemente, seguir a esta mujer. Me había gustado, y poseía cierto empeño en entablar amistad con ella.

—Amistad policíaca, claro está.

—No niego que me interesa en ese aspecto —afirmó, con desparpajo—; hay ciertas mujeres que atraen por determinadas causas, y ésta es una. La observé un día tomando «coca», y eso fue algo que me interesó.

Magde cerró los ojos para reprimir dos lágrimas que pugnaban por afluir a ellos. Clel se estaba sacrificando por salvarla, y sus manifestaciones parecían coincidir con la historia que ella había inventado. Fue algo que la conmovió hasta el fondo de su ser, y sintió hacia el joven un agradecimiento inmenso.

—Ya... Y por ello sospechaba usted, que estuviese relacionada con el contrabando de drogas.

—No estaba seguro, y debía comprobarlo. Creo que no me he equivocado, por las muestras.

—Lo cual indica que no niega su condición de policía.

—¿Voy a ganar algo con ello? Ustedes me descubrieron, no sé cómo, y negarlo sería perder el tiempo.

—Sí. En el mundo hay que saber perder y ganar. Usted, parece que sabe perder.

—Quisiera poder comprobar si usted sabe perder también, algún día no lejano.

—Yo no perderé nunca. En eso soy más listo que ustedes. Bien, este asunto parece algo aclarado. Ha sido para usted, señorita, algo muy desagradable, porque le ha expuesto a sufrir la suerte que le espera a este tipo. Nosotros somos de los que no perdonamos, porque sabemos que no nos van a perdonar tampoco si nos echan mano. Terence, ocúpate de que le trasladen donde tú sabes. Éste no volverá a ponernos piedras en el camino.

Entre dos tomaron el cuerpo medio molido de Clel y brutalmente lo sacaron del sótano. Magde estuvo a punto de gritar, enajenada de miedo y angustia, pidiendo que le hiciesen correr su misma suerte, pero el recio sentimiento del deber selló sus labios. Aquel final de Clel sería el final de muchos, como lo había sido antes. Ella misma estaba expuesta a caer como él, mas había jurado fidelidad a la Ley y sacrificarse por servirla, y su deber era seguir adelante. Nada podía hacer por Clel, pero sí podía hacer otra cosa: vengar su muerte.

Ahora, más que nunca, estaba dispuesta a llegar al fondo de la llaga para descubrir aquella funesta organización, aunque el intento le costase la vida.

Cuando sacaron de allí a Griffin, una serenidad terrible la invadió. Nadie, por mucho que sospechase de ella, creería que pudiese permanecer indiferente a la muerte de su compañero, y por tanto, si demostraba que nada le importaba tal hecho, cualquier duda se desvanecería. Era la mujer fuerte y entera que se precisaba para la misión que le habían confiado, y sabría comportarse dignamente, sin flaquear un solo momento en su esfuerzo.

CAPÍTULO X

FRENTE A LA MUERTE

Con dos cañones de revólver aplicados al pecho, Clel fue trasladado al automóvil e introducido en él. Dos *gangsters*, de aspecto ciclópeo, se sentaron a su lado, y el auto arrancó con las cortinillas echadas.

No le habían esposado, pero comprendía que no hacía falta. Al menor movimiento sospechoso le meterían varias onzas de plomo en el cuerpo, y no merecía la pena correr aquel riesgo sin una posibilidad de éxito.

Rodaron mucho tiempo. No alcanzaba a descubrir el paisaje, porque las negras cortinillas velaban el exterior, pero al final el aire húmedo que se filtraba dentro del auto le hizo sospechar que le llevaban a las proximidades del Hudson.

Por fin, el auto se detuvo, y cuando le obligaron a salir, con los revólveres pegados al cuerpo, se vio dentro de un viejo cobertizo, que debía ser uno de los muchos abandonados por inservibles para el almacenamiento de mercancías.

Le empujaron por entre restos podridos de toneles y cajones, hasta detenerse al pie de una trampa que debía conducir a algún sótano. La trampa poseía un enorme cerrojo oxidado, muy difícil de forzar.

Uno de sus guardianes levantó la trampa, y escuchó. Se captaba abajo el
clap-clap
del agua, y comentó, irónico:

—Creo que le agradará el alojamiento. Algunos han pasado por él, pero no tuvieron la cortesía de decir qué tal les fue ahí abajo.

Quizá usted sea más cumplido, y pueda darnos detalles después.

De un fuerte empujón le lanzaron por el hueco. Clel cayó de pies desde una altura de dos yardas, y sintió un rudo calambre en las piernas al chocar contra un suelo viscoso bajo un palmo de agua.

Uno de los *gangsters* se asomó por la trampa, diciendo:

—Escuche, amigo. Le explicaré el panorama. Esa bonita ventana que podrá contemplar a su derecha, y que tiene una reja bastante fuerte, da al río. Está abierta tan sabiamente, que si puede sacar una mano se la mojará de agua. Bien; cuando llegue la hora de subir la marea, el agua empezará a entrar por la ventana, y poco a poco llenará su alojamiento, hasta que, al alcanzar el máximo de crecida, sólo quedará sin cubrir un espacio de dos palmos, junto al techo. Usted se dará cuenta del alegre rato que pasará viendo como el agua le cubre y no le permite ni nadar, porque no encontrará espacio para ello. Mañana, después que la marea se retire, nosotros abriremos el desagüe que usted no podrá encontrar, vaciaremos su «habitación» para dejarla libre por si volvemos a necesitarla, y su cadáver será arrojado al río. Ahora, ya que está bien informado, y conoce el estupendo programa de festejos que le hemos organizado, sólo nos resta desearle que se divierta mucho.

La trampa cayó con estrépito, y Clel sintió como el enorme cerrojo chirriaba agriamente en la obscuridad. El entero policía se vio sumido en una penumbra casi absoluta. Comprendía que no le habían engañado, pues captaba con toda claridad el rumor de la corriente del río, deslizándose junto al tabuco.

Mucho le preocupaba su situación, pero más le preocupaba la de Magde. Adivinaba el terrible rato que le había hecho sufrir al exponerla a estropear su labor de sacrificio, y la rabia que debía sentir contra él al comprobar que había desobedecido su ruego.

De haber estado seguro de que su explicación había dejado satisfechos a aquellos tipos duros y desconfiados, se hubiese mostrado tranquilo por ella, pues no se le ocurrió otra disculpa que la inventada.

Por fin, desentendiéndose del recuerdo de Magde, se dio a pensar en sí propio. La muerte le rondaba de una manera alucinante, y si algo podía hacer para eludirla no debía perder el tiempo.

No sabía cuándo empezaría a subir la marea, pero, de todas

suertes, subiría durante la noche. Sus enemigos habían prometido volver al día siguiente en busca de su cadáver, y no quería darles el placer que deseaban.

De un vistazo calculó la altura del sótano. No era muy alto, pero mediría algo más de dos yardas. Lo suficiente para cubrirle de agua y ahogarle.

Trató de alcanzar los hierres de la ventana, pero no llegaba a ellos. No era obstáculo, porque de un buen salto podría alcanzarlos, y auparse para echar un vistazo al exterior.

Lo hizo con fortuna. Se asió a la cruz de los barrotes y trepó, raspando la pared con los pies. Al mirar por entre los hierros, captó el brillo del agua deslizándose muy próxima a la ventana.

Volvió a dejarse caer al fondo, y con serenidad y energía se dispuso a maniobrar. En la Academia, no sólo le habían enseñado a atacar y a defenderse, sino muchos trucos empleados por los *gangsters*, para imitarlos en caso de peligro.

Y así, le habían dotado de un diminuto pero eficiente arsenal, con pequeños objetos que, bien empleados, poseían a veces un valor inestimable.

Había sufrido el correspondiente registro, despojándole del revólver, pero convencidos de que no poseía más armas, le dejaron la cartera y no le registraron como un policía del F. B. I.

hubiese registrado a un preso antes de confinarle en un calabozo.

Se desabrochó el pantalón, y de la pretina, donde estaba muy bien disimulado, extrajo un delgado pelo de sierra de un mordente maravilloso. Se trataba de algo comprobado, ante lo que no resistiría el hierro mejor templado.

Volvió a saltar a la ventana, y, pasando el brazo por el travesado horizontal de la cruz, se mantuvo suspendido, aunque con molestia y dolor, y su mano libre empezó a atacar los hierros junto al alvéolo. El ventanuco no era muy ancho, y aún no estaba muy seguro de que pudiera pasar a través de él, a pesar de que poseía una gran flexibilidad y bien poca grasa.

Trabajaba con ahínco, cuando observó que la corriente del río crecía y que el agua empezaba a alcanzar el marco de la ventana, filtrándose al interior del sótano. Aquello complicaba la situación, no sólo por lo que de apremio significaba, sino porque el agua le

caía encima, empapándole y haciéndole temblar de frío.

Sufriendo aquel tormento sobre su cuerpo, trabajaba con ahínco, mordiendo el grueso barrote. El pelo de sierra, demasiado estrecho y fino, no le permitía avanzar en su labor con la prisa agobiante que le acuciaba, pero si poseía fuerza y músculo para resistir aquella torturante postura, en algún momento vencería.

La marea seguía subiendo con rapidez, y el agua crecía en el interior del sótano. Clel, que sudaba como un condenado, sentía ya sus pies sumergidos en el frío líquido, y se preguntaba con angustia si llegaría a limar los cuatro puntos básicos de la cruz de la reja.

Había conseguido cortar el travesaño horizontal, dejándolo al aire, y atacaba el vertical en su parte baja, con objeto de que la parte alta sirviera de soporte para mantenerle sujeto a la cruz. Si flaqueaba o se escurría al fondo, el agua le impediría saltar de nuevo y aferrar otra vez el marco de la ventana.

Se sentía extenuado, y las axilas le dolían horriblemente, pero sabía su vida próxima a terminar, y la sensación de peligro, la fortaleza de sus músculos cultivados y el ansia de vivir le mantenían tenso en su tarea.

Cuando consiguió limar el tercer hierro, respiró con angustia. El agua subía más aprisa, y sus fuerzas se estaban agotando. Le irritaba pensar que, estando al borde de coronar su esfuerzo, algo le fallase en el crítico momento, y le hundiese para siempre.

Aumentando hasta el paroxismo su tensión nerviosa, atacó la parte alta con coraje, y cuando observó que el hierro mordido amenazaba con ceder, cambió de postura, y, pegado como un gato al marco de la ventana, estiró el brazo cuanto pudo y siguió su penosa labor.

Desesperado, tanteó lo que restaba del hierro sin aserrar. La barra cedió hacia adentro y luego hacia afuera, y por fin chascó.

Un hondo suspiro brotó del pecho de Clel. Nunca más a tiempo aquella solución, pues ya se sentía tan agotado que por dos veces estuvo a punto de renunciar a seguir aquella tarea agotadora y dejarse hundir en el agua.

Para reponer un poco sus maltrechas fuerzas, se dejó escurrir a lo largo de la pared, con las manos engarfiadas en la jamba de la ventana. Ahora tenía necesidad de flexionar su cuerpo, elevarse a pulso como un acróbata, y sacar la cabeza y parte del cuerpo por el

estrecho hueco. Una tarea que sólo un hombre que cultivara la gimnasia podía realizar con éxito.

Lo intentó, chapoteando con los pies en el agua. Las venas de sus calenturientas sienes se hinchaban y amenazaban saltar cuando se izaba a pulso, y así, en un esfuerzo supremo, alcanzó el hueco tensionando sus brazos como barras de acero, y asomó la cabeza y el cuello fuera del sótano.

El aire frío del río pareció reanimarle, helando el sudor en su rostro, y con un nuevo y violento esfuerzo consiguió sacar parte del pecho y bascular intensamente, hasta dejar rígidos los brazos sin perder el punto de apoyo, y quedar como un balancín en la jamba.

Se mantuvo un momento así, respirando con ahogo y agitando los brazos para sacudir los calambres que sentía. Luego, se dejó inclinar de cabeza, y perdió el equilibrio, para hundirse en la fangosa corriente.

De dos vigorosos taconazos salió a flote, y chapoteó en el agua. Casi no podía nadar a causa del dolor que sacudía sus miembros, y temió hundirse para siempre. Pero en un último esfuerzo se aproximó a la orilla, se aferró con desesperación a la mojada tierra, y saltó a la parte seca, donde quedó tumbado casi a punto de desmayarse.

Permaneció allí más de un cuarto de hora, sin ánimos para moverse. Por fin, consiguió dar la vuelta y sentarse. Poco a poco su robusta naturaleza se fue reponiendo, hasta que consiguió ponerse en pie.

Chorreaba agua y cieno; el pelo revuelto le goteaba sobre el rostro, y sentía frío, mas la rabia le prestaba fuerzas para no decaer.

Tendió la vista sobre el río. Éste se hallaba desierto en aquella parte más alejada del tráfico fluvial, pero poco después, reflejándose en el agua con graciosos temblores, distinguió una luz roja y otra verde, y captó el zumbido de un motor.

Se trataba de una de las gasolineras de la policía fluvial, que hacía su ronda. El río, como todo, estaba muy vigilado, pues se temía que fuese por allí por donde se verificaba el desembarco de drogas.

Esperó a que la gasolinera llegase a su altura, y, cuando la tuvo lo más cerca posible, gritó:

—¡Eh, de la gasolinera!... ¡Aquí..., auxilio!...

El motor zumbó con más fuerza, la lancha viró rauda y enfiló diestramente la orilla.

—¿Quién reclama auxilio? —preguntaron a bordo.

—Agente del

F. B. I.

reclama ayuda. Atraque y salte.

El policía, con el revólver en la mano, saltó.

—Levante bien les brazos... Voy.

El policía avanzó, apuntándole sin fiarse, y preguntó:

—¿Quién es usted y qué le sucede?

—Espere que le muestre mi carnet del

F. B. I.

El policía encendió su linterna, y le examinó.

Clel le mostraba el dólar abierto por la mitad.

—A sus órdenes, inspector —dijo, cuadrándose—. ¿Qué le ha ocurrido? No hemos oído nada alarmante.

—No, no hubo alarma; hubo algo más refinado. Escuche.

Le dio cuenta de su odisea en la parte que creía poder revelar, y añadió.

—Lo que necesito es esto. Que algunos hombres se embosquen en los alrededores del barracón, y esperen la llegada de los que acudirán en busca de mi cadáver. Yo necesito cambiar de ropa y tomarme un descanso, pues no puedo tenerme en pie, por lo que le encomiendo este servicio. Pida los refuerzos que necesite, y haga las cosas con sigilo y sensatez. Se trata de gente dura como la roca, y demasiado avisada para dejarse sorprender. ¡Ah! Si yo no regreso a tiempo para intervenir, hay que tratar por todos los medios de cazar a alguno vivo. Si se consigue, quizá se consiga también coger algún hilo de la trama. Piense en esto, porque es un servicio muy comprometido para usted.

—Trataré de comportarme lo mejor posible. Ahora mismo pediré refuerzos por radio, y daré cuenta a mi jefe superior. Creo que debe quedarse en la gasolinera hasta que pida un auto y venga a recogerle.

—Sí. Creo que será lo mejor.

La pequeña emisora de la gasolinera empezó a funcionar llamando al coche más próximo al río. Diez minutos después el auto se detenía a la orilla.

El policía dio órdenes terminantes sobre lo que debían hacer para el mejor logro del servicio, y añadió:

—Ahora, llévase al señor donde él le indique.

Clel subió al auto, y ordenó le trasladaran al hotel. Era cerca de la madrugada cuando llegaba a su departamento, donde se bañó, borrando las huellas de su permanencia en el agua, y cambió su atuendo por otro seco y limpio. Amanecía, cuando se hallaba transformado. Ya nada tenía que hacer allí. Pronto se conocería su fuga, y los *gangsters* le buscarían con saña.

Recogió su equipaje y pasó al cuarto de Magde, haciéndose cargo del de la muchacha. No sabía si ella regresaría al hotel, aunque suponía que no se lo permitirían, y por si guardaba allá algo comprometedor, decidió hacerlo desaparecer, buscando nuevo alojamiento.

Despuntaba el sol cuando descendía al *hall*, y, pretextando la necesidad de emprender un súbito viaje, abonó su cuenta. Luego llamó un taxi y subió a él, ordenando:

—Al Palacio de Justicia.

Había tomado la determinación de refugiarse allí de momento, hasta que pudiese hablar con el señor Soddy, al que daría cuenta de su odisea de aquella trágica noche, y de la situación en que había dejado a Magde. Ignoraba dónde se encontraba la joven, pero el jefe de policía se ocuparía de lanzar sus sabuesos en busca de una pista. Él estaba tan quebrantado del esfuerzo, que sólo ansiaba un lecho donde poder descansar unas horas para reponerse de nuevo.

CAPÍTULO XI

LUCHA EN EL RÍO

Cuando Soddy llegó a su despacho sobre las nueve, Clel, que le esperaba medio adormilado, le dio cuenta de todo lo sucedido. El jefe de policía se alarmó ponderando la situación de Magde en manos de los *gangsters*, y preguntó:

—¿No tiene usted idea, del sitio adonde la llevaron?

—No. Llegué privado de conocimiento, y después me sacaron en un auto con las cortinas echadas. Sólo sé que el viaje al sótano del río duró media hora, pero eso no quiere decir nada. Pudieron estar dando vueltas solo para despistarme respecto al tiempo.

—Bien; confiemos en que se pueda cazar a alguno de los que vayan en busca de su cadáver..., si es que van. Voy a ocuparme de ese asunto con toda energía.

Llamó a uno de los inspectores, y le dio órdenes severas. Luego, se volvió a Clel, y añadió:

—Creo que debe buscar un nuevo alojamiento, y descansar unas horas. Cerca de aquí está el «Hotel Baltimore». Pida habitación en él, y colocaré un par de agentes que vigilen por si acaso. Deje lo demás en mis manos.

Escortado por dos compañeros, se trasladó al hotel, donde pidió dos habitaciones contiguas. Dejó en una el equipaje de Magde, y pasó a ocupar la otra.

A media tarde, después de haber descansado unas horas, se levantó rehecho de la dura jornada. Antes de pasar por los laboratorios del

F. B. I.,

visitó a Soddy. Sentía una enorme curiosidad por saber si había sucedido algo en el cobertizo del río, pero las noticias fueron desalentadoras. Nadie se había presentado aún a comprobar si había muerto o no.

En el Departamento de Investigación le dieron cuenta de los trabajos realizados. La fábrica de papel había sido localizada, y estaban visitando, almacenes para aquilatar la clientela de cada uno de ellos. En cuanto a la revista de Cleveland, habían salido dos agentes para dicha localidad, a realizar gestiones sobre el terreno.

Anochecido, lleno de impaciencia, no pudo dominar sus nervios, y se encaminó al río. Quería vigilar por sí mismo los alrededores del cobertizo, por si llegaba a tiempo de intervenir en el asunto.

Pero su discreta visita no aclaró nada. Todo parecía desierto, tranquilo y normal, aunque él estaba seguro de que al menor síntoma de alarma, hombres de la policía; decididos y valientes, empezarían a surgir como hormigas de lugares inverosímiles. La única esperanza que le calmó un poco fue la de que no se diesen a ver hasta que llegase la noche, para evitar sospechas.

* * *

Eran aproximadamente las doce de la noche, cuando un pequeño automóvil negro, con un silencioso motor, se detuvo a prudente distancia del río, no muy lejos del cobertizo. Tres individuos, apeándose de él, se dirigieron en silencio al destartelado pabellón, ocultándose en las sombras para no ser descubiertos. Los tres empuñaban sus revólveres, y sus ojos, como los de los gatos, acostumbrados a la obscuridad, registraban el solitario terreno, como si un sexto sentido les advirtiese el peligro que les acechaba.

Pero sin contratiempo alguno, ganaron el interior del cobertizo. Ya en él, una linterna sorda alumbró las tinieblas, y una voz ronca advirtió en voz baja:

—Rex, mueve la palanca de desagüe. No podemos bajar a buscar la carroña sin vaciar el sótano. Dentro de uno de esos barriles viejos encontrarás la escala.

Se separaron. El que había dado las órdenes, descorrió el cerrojo y levantó la trampa, asomando la luz de la linterna por el hueco. La luz se reflejó en el negror del agua, que casi lamía el reborde de la cueva.

Uno de sus compañeros se dirigió a un rincón donde se amontonaban tablas carcomidas, las que sin duda ocultaban la palanca de desagüe, y el otro, se inclinó sobre un viejo barril para buscar la escala.

Súbitamente, una voz con acento metálico ordenó:

—¡Arriba las manos!... ¡Quietos todos!

Los tres se volvieron como impulsados por un resorte, y sus ojos buscaron en la obscuridad la persona que había dado la conminatoria orden. Hombres avezados a toda clase de peligros y sabiendo lo que se jugaban, no vacilaron un momento, y sus revólveres ladraron siniestramente en dirección al lugar de donde había partido la orden, al tiempo que retrocedían buscando la salida.

A los tres disparos replicaron media docena. El hombre de la linterna se había apresurado a matar la luz para no ofrecer un blanco seguro, y los disparos se cruzaron en la obscuridad, buscándose al albur.

—¡Atrás!... ¡Atrás! —rugió uno de ellos, furioso.

Sin cesar de hacer fuego, corrieron hacia la salida, perseguidos por los disparos de los policías emboscados en el interior, y uno de los misteriosos visitantes emitió un gemido de angustia al encajar un balazo en su cuerpo. El herido saltó, pero cayó en la misma puerta.

—¡James, ayúdame!... ¡Me han tocado! —suplicó.

Su compañero, que había saltado por encima de él, se volvió y estiró el brazo, disparando. El *gángster* recibió un nuevo proyectil, y se encogió, quedando inmóvil.

La consigna entre ellos era severa. Caer si era preciso, pero con la boca cerrada. La vida de los demás no podía estar a merced de sentimentalismos suicidas.

Los otros dos, que habían conseguido ganar la salida, corrían como gatos, haciendo regates violentos para burlar la trayectoria de los proyectiles que les buscaban trágicamente en la penumbra, y volaban más que corrían hacia el auto, pero ocho policías decididos les perseguían, dispuestos a capturar, por lo menos, a uno de los dos.

El auto avanzó cuando los disparos eran más estruendosos, y, de repente, de su interior brotó el dramático y veloz tableteo de las

pistolas ametralladoras, escupiendo plomo con prodigalidad aterradora. Algunos rugidos de dolor se unieron al tableteo, en tanto que los dos *gangsters* saltaban al interior del vehículo, protegidos por quien desde el *baquet* cubría su retirada.

El auto arrancó veloz, pero en aquel momento, varios potentes faros brillaron en la obscuridad, y media docena de motocicletas de la policía avanzaron.

Los ocupantes del auto, requiriendo sus armas depositadas en el fondo del coche, se dispusieron a abrirse paso en la mortal pugna, y las armas automáticas crujieron de un modo alucinante buscando las motos que les cercaban y que emprendían la persecución bravamente. También desde ellas se disparaba, sabiendo que con aquella clase de gente no cabían contemplaciones.

Dos motos saltaron como tigres, acertados en pleno intento de hacer presa, y sus ocupantes fueron despedidos con violencia trágica, pero el resto seguía la feroz caza, y los proyectiles de sus armas rebotaban en la blindada carrocería del auto, que a toda marcha y ciegamente pretendía escapar.

Hasta que alguien, disparando bajo, acertó a colocar los proyectiles en los neumáticos. El auto, al reventar las cámaras, giró de un modo brutal, y dando varias vueltas de campana, se estrelló contra el suelo, al tiempo que la gasolina se inflamaba y las llamas se agitaban voraces.

Las motos avanzaron hacia allí, y aún salieron algunos disparos de entre los restos. Luego, un silencio agobiante se hizo en torno al encendido vehículo que se había convertido en un brasero.

Con las naturales precauciones, los policías se acercaron, esgrimiendo sus armas, y trataron de auxiliar a los ocupantes, pero no fue posible hacerlo. Los fugitivos habían quedado aprisionados entre las llamas que devoraban sus mutilados cuerpos.

* * *

Sólo leyendo la prensa del siguiente día se supo aproximadamente la magnitud de la trágica lucha. Aparte del *gángster* que había quedado muerto a la salida del cobertizo, en el auto, casi carbonizados se habían encontrado los restos de otros cuatro indeseables, uno de ellos, el conductor. Los cuatro estaban irreconocibles, y no pudieron ser identificados.

Cuatro policías se encontraban graves, alcanzados por ráfagas de ametralladora, y uno había muerto. Contra las esperanzas de la policía, ningún ocupante del auto pudo ser apresado con vida, para obligarle a declarar.

Clel, que había permanecido escondido en los alrededores del río, acudió a la lucha, aunque tarde, y pudo tomar parte en ella con gran arrojo, pero se sentía desalentado por el fracaso. Muertos los cinco pistoleros, perdía toda esperanza de localizar el lugar donde Magde se hallaba en poder de los contrabandistas.

La prensa, siempre indiscreta, consiguió captar todo el proceso de aquella trágica odisea, y el nombre de Clel, aureolado encomiásticamente, figuró en todas las primeras planas de los diarios. Con aquella indiscreción, los contrabandistas conocerían su milagrosa fuga, y redoblarían sus esfuerzos para cazarle.

En una noticia de última hora, se afirmaba que el auto había sido identificado. Se trataba de un «Ford» último modelo, robado ocho meses atrás a la puerta de un club nocturno y seriamente reformado.

Más tarde, comentando el final del drama, el jefe de policía decía a Clel:

—Ha sido una mala suerte, pero cabía pensar en este resultado. Esa gente sabe lo que le espera, y prefiere morir matando. Esto es como la caza de los tigres; sólo con una trampa muy hábil se puede cazar alguno vivo.

—¿Qué cree usted que sucederá ahora? —preguntó Clel.

—Si se refiere a Magde, no lo sé. He ordenado un despliegue de fuerzas que registrarán todas las casis solitarias de los alrededores de la ciudad, en un radio de varias millas. Veremos qué resultado da.

—Yo únicamente confío en que se pueda localizar a alguien sospechoso a través de ese papel donde pegaron los anónimos, o quizá mejor, por conducto de la revista de tribunales. No vendiéndose aquí, cabe suponer que sólo la recibirán los subscriptores, y si se obtienen las direcciones de ellos, habrá que someterlos a vigilancia.

—¿Supone usted que servirá de algo? Hay que pensar que la reciben muchos, y todos de antecedentes honorables.

—Lo sospecho, pero... podemos proceder por eliminación. Los

muy altos o muy bajos no nos sirven, tampoco los obesos o demasiado delgados. El tipo que actúa como jefe ha podido ocultar su rostro y desfigurar su voz, pero no su tipo. Me atrevo a ir descartando un cincuenta por ciento en cuanto me los eche a la cara.

—Ya veremos. Clel; no hay que desesperar. Lo que debe usted hacer ahora, es cuidar mucho su preciosa salud. Tiene usted más interés para esa gente que un buen cargamento de drogas. Se ha burlado de ellos, ha escapado a la muerte y les ha causado, indirectamente, cinco bajas muy sensibles. Eso es algo que no le pueden perdonar.

* * *

Magde había quedada recluida en la solitaria casita adonde fuera llevada. Después del dramático incidente de la captura de Clel, el jefe desapareció del sótano en unión de Terence, y éste dio orden de proporcionarle una habitación interior, donde quedaría a expensas de nuevas órdenes para ella.

Michel, que parecía encaprichado de la joven y debía gozar de cierto prestigio en la banda, fue el encargado de trasladar a la muchacha a su estancia. Cuando subían por la escalera, el pistolero advirtió:

—Tu dormitorio es cómodo, «Muñeca», aunque un poco triste. No tiene ventanas al exterior, y deberás permanecer en él hasta que el jefe te encomiende algún trabajo. Espero que no tarde mucho en probarte.

Ella, tratando de dominar la terrible angustia que le dominaba pensando en la segura muerte de Clel, preguntó:

—¿Usted cree que así será? Tengo miedo de que ese tipo me haya perjudicado. Yo no sospeché nunca que fuese policía, y al enterarme, he quedado tan asombrada como todos. Me molestaría que creyese el jefe que yo tengo alguna relación con la «bofia».

—No te preocupes. Si lo hubiese sospechado, te aseguro que hubieses corrido su misma suerte. Cuando no lo ha ordenado, es que se dio cuenta de que le has servido de cebo para llegar hasta nosotros.

—Me alegraré que así sea. Odio a los policías. ¿Qué cree que harán con él?

—Me lo figuro, «Muñeca». Un buen baño que no podrá digerir, y mañana encontrarán flotando en el río un cadáver. Creerán que se ahogó casualmente.

Magde se mordió los labios para no lanzar un grito de espanto. Sentía que las piernas le flaqueaban, y creía que no llegaría por su pie a la habitación.

Pero, apelando a todo su heroísmo, se mantuvo firme. Cuando alcanzaron el piso superior, Michel abrió la puerta con una llave que volvió a guardar, y dijo, señalando la estancia:

—Ésta es tu casa, de momento; no te cobraremos nada por el hospedaje. Por ahí encontrarás algunas conservas y una vasija con agua. No llames al cocinero, porque está de vacaciones...

Ella no contestó y pasó a la estancia. Un tabuco de paredes desnudas, con un vulgar lecho de madera y un ventanuco que debía dar a algún patio interior.

Michel, con una expresiva sonrisa, insinuó:

—Si te sientes muy sola, pues... puedo quedarme a hacerte compañía un ratito.

—Gracias. Estoy muy cansada y quiero dormir.

—Bueno, «Muñeca». Otra vez será. Ya subiré mañana a ver cómo te encuentras.

La dejó, salió y echó la llave. Las consignas eran consignas, y él no podía faltar a ellas.

Cuando Magde quedó a solas, toda su valentía se desplomó como barrida por el viento. La trágica suerte de Clel le había afectado tan hondamente, que, tumbada en el lecho, con la cabeza hundida en el cobertor, lloró amarga y silenciosamente por la muerte del compañero. Era en aquellos momentos cuando se daba cuenta de que su amistad tenía para ella un sentido más hondo que el que presta el compañerismo. Habían simpatizado desde el primer momento en la Academia, y habían iniciado juntos sus aventuras, pero Clel, sugestionado por el amor que hacia ella sentía, se dejó guiar del corazón más que de la cabeza, y por velar por su vida y seguridad, se había expuesto hasta ser el la víctima de su propio amor.

Y este rasgo de cariño empezaba a tener la lógica compensación cuando ya era inútil. Clel tal vez ya habría sucumbido a aquellas horas, y ella sería la mujer más desgraciada de la tierra pensando en

su muerte.

Se irguió, sacudiendo la cabeza, y musitó con ira:

—Si ya nada puedo hacer por él, en cambio, sí puedo hacer mucho por vengarle. Yo descubriré toda la trama, aunque sea a costa de mi propia vida, y pondré al desnudo al mascarón del jefe. Le entregaré a la policía o le mataré con mis propias manos, aunque después me destrocen a balazos. Muerto Clel, ¿qué me importa vivir?

Y pensando en cosas tan amargas, le sorprendió la claridad del alba filtrándose tristemente por el estrecho ventanuco de la estancia, donde se consideraba, no cómo una colaboradora de la banda, sino como una prisionera.

* * *

Aquel mismo día Michel fue llamado por Terence.

—¿Algo nuevo, jefecito? —preguntó el pistolero.

—Sí. Te voy a confiar una misión. Esta noche, como todos los jueves, Bob, «El Soplón», acudirá a «Harlem Bar» en el barrio de ese nombre. Te disfrazarás con lo peor que tengas y te situarás cerca de la puerta, hasta que le veas llegar. Le pides una limosna con el sombrero en la mano, y si él tiene alguna noticia para nosotros, ya se ingeniará para dártela. El último jueves, en un cigarrillo que ofreció a Lissette, advertía que Jimmy, «El Ecurridizo», estaba a punto de realizar un negocio fantástico. Dice que en cuanto lo descubra, quiere volver con nosotros, porque después ya no podrá seguir espiándole. Interesa mucho el asunto.

—Bien. Esta noche iré a buscarle. Bob es un buen elemento para jugar con dos barajas, pero me pregunto si no hará un día con nosotros lo que hace con Jimmy ahora.

—Espero que no —contestó, enigmáticamente, Terence—. Al menos, creo que no le daremos esa oportunidad.

—Comprendo —dijo, sonriendo ferozmente, Michel.

Aquella noche, el pistolero se disfrazó con habilidad vistiendo un raído traje y un sombrero más raído aún, y abandonó la guarida para dirigirse al barrio de Harlem, donde el llamado Bob tenía por costumbre acudir los jueves en unión de algunos compañeros de la banda de Jimmy, rival de ellos en el mismo negocio.

Bob era un tipo alto, seco, pecoso de viruelas y hombre de

temperamento falso y falaz. No había vacilado en aceptar la proposición del jefe de la banda de Terence, para aprovecharse de la amistad de uno que trabajaba con Jimmy, y entrar en la cuadrilla de éste.

Pero su misión en ella era de espionaje. Ambas bandas se odiaban tanto como la policía podía odiar a sus componentes, y estaban deseando suprimirse para gozar de un campo de maniobras más libre, donde la competencia no les hiciese sombra.

Por Bob, el misterioso jefe de la banda contraria, había sabido muchas cosas interesantes de Jimmy y los suyos, y pudo prepararle hábilmente algunos fracasos con pérdida de elementos valiosos, pero anhelaba conseguir algún día datos preciosos que le permitiesen atacar al grueso de la cuadrilla con positivo éxito para anularla.

Bob se había hecho el imprescindible, y gozaba de la confianza del segundo de Jimmy. Por esta razón, estaba al tanto de casi todo el movimiento de sus compañeros, y acechaba la ocasión de saber cuándo se reunirían en masa, para prepararles una emboscada y suprimirles.

De esta forma, gozaba de un doble beneficio. El que Jimmy le abonaba a cuenta de sus ganancias, y el que le reservaban en su propia banda.

Un negocio muy lucrativo, aunque muy expuesto, que le había permitido reunir una buena cantidad de dólares.

Bob soñaba con dedicarse al contrabando por cuenta propia, y si las cosas seguían para él de aquella manera, en cuanto reuniese el dinero que soñaba... la traición que proyectaba sería doble, pues su idea era poner a la policía en la pista de las dos bandas para que fuesen eliminadas y pudiera quedarse de dueño.

Cuando Bob, en unión de sus compañeros, llegaba al «Harlem Bar», Michel, que ya le había descubierto, se acercó con el sombrero en la mano, suplicando:

—Amables, señores, para un padre de familia sin trabajo; una limosna... aunque sean cinco centavos.

Los dos compañeros de Bob, sin hacerle caso, siguieron avanzando, pero Bob retrocedió, diciendo:

—¡Pobre diablo! Voy a darle un dólar. Por si algún día tengo que hacer lo mismo que él.

El puro bailó en sus labios al reír el comentario, y llevando la mano al bolsillo, sacó un puñado de monedas que vertió en el sombrero de Michel, y se retiró.

Michel, dando las gracias, se apresuró a desaparecer de allí a toda prisa.

CAPÍTULO XII

JUSTICIA DE «GANSTERS»

Michel, satisfecho del éxito de su gestión, se alejó de la puerta del club, guardándose las monedas en el bolsillo. Entre ellas halló una bolita de papel muy fino, que había caído también en el sombrero.

Ya lejos, aminoró el paso. No tenía prisa, y sí una sed siempre corriente en él. Buscó en derredor, y descubriendo una taberna, penetró en ella.

Pidió un *whisky*, y se sentó ante una mesa del fondo.

Allí, deslió la bolita de papel y la leyó con atención.

A medida que descifraba el mensaje, sus ojos relucían como ascuas, y un comentario brotó a flor de dientes:

—¡Diablos del infierno! Si esto es verdad —y debe serlo—, nos va a tocar un buen pellizco cuando se haga el negocio. Creo que esto merece brindar a la salud de Bob.

Apuró la bebida, y pidió otra. Al disponerse a salir con cuatro *whiskys* en el cuerpo, rezongó:

—Esto ha sido para empezar. Cuando llegue a nuestro cubil, me beberé una botella entera para celebrarlo.

Era bastante tarde cuando regresaba a la misteriosa casita. Había bebido unos cuantos *whiskys* más en el camino, y su paso no era muy seguro.

Con su llave abrió sin necesidad de llamar, y su asombro fue grande, cuando observó que se hallaba solo.

Ni Terence, ni sus compañeros siempre de guardia, se encontraban en la guarida.

—¡Peste! —masculló—. ¿Adónde habrán ido? Es extraño...

Estaba muy lejos de sospechar el motivo de aquella ausencia, que obedecía al trágico incidente recién ocurrido en el cobertizo donde creían encontrar el cadáver de Clel. Un *gángster* destacado por las cercanías, había corrido aterrado a dar cuenta del suceso, y los contrabandistas se habían apresurado a abandonar la casa temerosos de que la policía supiese algo más de lo que en realidad sabía, y pudiera coparles.

Fue un momento de pánico colectivo que más tarde debía ser rectificado, cuando se enteraron de que sus cinco compañeros habían caído sin hablar, pero de momento, el miedo les obligó a huir a otro de sus refugios.

En el nerviosismo del instante se habían olvidado de Magde, que encerrada en su prisión, seguía esperando saber qué se pretendía hacer con ella.

Michel, al verse solo, se dirigió al estante, y descorchando una botella, apuró un buen trago. Luego, un poco encendido de sangre, masculló:

—Creo que una visita a la «Muñeca», está justificada. La pobre debe aburrirse sola allá arriba. Le ofreceré un buen vaso para que se reanime y... luego...

Subió la escalera torpemente, y abrió la puerta. Magde, sentada sobre el lecho, le miró inquisitiva.

—¿Algo bueno para mí? —preguntó anhelante.

—Ya lo creo, «Muñeca». ¿No soy yo algo bueno? Lo mejor de la banda, aunque no lo creas y dentro de poco, un tipo derrochando dólares sin darles importancia. ¿Sabes por qué se han ido todos?

—No. Ignoraba que se hubiesen marchado.

—Deben haber recibido alguna orden, y Terence se olvidó de mí. Bueno, no me importa; teniéndote a ti a mi lado me río de Terence. Toma, bebe; esto te animará.

Ella adivinó que Michel había bebido en exceso, y concibió una idea salvadora. Hacerle beber más, hasta que cayese vencido por el alcohol, y luego... huir.

Finió beber, y afirmó:

—No es malo, Michel, pero demasiado flojo.

—¿Flojo dices? Tú andas mal del paladar... A ver... Si es superior, «Muñeca» —exclamó, echando otro trago—. El mejor que se vende aquí, pero yo lo encontraré mejor ahora que voy a ser rico.

Escucha, «Muñeca»: me has gustado como tú no puedes suponer, y no te conviene desperdiciar lo que voy a proponerte. Si me haces caso, vas a estar hecha una reina, porque ahora... ahora voy a ganar un montón así de dólares. Te lo digo yo, que sé lo que valen unas cuantas libras de «coca» y opio.

—¿Va a llegar mercancía? —preguntó ella interesada.

—Si lo dices porque dudas de mi palabra, te diré que sí. Nos vamos a apoderar de un buen alijo, y me tocará un excelente pellizco. Esta noche hice un gran servicio, «Muñeca». Alguien me ha dado un informe que cuando el jefe conozca, va a bailar de alegría. Aparte de que es fácil que con el negocio nos sacudamos de encima un peso muerto con la competencia.

Volvió a beber. Ella le animó, y hasta se mostró un poco mimosa, decidida a hacerle hablar.

—¿De qué se trata, Michel? —preguntó felina.

—No puedo decirlo, «Muñeca». Nos está prohibido contar las cosas mientras el jefe no da cuenta de ellas, pero yo sé lo que va a suceder. Este mensaje de Bob vale una fortuna y si tú... tú quieres... pues yo... yo voy a... darte todos los caprichos que pidas...

Hablaba estropajosamente, manoteando, y hasta trató de besarla, pero ella se escurrió de sus brazos, diciendo:

—Vamos, Michel, un poco de formalidad. Ya no creo en las promesas nada más que porque me las hagan.

—¿Que no crees? Ya lo verás, «Muñeca». Cuando el jefe lea el mensaje, tendrá que decidir, y él no es de los que vacilan cuando hay mucho dinero por delante. ¡Si lo sabré yo!

Volvió a beber y quiso ponerse en pie. Vaciló, y ella le empujó hacia la cama, comentando:

—Estás un poco mareado, Michel. No sabes beber.

—¿Que no sé beber? ¿Cuánto he bebido? Unos pocos *whiskys* en una taberna, y poco más de media botella aquí. Soy capaz de beberme dos más y... y... quedar tan firme. Mira.

Apuró el resto de la que tenía en la mano. Ella le empujó hacia atrás, y la postura le invitó al sueño. Magde empezó a hablarle y a acariciarle el cabello, y Michel terminó por dormirse.

Cuando Magde le vio dormido, se apresuró a registrarle, descubriendo en su bolsillo el extraño mensaje. Lo leyó con avidez y hasta con incredulidad, y trató de retener el texto en su memoria.

En realidad, Michel no había mentido al dar un valor positivo al mensaje. Súbitamente concibió una idea. Puesto que él había afirmado que estaban solos, y su carcelero estaba allí anulado, nunca como en aquella ocasión podría librarse del peligro que la amenazaba. En el bolsillo del pistolero estaba la clave de su libertad.

Se apoderó del mensaje y de la llave, y se dispuso a escapar.

Salió al pasillo dispuesta a dejar encerrado a Michel en su propia prisión pero cuando se disponía a dar vuelta a la llave, un grito de rabia se ahogó en su garganta. Acababa de captar tumulto de veces en la escalera, denunciando que el resto de la banda regresaba.

Viéndose perdida, volvió a entrar, dejó el mensaje en el bolsillo de Michel, y en voz alta, con acento de enojo, gritó:

—¡No se duerma, Michel, haga el favor! Le digo que salga de aquí o llamaré al jefe para que le eche...

—¿Qué sucede ahí? —preguntó alguien, en el pasillo.

Era Terence. Avanzó rápidamente, y al descubrir a Michel tumbado en el lecho de Magde, bramó:

—¿Qué significa esto?

—¿Me lo pregunta a mí? Ha subido con una botella de *whisky*, y se ha obstinado en que tenía que beber y aceptar sus pretensiones amorosas. No sé qué ha dicho de que tenía buenas noticias, y que iba a ganar dinero. Quise echarle, pero cayó en la cama y se ha dormido.

Terence, fríamente, llamó:

—Sam y tú, Henry, venid y sacad este tipo de aquí. Le bajaréis al sótano, y le daréis un buen baño. Esperad.

Le registró los bolsillos, y encontró en ellos el mensaje. Le echó un rápido vistazo sin poder ocultar la emoción que le produjo la lectura, y ordenó:

—Vamos, muchachos. Tú, pequeña, quédate aquí. Es fácil que mañana, haya algo para ti también.

Iba a salir, cuando recordando algo. Se volvió y dijo:

—Por si te interesa, te diré una cosa. El «poli» de anoche consiguió fugarse, y nos ha costado perder cinco hombres por su causa. Fue una estupidez no sacarle de aquí con los pies hacia adelante.

Miraba de reojo a Magde al darle la noticia, pero ella en un

supremo esfuerzo, como no había realizado otro en su vida, supo dominar su emoción y disimular la intensa alegría que la noticia le estaba causando.

—¿Y ahora, qué? —preguntó fríamente.

—Ahora, que nos largaremos de aquí para siempre. Por fortuna, ignora el sitio adonde le trajimos, y les costará mucho esfuerzo localizarlo.

—Me alegraría que volviesen a cazarle —mintió con aplomo—. Porque si volviese a verme en algún sitio...

—Procuremos que así no suceda.

Y salió, cerrando con llave. Cuando Magde quedó a solas, se dejó caer de rodillas con las manos juntas en actitud de orar, y entre lágrimas de alegría, dio gracias al cielo por haber salvado la vida de Clel.

Terence, con los rasgos de su rostro duros como el granito, descendió al sótano. Varios de sus compañeros, tan malhumorados como él, estaban dando un buen baño a Michel. Los cubos de agua caían pesadamente sobre él, y al tiempo, le aplicaban feroces patadas para despertarle.

Por fin, se despidió. Al hacerlo, miró como atontado en derredor y gruñó:

—¿Qué diablos estáis haciendo conmigo? ¿Quién me ha puesto así, maldito sea su corazón?

Terence, incisivo, preguntó:

—¿Quién te dio permiso para emborracharte antes de cumplir la misión que te confiaron?

—¿Quién lo ha dicho? La cumplí y luego... me emborraché de alegría por el éxito.

—Sí. Y después fuiste a ponerte en manos de la chica.

—¿En sus manos? Ella es una buena muchacha que...

—¡Basta! Lo que es, no lo sabes, pero presume que no lo es. En ese caso, habrías puesto en sus manos el mensaje, tu vida y nuestra libertad, o acaso nuestras vidas también. Ella pudo abandonar esto, correr a la policía, entregar el papel y denunciarnos... ¿Qué habría sucedido?

Todos, al oír las razones de Terence, emitieron un rugido de indignación. Michel, que se había serenado como por encanto, miró medroso a Terence, balbuciendo:

—Pero no ha ocurrido así; Magde es una infeliz que sólo quiere ganar dinero... Ella no sabe nada de esto...

—¿Puedes asegurar que no hablaste demasiado?

—¿No ha encontrado el mensaje en mi bolsillo?

—Eso no dice nada. Tú eres un confiado cretino. Nos hablaste de ella, de la que en concreto no sabemos nada, y si acaso que nos ha perjudicado. Metió aquí a ese maldito policía, y si bien le cazamos, se ha escapado del sótano del río y hemos perdido el «Ford» pequeño y cinco compañeros que han caído en la lucha con la policía. Si hubiesen cazado a alguno vivo, le habrían hecho hablar y nos hubiese denunciado, poniéndonos a todos en peligro. Para colmo de desaciertos, te emborrachas, te pones a hacer el amor a la chica, y nos expones a que sea una espía que pudo largarse con el mensaje, destrozándonos a todos. Michel, no sirves para figurar en nuestra banda.

Michel, asustado, protestó con voz insegura:

—Yo siempre he sido fiel, y tú lo sabes. Una debilidad la tiene cualquiera. Te juro que no volverá a pasar.

—Los hombres débiles no me sirven, Michel.

—¿Quieres decir que... me echas de... la banda? —tartamudeó.

—Quiero decir que no me sirves. Eso es todo.

—Pero yo tengo intereses aquí. Ahora habrá dinero en abundancia, y yo he traído la noticia. Si me dais lo que me corresponde, podré retirarme y vivir tranquilo en cualquier parte, lejos de este lugar... Tengo derecho.

—Bien, hablaré con el jefe de eso. Sube.

Michel, como atontado, se dirigió a la escalera, y empezó a ascender por ella. Súbitamente, el brazo de Terence se flexionó, y en su mano brilló el revólver. Cuando Michel volvía la cabeza, desconfiado, captó el gesto y trató de sacar su arma, pero restallaron dos detonaciones, y el cuerpo de Michel vaciló y, de espaldas, rodó hacia abajo, adonde llegó bañado en sangre.

Terence le contempló fríamente y miró a sus compañeros. Éstos aprobaron su acción con un gesto.

—Bien —dijo Terence—. Escondedlo en algún departamento vacío, hasta que se disponga lo que se ha de hacer con él. Estoy pendiente de la llegada del jefe. Son las dos, y no tardará en llegar.

Como si sus palabras hubiesen sido una invocación, la luz roja se

encendió tres veces. Terence, dirigiéndose al estante de bebidas, lo descorrió, diciendo:

—Veremos cómo se pone cuando se entere de lo sucedido.

CAPÍTULO XIII

UNA MISION PELIGROSA

Terence, ayudado con la luz de una linterna, atravesó un largo pasillo, después de cerrar la abertura y abriendo una puerta con una llavecita especial que sólo él poseía, penetró en una pequeña estancia, sin luz ni ventilación, que parecía un despacho. En tiempos, debió haber allí una cocina que fue desplazada; ahora sólo existía un hueco en la pared, y, dentro, un extraño aparato radiofónico.

El «gángster» manipuló en él, y habló ante el micrófono:

—Aquí, número uno al aparato.

—Aquí el jefe —se oyó a través del altavoz—. Oiga, Terence, ¿qué ha sucedido ahí? Acabo de saber por conducto fidedigno que algo trágico pasó en el río. Hable pronto.

Terence le dio cuenta de todo el sucedido, y añadió:

—Como comprobé que todos nuestros hombres habían caído sin poder hablar, consideré que no había peligro siguiendo aquí. Ha sido algo inaudito, y no me explico cómo ese tipo pudo escapar.

—Lo sabré después. Si considera que no hoy peligro de momento, sigan ahí. ¿Alguna novedad?

—Una excelente, jefe, pero... para que la compruebe personalmente y dé las órdenes oportunas. Un mensaje de Bob...

—En ese caso... Escucha: dentro de una hora estaré ahí. Yo también tengo algo importante que ordenarle, porque ha llegado el momento de lanzarse a fondo. Me enteraré de eso, y dejaremos todo ultimado hoy mismo.

Terence regresó al sótano, dando orden de que nadie se moviese

de allí. Podían jugar y beber, si lo deseaban. Una hora más tarde, tras las señales de rigor, se presentó el jefe. Lucía su máscara de seda, su sobretodo y su amplio sombrero flexible.

Siempre a través de aquel extraño y metálico aparato que escondía en su boca, saludó a sus hombres e indicó:

—Terence, vamos a hablar un momento. Éstos, que esperen órdenes aquí.

De nuevo en la cabina de recepción, el jefe pidió más detalles, que Terence le facilitó, incluso sobre el motivo que tuvo para matar a Michel.

—Está bien —dijo el jefe—. De todas formas, yo le tenía condenado a caer por cretino. Enséñeme el mensaje.

Cuando lo hubo leído, se lo guardó en el bolsillo.

—Los informes son valiosos —aseguró—. Ese cargamento vale muchos miles de dólares y hemos de apropiárnoslo. Además, la ocasión es única para acabar con Jimmy. Como hay que estudiar minuciosamente el plan de ataque, mañana lo trazaré con todo rigor. Lo enviaré a Lista de Correos al nombre que usted sabe, y pase a recogerlo. A la hora que le indique, tendrá concentrados aquí a todos nuestros hombres, sin excepción. Ya hemos perdido cinco que nos hacían falta, pero quedan bastantes. Usted mismo repasará los coches para, que estén a punto y nada falle. El golpe tendrá que ser espectacular, de gran estilo y rapidísimo. A todos les leerá mis órdenes, para que las asimilen bien y no vacilen ni un segundo. Ahora, quiero ver a la chica.

—Me alegro, porque me estoy preguntando qué se va a hacer con ella. ¿Sirve o no sirve?

—No servirá más que para una cosa, Terence, Debo decirle que esa chica es policía, y acaba de doctorarse en Quántico. Trabajaba de acuerdo con el que se ha escapado, y su presencia aquí no es más que una hábil maniobra de la policía para introducirla en la banda.

—¿Cómo lo ha sabido usted, jefe?

—Si yo no supiese eso y más, hace tiempo que nos habrían cazado a todos.

—Entonces, ¿por qué no la suprimió?

—Eran planes especiales míos que ya no tienen razón de ser. Podía matarla, pero no quiero. Es mi gusto que quien la liquide sean los mismos que la mandaron. Le confiaré una misión que le va a

costar la vida, pero serán sus propios compañeros los que la maten si no se mata ella misma, que todo puede suceder. Quiero que la policía vea cómo la combato con sus propias armas. Vaya en su busca, y tráigamela.

Terence subió en busca de Magde, y le indicó que le siguiese.

—Ven, muchacha; el jefe quiere hablar contigo.

Ella tembló. Se iba a ver de nuevo frente al trágico mascarón, y se preguntaba qué iría a suceder. Poseía el vago temor de que el jefe no se había dejado engañar, y en algún momento pretendería hacerla correr la misma suerte que destinó a Clel.

Cuando se encontró en su presencia, la voz metálica del jefe preguntó:

—¿Es cierto que estás dispuesta a demostrar que vales para figurar en nuestras filas?

—Sométame a una prueba que se ajuste a mis fuerzas.

—Me han dicho que sabes conducir un auto.

—Tuve un novio en Chicago, que me enseñó.

—¿Tienes miedo en el volante?

—No lo he tenido, y si es un buen coche como aquél...

—Un «Packard» ocho cilindros.

—Se puede correr en él a ochenta millas a la hora.

—Necesito que sean noventa.

—Correré a esa velocidad si es necesario.

—En ese caso, escucha. ¿Conoces las carreteras?

—No. Por aquí no corría en auto.

—Bien, yo te indicaré la ruta.



Abandonó su refugio, y, siempre pegado a las fachadas...

Buscó en su bolsillo y extrajo un plano de Nueva York y carreteras circundantes, en una zona de cincuenta millas. A la luz de la lámpara, y apoyando el plano en la pared, indicó:

—Fíjate bien. Aquí está el puente; lo cruzarás hacia el Norte, entrarás en la carretera que conduce a Peterson. Has de atravesar los poblados de Hoboken y Passic antes de alcanzar el lugar de tu

destino. En un lugar del auto que no es preciso que conozcas, va un paquete de morfina. Cuando vayas a entrar en Peterson, a la izquierda, encontrarás una carretera secundaria que conduce a una villa de ladrillo rojo a la derecha del camino. Llevarás gasolina justa para alcanzar, la villa, y dirás que por falta de combustible, tienes que dejar el auto. Se brindarán a ir a buscarlo a la gasolinera más próxima, y tú te darás un paseo por los alrededores. Cuando hayan descargado la droga y rellenado el depósito, te llamarán y vuelves a esta casa.

»Rodarás a noventa millas por hora, velocidad que no alcanzarán las “motos” de la policía para que no puedan detenerte si lo intentan, y junto al acelerador, hay un botón de pie. Si te persiguen, lo oprimes, y un dispositivo especial cambiará la matrícula del coche por si la toman para denunciar tu paso. De cómo te portes y del éxito que tengas, depende todo para ti. Ahora, una última advertencia; no pienses que te dejaremos sin control por lo que pueda suceder. Nosotros no nos fiamos de la gente mientras no dé pruebas de su lealtad.

Magde afirmó con decisión:

—Llegaré con el auto y regresaré con él, aunque tenga que lanzarlo a cien millas por hora —luego, agregó—: ¿Me deja el plano? Me guiaré por él.

El jefe, sin oposición, se lo entregó, y Magde lo tomó, quedando con él en la mano como si lo estudiase.

—¿Cuándo debo marchar? —preguntó.

—Ya te lo dirá Terence. De momento, puedes regresar a tu habitación. Que tengas suerte.

El pistolero salió acompañando a Magde, y dejó al jefe en la pequeña cabina. Poco más tarde, la joven quedaba de nuevo encerrada bajo llave, pero en sus ojos flameaba una llama de triunfo.

Lo que podía hacer cuando se viese en el poderoso auto para librarse de la tutela de sus enemigos, no lo sabía aún, pero intentaría lo imposible. Después..., tenía en su mano algo que consideraba de un valor inestimable: aquel plano en el que el jefe, de un modo imprudente, había dejado impresas sus huellas.

Allí no contaba con medios para tomarlas, y tenía que cuidar aquel papel como un tesoro. Lo guardó en el cajón de la pequeña

mesilla, donde no corría peligro de borrarse. Cuando llegase el momento lo recogería con sumo cuidado, y si la suerte le acompañaba irían a enriquecer los archivos del formidable F. B. I.

Luego palpó el bolsillo de su traje, donde escondía su pistola y la llave que le arrebatara a Michel. Dos armas distintas, pero en las que confiaba ciegamente.

* * *

Entretanto, y después del dramático episodio del río, Clel, angustiado por la ausencia de Magde, se sentía presa de un terrible nerviosismo. La creía con gravísimo peligro, si no había sufrido ya una suerte peor que la suya, y no sabía qué hacer para localizarla.

Sus esperanzas puestas en los trabajos que realizaba el F. B. I.

respecto al papel y a la revista de tribunales, le obligaban a acosar al jefe del departamento. Éste le iba dando cuenta de las noticias que recibía.

—He hablado por teléfono con uno de nuestros hombres que está en Cleveland, y me dice que en Nueva York hay cincuenta abogados que están suscritos a esa revista. Son muchos para investigarlos uno a uno.

—Sí —afirmó Clel—, pero una parte puede quedar eliminada con rapidez. Me bastará con echarles un vistazo para comprobar si su tipo se ajusta al del jefe de la banda. Ése le tengo clavado en la refina.

—Conformes —dijo el jefe—, pero queda algo. Tenemos que saber si la huella que sacamos del anónimo pertenece a Ford o no. Si no perteneciese a él, quizá con diversos pretextos podemos tomar las de los diversos suscriptores de esa revista. Adelantaríamos mucho.

—Es cierto, y voy a intentar solucionar rápidamente esa duda. Esta tarde mismo quedará aclarada.

Tomó una de sus tarjetas de agente de seguros, y escribió al dorso:

«Señor Ford:

»¿Sería tan amable que me permitiese examinar de nuevo su colección de anónimos? Quizá estudiándolos a fondo pudiera encontrar en ellos algo útil».

«Clel Griffin».

Limpió cuidadosamente la tarjeta para, no dejar rastros de sus propias huellas, y la introdujo con cuidado en un sobre. Luego, en un auto, se dirigió a la mansión del magistrado.

Entregó la tarjeta al ciclópeo criado, diciendo:

—Haga el favor de entregar esto al señor Ford. Espero.

El criado desapareció con el sobre, y minutos después regresaba con él, diciendo:

—Ahí tiene la contestación.

Clel, con disimulo, extrajo la tarjeta por una esquina. Debajo de su escrito, el magistrado había añadido dos renglones que decían:

«Lo siento, pero hoy es imposible. Vuelva mañana a las diez».

—Muchas gracias. Volveré mañana —dijo sonriente.

En el mismo «taxi» regresó al departamento del F. B. I.

y entregó la tarjeta al jefe, advirtiéndole:

—Creo que ahí viene lo que desea. Compruébelo. Unos minutos más tarde la tarjeta había puesto al descubierto las huellas digitales del magistrado. Cuando se hizo la comprobación, el jefe afirmó:

—Ya hemos aclarado lo que presumíamos. Ambas huellas pertenecen al señor Ford; por lo tanto, carecemos de guía en ese sentido. Esa gente es demasiado lista para dejar huellas en los anónimos. Lo que sea habrá que buscarlo por otros conductos.

—Sí; sólo nos cabe la esperanza de recibir la lista de los suscriptores de la revista, e investigar sus actividades. Pienso que si pudiésemos averiguar de qué número ha sido cortado el nombre de Ford para confeccionar el anónimo, podríamos exigir a los suscriptores que nos mostrasen el ejemplar. El que estuviese cortado...

—A qué número pertenece, ya lo sabemos. Al que publicaba su

biografía.

—Cierto. A menos que haya sido citado en algún otro número. Telegrafíé a los agentes ordenando que traigan una colección completa.

De momento, nada más se podía hacer. Clel se desesperaba ante la lentitud de las gestiones, pero no estaba en su mano acelerarlas. No se hubiese preocupado tanto de saber a Magde fuera de las garras de sus enemigos. Entonces, día más o día menos, no constituirían una pesadilla para él.

* * *

Eran las cinco de la tarde del día siguiente, cuando Terence, tenso como un poste, penetraba en el sótano, donde docena y media de hombres repasaban minuciosamente sus armas automáticas, asegurándose de su perfecto funcionamiento.

—¿Todos listos, muchachos? —preguntó secamente.

Los contrabandistas asintieron con un movimiento de cabeza afirmativo, y Terence añadió:

—Ahora, escuchadme bien, porque son muy importantes para todos las órdenes que vais a recibir.

Dentro de diez minutos saldréis de aquí aisladamente e iréis en busca de los autos. Cada grupo de tres —uno para conducir— ocuparéis un coche. Tú, Isaac, conducirás el mío. De esta forma seréis quince en cinco coches, y por caminos separados os dirigiréis a las inmediaciones del cementerio del distrito séptimo. Cerca de él se eleva un desmonte tras el que podéis ocultar los coches hasta el momento preciso de lanzarlos a la carretera. Cuando mi coche pase por delante del desmonte, abandonáis el refugio y tomáis el camino contrario. No muy lejos del cementerio, en la pista, os cruzaréis con un coche fúnebre, y seguramente con varios autos que formarán el cortejo. Cuando paséis a su altura, abríis fuego de ametralladora sobre ellos, barriéndolos sin contemplaciones. Debo advertiros que en esos autos irá el grueso de la cuadrilla de Jimmy, y que no son cobardes ni blandos para atacar y defenderse.

«Jess tomará el camión cerrado y se situará al otro lado del desmonte a esperar mi intervención. Cuando Isaac y yo ataquemos al conductor del coche fúnebre y le mandemos al infierno, avanzará para ayudarnos. Se trata de trasladar el féretro al camión y salir

rodando a toda marcha con él a nuestro escondite de Bronx. Tú, Jess, sólo te ocuparás de escapar con el féretro, sin intervenir en lo, que suceda en la carretera.

»Inmediatamente que hayan sido liquidados, cada cual por el camino más fácil se dirigirá a dicho refugio.

Uno de los contrabandistas, asombrado, preguntó:

—Pero ¿es que vamos a correr ese peligro para apoderarnos de un fiambre?

—Tú no tienes por qué hacer comentarios ni preguntas, Nap. Ésas son las órdenes del jefe, y lo demás vendrá después. Cuando el jefe ordena una cosa no lo hace para perder el tiempo. Si no tuviese otra finalidad más práctica, ¿no es bastante deshacernos de unos competidores como éstos? Menos preguntas, y cada cual a su cometido. Hay que estar allí al filo de las seis.

Cuando iban a salir, Terence preguntó a uno:

—Rex, ¿preparaste como te ordené el «Packard» grande?

—Todo está en orden, Terence.

—Pues andando, que el tiempo vuela.

Él en persona vigiló la salida de sus hombres. La casa poseía a la espalda un terreno accidentado, con una salida disimulada en el desmonte. Por una especie de trocha en el terreno, los *gangsters* se fueron deslizando hasta alejarse aisladamente.

Cuando quedó convencido, de que no habían sido vistos ni corrían peligro, Terence volvió al interior de la casa, diciendo a Isaac:

—Quédate junto a los coches. Voy en busca de la muchacha, para que ocupe el «Packard» y se largue. Debo hacerla salir antes de que nos ausentemos todos.

Subió la escalera y alcanzó el piso donde Magde debía estar esperando que le confiasen el servicio designado. Con su doble llave abrió la estancia, y al entrar, sus ojos se dilataron dominados por el asombro y la inquietud. La estancia se hallaba vacía, y Magde había desaparecido.

Tardó algunos segundos en convencerse de que, en efecto, la muchacha no estaba allí. Rabioso y dominado por el pánico, recorrió toda la casa, buscando sus huellas, pero inútilmente. Magde no aparecía por parte alguna. Y lo extraño era que la puerta principal se hallaba cerrada con llave, de la que sólo cada uno de

los pistoleros poseía una para su uso.

Hasta que en la feroz requisa que realizaba descubrió a la altura del primer piso una ventana abierta. Se asomó a ella, y emitió un juramento.

Aunque alta, una persona arriesgada podía decidirse a dar el peligroso salto, y sólo empleando aquel medio la prisionera podía haber conseguido escapar, pero ¿cómo, cuándo y adonde? No la había visto desde la hora del mediodía que le entregó algunos alimentos, y eran ya las cinco y media de la tarde.

Bramando, alcanzó el garaje y a gritos ordenó a Isaac que pusiese el auto en marcha e hiciese una descubierta por la carretera. Sólo diez minutos para ir y volver, por si la fuga se había realizado hacía poco y conseguía alcanzarla. Más no podía esperar.

Cuando Isaac regresó quedó desalentado. La muchacha no había sido descubierta.

—Bien —dijo Terence—, esto es algo que nos va a costar un disgusto, pero ya no tiene remedio. Podemos dar el adiós a esta guarida, donde ya no podremos volver. Menos mal que contamos con otras, pero me pregunto qué sabrá esa pécora de nosotros, y qué podrá hacer para perjudicarnos. Me temo que el jefe ha pecado esta vez de confiado.

Y con decisión dio orden de subir al auto y partir.

CAPÍTULO XIV

UN ENTIERRO TRÁGICO

La audaz fuga de Magde se había realizado una hora antes de ser descubierta. Por dos veces la valiente muchacha había abierto su cuarto con la llave que conservaba, y otras tantas se había visto obligada a retroceder por falta de facilidades para encontrar la salida. Los *gangsters* que iban llegando a concentrarse para recibir órdenes, andaban por la casa y no le fue posible descender del piso por temor a ser descubierta y ponerse en un terrible peligro de muerte.

Pero poco antes de las cinco cesaron los ruidos, y Magde, calculando que debían encontrarse en el sótano, se decidió a probar suerte de nuevo.

Envolvió con sumo cuidado el plano en su pañuelo, lo guardó en su bolso, y de puntillas, conteniendo la respiración, descendió la escalera sigilosamente. Así alcanzó el piso bajo y se encaminó a la puerta, con el corazón palpitándole angustiosamente. Temía enfrentarse con aquella horda y no poder defenderse de ella con su pequeña pistola.

Cuando, por fin, llegó a la puerta, se sintió presa de la más honda desesperación. Estaba sólidamente cerrada, y su llave no servía para ella.

Retrocedió, pálida y convulsa. Tenía la libertad al alcance de su mano y no sabía cómo tomarla.

Las pocas ventanas del piso bajo poseían sólidas rejas. Subió descorazonada al piso superior y se dedicó a requisarlo.

Al penetrar en una estancia vacía y polvorienta, descubrió una

ventana. Temblorosa, la tanteó hasta conseguir que cediese, no sin ciertos chirridos alarmantes. Se asomó con vehemencia, y miró hacia abajo. La altura era superior a cuatro yardas, pero no tenía opción y debía saltar por ella, pasase lo que pasase.

La casa se hallaba enclavada en un terreno solitario; de no ser sorprendida por los *gangsters*, nadie podría descubrir su fuga. Sin vacilación alguna se colgó el bolso al hombro, montó a horcajadas en el alféizar, sacando el cuerpo fuera, y aferrándose con las manos al marco, se dejó escurrir a lo largo de la pared y aflojó la presión para caer con las piernas flexionadas para amortiguar la rigidez de la caída.

Sufrió una especie de calambre al chocar con la tierra, pero se repuso pronto. Luego, apelando a todas sus energías, echó a correr a campo traviesa.

Ignoraba la hora que era, pero la calculaba en más de las cuatro. Si así era, tenía que encontrar un vehículo que a toda marcha la llevase a la capital.

Corrió más de media milla, alejándose de la fatídica casa sin descubrir un vehículo, hasta que poco más tarde, un camión atestado de verduras apareció en la asphaltada pista.

Magde se atravesó en el centro con los brazos en alto, y el camión se vio obligado a detenerse frente a ella, el conductor, enfadado, gritó:

—¿Qué diablos le sucede, amiga? ¿Es que le han gastado la broma de dejarla abandonada? Los beodos tienen esas bromitas con las muchachas tontas.

Magde, sin hacer caso de la ironía, preguntó:

—¿A qué distancia estamos de la capital?

—A unas seis millas, o algo menos.

Extrajo un billete de diez dólares del bolso y se lo ofreció al conductor, diciendo:

—Esto por la molestia. Ahora, a toda velocidad al Palacio de Justicia; servicio de policía. No vacile, pues le costaría caro desobedecer.

El conductor, asustado por la amenaza, la dejó saltar entre las seras y banastas, y, pisando el acelerador, arrancó a toda marcha hacia la ciudad.

Eran casi las cinco y media cuando el camión se detenía ante el

Palacio de Justicia. Había tropezado con la oposición de los policías de tráfico, pero Magde, con su muletilla de «Servicio urgente de policía» allanó todo obstáculo. La joven saltó del vehículo como un felino, y dejando atrás a los policías de servicio que pretendían detener su paso, llegó al despacho de Soddy, empujando la puerta con violencia y penetrando cuando un agente trataba de aferrarla por un brazo.

Soddy y Clel, que se hallaban en el despacho, se levantaron como impulsados por un resorte. El joven, con vez estrangulada, gritó:

—¡Magde!

El jefe hizo una seña para que la dejaran libre, y cuando Clel se disponía a hacer preguntas, ella, enérgica, protestó advirtiéndolo:

—Ni un minuto que perder, señor Soddy. Haga concentrar los hombres que pueda, cuantos más mejor, y bien armados. El tiempo apremia. Dé orden de que se reúnan dispuestos a salir, mientras le digo lo que sucede.

—¿Hacen falta muchos? —preguntó el jefe.

—Los precisos para batir unas tres docenas de contrabandistas bien armados, y apoderarse de un alijo de drogas fantástico.

Soddy, nervioso ante la afirmación, empezó a dar órdenes tajantes por teléfono. Poco después un movimiento inusitado, agitaba todo el palacio.

Cuando terminó de ordenar, se sentó, diciendo:

—Ahora, hable, Magde. ¿Dónde estuvo?

—Ya se lo diré. Ahora lo que urge es esto. A las seis, minuto más minuto menos, se encontrarán en las inmediaciones del cementerio del distrito séptimo, la banda de Jimmy «El Escurridizo» y la que nosotros estamos persiguiendo. La primera custodiará hasta allí un cargamento de drogas, y la segunda va dispuesta a apropiársela a tiros. Calcule lo que esto significa.

—¿Cómo lo ha sabido, Magde?

—Por el mensaje de un soplón que esta banda tiene filtrado en la de Jimmy. La cosa no puede ser más ingeniosa. El cargamento habrá entrado en el aeródromo en forma de ataúd. Contiene el cadáver de un súbdito norteamericano fallecido en Honolulu y que embalsamado ha viajado hasta San Francisco, y de allí, aquí. El cadáver llegaba a las cinco, y lo habrá esperado Jimmy con su

banda para trasladarlo en un coche fúnebre hasta el cementerio en el que recibirá sepultura. Esta noche, en complicidad con el sepulturero, debe ser desenterrado y extraído el contenido; pero la otra banda, informada, estará a estas horas esperando el paso de la comitiva para atacarla y apropiarse del cargamento.

Soddy, que no acertaba a encajar la noticia, repuso:

—¿Cree usted que no lo descubrirán en el aeródromo? Registrarán el ataúd, y...

—No descubrirán nada. El cadáver es una magnífica figura de cera, y dentro va el cargamento. Ahora dé las órdenes que estime oportunas o llegarán tarde.

Soddy llamó a uno de los jefes, y durante unos minutos le estuvo ilustrando sobre lo que iba a suceder y en qué consistía su misión. Al final advirtió:

—Disparen sin compasión, y necesito ese féretro en el Palacio de Justicia cuando haya barrido a la carroña. No le digo más. ¡Ah! Procure coger alguno vivo para que cante y nos enteremos de todo. Éste es el servicio más valioso que vamos a prestar en mucho tiempo.

Cuando Soddy concluyó de hablar, Magde sacando de su bolso el pañuelo, extrajo, de él el trozo de mapa y, colocándolo sobre la mesa, indicó:

—Si no se han borrado, aquí están las huellas digitales del jefe de la banda. Las dejó impresas de modo imprudente en él cuando me asignó un servicio que debía realizar en Peterson esta tarde.

Soddy se levantó de un salto, exclamando:

—¿Ha dicho usted en Peterson?

—Sí; debía conducir allí un auto con drogas.

—Entonces, vea esto. Es un anónimo que recibí comunicándome que de las seis en adelante un «Packard» negro de ocho cilindros, conducido por una joven rubia, cruzaría a toda velocidad la carretera hacía Peterson, con un contrabando de drogas. Se me advertía que dentro irían contrabandistas armados de ametralladoras, y que no intentasen detenerle, sino disparar sobre él.

Magde tembló. Ahora se daba cuenta de la clase de cepo que le habían tendido para eliminarla.

—Comprendido —dijo—. Ese bicho sabía que yo pertenecía a la

policía, y ha intentado que fuesen mis propios compañeros los que me matasen.

—Y lo hubiesen hecho de no detenerse usted —afirmó el Jefe de policía—. Hay ya varios autos escalonados en la carretera esperando el paso del «Packard».

Clel, que no encontraba el modo de interrogar a la joven, exclamó:

—Magde, me tiene usted en ascuas y debe contarnos su odisea; pero antes debemos ordenar que tomen esas huellas. Mientras las comprueban nos dirá qué ha sido de su vida en todo este tiempo.

Soddy llamó a un agente y le entregó el plano, ordenando que lo pasasen enseguida al gabinete de huellas para su comprobación, y mientras ésta se realizaba, Magde se dispuso a dar cuenta de sus aventuras en la aislada casita de las afueras de la ciudad.

* * *

El avión procedente de San Francisco había llegado con sólo diez minutos de retraso sobre la hora prevista. En el aeródromo esperaban a pie firme tres individuos enlutados que escrutaban con impaciencia el claro cielo de la tarde.

El avión tomó tierra, y tras las operaciones de rigor, dos mozos extrajeron un lujoso féretro, depositándolo en un hangar para su comprobación.

Los tres enlutados presentaron la documentación que estaba en orden, y la Sanidad, después de echar un vistazo al cadáver por pura fórmula, autorizó su salida. Se trataba de un individuo ya viejo, con una hermosa barba gris y un amplio bigote a tono con su barba. El féretro fue sacado y depositado en el coche fúnebre que esperaba fuera del aeródromo, y la comitiva se puso en movimiento. Total seis autos con unas dieciocho personas figuraban en el duelo.

Ya en la amplia pista asfaltada próxima al cementerio, el cortejo, que había avanzado despacio, aceleró la marcha. Eran más de las seis de la tarde, y todo se había desarrollado con esa naturalidad con que a veces se desarrollan las cosas más difíciles y absurdas.

No obstante, los individuos que formaban el cortejo iban alerta. En el fondo de los autos descansaban las «Thompson» dispuestas a abrir fuego, al menor asomo de peligro.

Cuando estaban próximos al cementerio, por detrás de un desmonte, surgió un auto, luego otro y después otro. Avanzaban a buena velocidad, ciñéndose a la pista por el lado contrario a la fila de autos que seguían al fingido cadáver.

De los tres que figuraban en el coche del duelo, uno de ellos, alto, esbelto, de buena presencia y representando unos cuarenta años, advirtió:

—¡Cuidado, por si acaso! No me agrada cruzarme con tantos autos juntos a la vez.

Los ocupantes empuñaron sus pistolas ametralladoras, en previsión de un inesperado ataque, pero no tuvieron tiempo de ponerlas en posición de apuntar, a través de las ventanillas. Los coches empezaban a cruzarse con los contrarios, y un horrible crepitar de armas automáticas restalló casi simultáneamente.

Los atacados, sorprendidos, se apresuraron a replicar, y en unos segundos, se entabló un trágico tiroteo, que daba al lugar el aspecto de una verdadera batalla.

Los autos giraban de costado para evadir las andanadas que recibían a través de las ventanillas, pero los conductores, más al descubierto, habían caído a las primeras pasadas, y algunos coches entraron en colisión chocando aparatosamente, mientras sus ocupantes se buscaban con fiereza a través de las ventanillas.

Mientras los componentes de los dos bandos peleaban con furia salvaje por eliminarse, Terence, que había surgido el último de la fila, se dirigió rectamente hacia el coche fúnebre, cuyo conductor, al darse cuenta del peligro, había tratado de salir huyendo. Terence disparó sobre él, y el infeliz, ajeno a la banda, recibió la ráfaga de la «Thompson» en el pecho, quedando segado a balazos para caer sobre el volante con el auto en marcha. Entonces, el sanguinario jefe, saltó al interior del coche, cuya portezuela había quedado abierta, y pudo ganar el *baquet* para hacerse con la dirección del vehículo intentando escapar con él.

La pugna seguía trágica en la doble fila de autos detenidos de cualquier manera en la pista. Aunque el fragor de las detonaciones había decrecido, pues se habían producido bastantes bajas, aun crepitaban las armas automáticas, y un pandemónium de gritos, lamentos, blasfemias y maldiciones, ponía el contrapunto a la «massacre».

Y cuando la pelea, parecía que iba a decidirse —no sin bajas— a favor de los hombres de Terence, surgió algo que, por lo inesperado, acabó de sembrar el pánico.

A. una velocidad de vértigo, ocupando todo el ancho espacio de la pista, una nutrida formación de motos de policía y autos blindados, avanzaba en tromba hacia el lugar de la lucha. Los combatientes, al darse cuenta del doble peligro, comprendieron que ya no tenían tiempo de escapar, y en un impulso común, los que aún podían manejar un arma, se dispusieron a hacer frente a la formación policial.

Pero ésta, cumpliendo órdenes tajantes, no esperó a ser acogida a tiros de ametralladora, sino que rompió el fuego barriendo por delante cuanto iba encontrando a su paso.

Fue una actuación dramática, que aún necesitó de algunos esfuerzos aislados para acabar con la resistencia, pero minutos después, el fragor de los estampidos había terminado.

Terence, que se había puesto al volante del coche fúnebre para alejarse de allí y alcanzar el camión, comprendió lo desesperado del momento. La policía, a su espalda, le alcanzaría antes de poder trasladar el fingido cadáver a su propio vehículo.

Pero, duro y valiente, lo intentó. Forzó la marcha del fúnebre coche, y alcanzó el camión, cuando su conductor, aterrado, se detenía dispuesto a escapar por su cuenta.

—¡Pronto! —rugió Terence fuera de sí, saltando del lugar de la conducción—. Ayúdame a sacar esto. Quizá aún tengamos tiempo de escapar.

Como lobos, se arrojaron sobre el coche mortuorio y lo abrieron, tirando del ataúd, pero cuando ya habían conseguido sacarlo fuera, observaron con espanto que media docena de motos se lanzaban sobre ellos fieramente.

Terence, con un horrible juramento, soltó el ataúd, y parapetándose contra él, levantó la «Thompson» y enfiló las motos. Algunas saltaron como caballos encabritados, pero otras siguieron avanzando mientras las armas automáticas de la policía ladraban repetidamente, barriendo el terreno en abanico.

Terence cayó sobre el ataúd, acribillado a balazos, y el conductor del camión, también alcanzado de modo espectacular, salió dando vueltas por la pista al ser barrido a tiros.

La feroz batalla había terminado, y allí quedaban como un exponente de la lucha entre la Ley y los que trataban de burlarse de ella, varios coches acribillados a proyectiles, un montón de cuerpos destrozados por el plomo —algunos aún con vida, revolcándose en sangre— y varios abnegados servidores de la Ley, inmolados en aquella pugna terrible.

Las dos más peligrosas bandas de contrabando de drogas de la nación, habían sido aniquilarlas, víctimas de sus propios egoísmos, pero varios hombres generosos y abnegados, al servicio de la Humanidad, habían pagado también con sus preciosas vidas, el triunfo que brindaban a los demás.

Así era la Ley y así tenía que admitirla el que intentase luchar contra ella.

CAPÍTULO XV

UN FINAL INESPERADO

Magde, toda emocionada, había dado fin a su relato. Tanto Soddy como Clel le habían estado escuchando anhelantes, admirando el valor y la decisión de la joven.

Ésta, que ignoraba cómo Clel había conseguido fugarse, mostró interés en conocer también su odisea, y el joven le dio cuenca de su aventura del sótano del río.

El jefe de policía, que se había desentendió en parte de ellos, había vuelto a llamar por teléfono, y daba nuevas órdenes. Debían localizar la casa que había servido de prisión a Magde, guiándose por sus informes.

En aquel momento, un agente se presentó con gesto nervioso, y suplicó:

—Señor Soddy, señor Clel: el jefe del departamento de huellas les ruega le visiten con urgencia.

Los tres se pusieron en pie vivamente. Presentían que algo extraordinario se había descubierto, y una invencible curiosidad les dominaba.

Cuando se presentaron en el gabinete, el jefe, con la faz demudada, declaró:

—Señores, estoy desquiciado de los nervios. No acierto a encajar ciertas cosas, pero la realidad es una, si nuestra ciencia no es un mito o ha fallado por primera vez. Hagan el favor de seguirme.

Les llevó junto a la curiosa máquina que servía para la clasificación de fichas con huellas dactilares.

—Vean esto —dijo—. Como no ignoran, este dispositivo posee

un pincho que encaja en las cartulinas de una misma serie, o sea, con huellas de características aproximadas; van pisando todas las cartulinas, que no corresponden al ejemplar que se busca, porque cuando alguna corresponde, por identidad o aproximación, el gancho no encaja en sus agujeros y cae a este compartimiento, lo que indica que posee relación con la que se busca.

»Ahora vean. Ésta es la huella del pulgar que aparece en el trozo del plano. No hemos metido ningún duplicado en la máquina, y sí las de características aproximadas. Por dos veces, hemos hecho funcionar la máquina con el bloque de huellas, y las dos veces ha caído una, la misma. No hay otra igual en el grupo ni puede haberla, claro es, pues no existen dos huellas digitales exactamente iguales en el mundo, aunque sí algunas parecidas.

»Y ahora, observen lo que sucede.

La máquina empezó a funcionar en medio de la más honda emoción que los tres policías habían experimentado en su vida, y hacia el promedio del bloque, con un «clic», cayó una tarjeta. Las demás, pasaron todas sin caer.

El técnico tomó la tarjeta seleccionada, y la cotejó con la del plano. Todos pudieron comprobar que eran idénticas.

—Esto está claro —aseguró Soddy—. Las dos huellas corresponden a la misma persona... Pero... ¿a quién?

El experto le mostró la tarjeta. Soddy abrió los ojos hasta que casi se le desorbitaron, y balbució:

—¡No!... ¡No puede ser!... ¡Joe Ford, el magistrado!

Clel y Magde le miraron con asombro e incredulidad, pero el técnico, tan anonadado como ellos, afirmó:

—Y, sin embargo, es cierto, si nuestra ciencia no es un mito. Aquí tiene la primera huella que se encontró en el anónimo, un poco confusa, pero exacta. Aquí está la que el señor Griffin, con suma habilidad, le arrancó a Ford en la tarjeta que le presentó pidiéndole examinar los anónimos por segunda vez, y aquí está la que esta señorita acaba de proporcionarnos. Si no hay error en ustedes, las tres corresponden a una misma persona y esa persona es el honorable magistrado Joe Ford.

Clel, excitadísimo, comentó:

—¿Y por qué no va a poder ser? No hay error en las huellas, no señor, todo lo contrario, y este descubrimiento aclara muchas cosas,

porque, ¿quién más al tanto de nuestros pasos y de nuestras actividades que él? Frecuentaba el despacho del señor Soddy, éste le informaba de nuestros movimientos y nuestras indagaciones, y así, supo de nuestra llegada a Nueva York, dónde nos hospedábamos, cómo nos movíamos y quiénes eran nuestros auxiliares. Recuerden la muerte de la doncella del Hotel Washington; ¿quién podía sospechar que era confidente de la policía? ¡Nadie! Sólo él, porque obtuvo el dato y supo de su actuación. ¿Es así o no, señor Soddy?

Éste, rojo de ira y bochorno, rugió:

—¡Tiene usted razón, Clel! Había dado tantas pruebas de adhesión a la justicia, que yo no tuve inconveniente en informarle de nuestros pasos. Nadie podía sospechar que un hombre que había enviado a sus propios auxiliares a la silla eléctrica, fuera el jefe de la banda.

—Así despistaba mejor —dijo Clel—. Por eso no quería entregar los anónimos a examinar, por si encontrábamos algo en ellos. Ahora cabe suponer que él fue quien los fabricó y para ello recortó de su propia revista de Tribunales su nombre, porque le facilitaba la labor. Y así, en suposiciones lógicas, hay que admitir que él fabricó la añagaza de aquel asalto a su auto, a la salida del Tribunal. Con aquel falso atentado que no podía causarle daño alguno, eliminaba algunos policías, y se alejaba mucho más de cualquier sospecha. Lo que no me explico, es cómo se dejó cazar en la trampa de dejar sus huellas en la tarjeta y en el plano.

—No creyó nunca que se pudiera sospechar de él. Poseer sus huellas simplemente, nada significaba. Si se las hubiésemos pedido, las habría dado sin vacilar, y en cuanto a las del plano, siempre creyó que Magde caería en la trampa que le había tendido, y que nada sucedería. El más hábil criminal comete torpezas, y quien infringe la Ley, termina por caer en sus redes.

—Así es —repuso, enérgico, Soddy— y Ford responderá de sus crímenes con creces. La sorpresa que va a llevar dentro de poco, será trágica para él.

Una llamada telefónica le interrumpió. Alguien le reclamaba en su despacho.

—Vamos, Clel —dijo—. Me llama el jefe de la fuerza que salió en persecución de los *gangsters*. Será un día glorioso si lo han coronado con el exterminio de esa horda de envenenadores.

Cuando llegaron al despacho, el policía, con un brazo reciamente sujeto para contener la sangre que manaba de un balazo, sonrió al saludar, y afirmó:

—Sus órdenes están cumplidas, jefe. Las placas de mármol del vestíbulo de nuestro departamento, donde figuran los nombres de los caídos en el servicio se han enriquecido con seis nombres más, pero treinta contrabandistas muertos y unos cuantos gravemente heridos, son la recompensa a nuestro favor. La banda de Jimmy «El Escurridizo» y los rivales de ésta, han caído en una lucha feroz. Abajo está el féretro con el cadáver que me ordenó rescatar.

—Que lo suban aquí, McLean. Estoy muy satisfecho del comportamiento de todos, y se tendrá en cuenta.

Dos ordenanzas trasladaron la rica caja de ébano con aplicaciones de plata, y fue abierta con curiosidad.

Todos quedaron mudos de asombro ante la habilidad que se había derrochado para dar al muñeco todas las características de un verdadero cadáver.

Fue preciso hundir el recio cuchillo en sus carnes artificiales, para comprobar que se trataba de un muñeco, y que estaba hueco en su parte central.

Del abdomen, fueron extraídos tres paquetes de diferente forma, hábilmente colocados para aprovechar el espacio disponible. Era un buen alijo de opio, «coca» y morfina.

Soddy envió las drogas a poder de los técnicos para su examen, y ordenó la presencia de un sustituto del jefe herido en la pelea, para que preparase un par de autos con agentes y una escuadrilla motorizada.

—Vamos en busca de Ford —dijo a Clel—. Yo también deseo tomar parte en la caza. Tengo mis razones especiales para ello.

—¿Y yo? —preguntó Magde, con resolución.

—Usted se quedará aquí descansando, Magde —contestó el jefe—. Bastante ha expuesto ya, y está muy quebrantada.

Ella se resignó. Cuando Clel se disponía a salir, le agarró de un brazo, suplicando:

—Clel, por favor, no se exponga más que lo ha hecho.

—¿Es su deseo personal? —interrogó él, anhelante.

—Es mi deseo personal —repuso Magde, bajando los ojos.

—Gracias. Creo que por esta vez dejaré de mostrarme demasiado

valiente... aunque falte al Reglamentó.

* * *

Era ya de noche cuando abandonaban el Palacio de Justicia, donde los periodistas esperaban a Soddy. Éste les rechazó con un gesto, sin atenderles y montando en uno de los veloces autos de la policía, arrancó a toda marcha para dejarles burlados. Le seguían otros dos autos, y seis motos.

A toda velocidad, se dirigieron a la villa del magistrado. En la penumbra de la noche y a través de las ventanas, se observaba el resplandor de luces encendidas.

Autos y motos, que habían acortado la marcha, se situaron estratégicamente en las proximidades de la villa, y Soddy, con Clel y dos agentes más, se aproximó a la verja, pulsando el llamador.

—¿Qué desean? —preguntó el uniformado portero.

Un agente le encañonó con el revólver y le sacó, confiándolo a un compañero de los que vigilaban fuera. Luego, con decisión, ganaron la escalera y subieron al piso, donde el magistrado tenía su despacho.

Bob, el criado gigante, les cortó el paso.

—¿Qué desean? Mi señor está muy ocupado en este momento.

Soddy extendió el brazo para separarle, pero el criado, adivinando que algo grave amenazaba a Ford, saltó sobre el jefe de policía, golpeándole y lanzándole a tierra, al tiempo que, veloz, sacaba un revólver del bolsillo para hacer frente a los demás agentes.

Clel no titubeó un momento. Su mano accionó veloz en su bolsillo, y el revólver que allí escondía, ladró siniestro. Bob, alcanzado en el vientre, emitió un aullido feroz y trató de disparar, pero Clel y sus compañeros se arrojaron sobre él, para reducirle.

La recia humanidad del fiel criado fue dura de vencer. Gravemente herido, se defendía heroicamente ante la puerta, sin ceder el paso, y sólo cuando recibió un terrible culatazo en la cabeza, quedó anulado.

Soddy, con un ojo hinchado, se había levantado, y, despreocupándose del golpe, ordenó avanzar.

La puerta estaba cerrada por dentro. Los tres se miraron con recelo, pues tras aquel incidente, suponían a Ford encerrado dentro

del despacho y dispuesto a vender cara su vida.

Pero el deber era el deber. Soddy, con voz ronca, gritó:

—¡Abra, Ford! Ya es inútil cuanto intente para salvarse.

Como nadie contestara, Clel, impetuoso, no vaciló un momento; se separó dos yardas, adquirió violencia, y se lanzó sobre la puerta, que cedió, astillándose.

El bravo policía se dejó caer al suelo, temeroso de ser baleado, pero nada sucedió, y cuando los cuatro penetraban, arma en mano, vieron que el despacho estaba vacío.

Buscaron anhelante, sin descubrir otra salida, y sin embargo, adivinaban que un hombre del calibre de Ford, debía tener tomadas todas sus precauciones para salvarse de un peligro tan terrible como aquél.

—¡Fuera! —gritó Soddy—. Hay que vigilar bien los alrededores. Si no se ha escapado aún, lo impediremos.

Salieron al jardín. En aquel momento, un potente auto negro surgió como un meteoro en la Avenida, cruzando a una velocidad de vértigo.

A pesar de la rapidez, Soddy reconoció el auto blindado de Ford, y, furioso, rugió:

—¡Que se escapa! ¡Ése es su coche!... ¡Seguidle!

Saltó a su auto, seguido de Clel y de los dos policías, y, segundos después, autos y motos se lanzaban tras él. La pequeña escuadrilla volaba a lo largo de la Avenida en persecución del negro auto, que ya se había perdido de vista, mientras el jefe de policía, haciendo funcionar el aparato emisor del coche, empezaba a dar órdenes por radio.

—¡Aquí, el auto x.

M-233

de la policía! ¡Atención todos los vehículos en servicio de tráfico! ¡Atención! Auto negro, grande, «Packard», ocho cilindros, tripulado por el magistrado Joe Ford, será detenido don-de

se le localice. Rueda con dirección al centro. ¡Atención la policía de carreteras! Cierren el paso a todo auto, y no lo dejen pasar sin registrar; Joe Ford debe ser detenido. Extremen vigilancia... ¡Atención!...

El auto de Soddy rodaba hacia el centro de la capital y, según

avanzaba, empezaron a captar avisos de los coches que prestaban el servicio de vigilancia.

—¡Atención!... Aquí, auto policial X. M.-1402... Auto negro «Packard» cruzó con dirección Quinta Avenida... ¡Atención los coches que transiten en ese sector! Detengan coche como sea posible... ¡Atención!

Las llamadas y los avisos seguían sucediéndose con profusión. Soddy, Clel y sus compañeros, captaban las noticias con ansia, y a cada nueva posición que recibían, el auto como loco, giraba para seguir y situarse lo más cerca de la ruta del fugitivo.

—¡Atención!... Auto X. M.-534, aquí en la 3rd Street. «Packard» negro procedente de Bowling Greca, ha cruzado como un meteoro, atropellando a varios transeúntes. Imposible alcanzarle. Se dirige a Rector Street, estación.

—¡Atención! —Advertía otro coche—. Aquí el auto C. M. 17 en Washington Square. Auto «Packard» acaba de cruzar. Hemos disparado sobre él, inútilmente. Le perseguimos.

Soddy seguía rodando camino de los lugares indicados. Docenas de reflectores iluminaban las calles; se recogían nuevas llamadas y avisos procedentes de la Twenty Third Street, la Sixth Avenue, la Madison Avenue, la Fourth Avenue, la Fulton Street y el puente de Washington sobre el Hudson.

Pero los coches policiales se iban agrupando sobre estas rutas, estrechando el círculo. Las sirenas bramaban pidiendo paso libre, los motores trepidaban roncamente, y el pánico y desconcierto reinaba en la ciudad.

Hasta que el «Packard» fue lanzado fuera del casco al distrito de Richmond, terreno poco poblado, con extensas plantaciones, prados y bosques y bastantes residencias veraniegas, por cuyo terreno el poderoso auto negro se lanzaba después de dos horas de caza.

Ford, firme al volante, devoraba millas en un supremo esfuerzo por evadir la caza, pero llegó un momento en que lanzó un terrible juramento al observar que el depósito de la gasolina se estaba agotando en la loca carrera, y que lo que tantos hombres juntos no habían conseguido, lo iba a conseguir aquel poderoso vehículo al sentir sus entrañas secas.

Solamente le quedaba un recurso desesperado. No lejos, se hallaba la casa que había servido de guarida a su banda, si no había

sido ya ocupada, encontraría gasolina de repuesto. Lo intentaría antes de entregarse. Alcanzó la parte trasera, y desmontó. Al empujar la puerta del pequeño garaje, descubrió el auto que habían dejado preparado para Magde. Ford no vaciló al descubrirlo, sabiéndolo tan poderoso como el suyo y con repuesto de nafta, montó en él, y abandonando el suyo, se lanzó a la pista de nuevo. Conforme avanzaba, recordó que aquel coche poseía un pistón automático para cambiar la matrícula. Quizá cambiarla no sirviese de nada, pero si era necesario, lo haría para mejor despistar.

Volaba a obscuras en la negrura de la noche, cuando la luz potente de varios faros iluminó la carretera, y el foco luminoso le envolvió. Por detrás y por delante se veía acosado por sus enemigos y se dispuso a pasar.

De un modo mecánico, pisó el dispositivo que hacía caer una nueva matrícula, pero apenas apoyó el pie, una formidable explosión se produjo, y el coche, en plena carrera, saltó en pedazos con un estruendo formidable, al tiempo que volcaba trágicamente y las llamas se elevaban abrazándole con fiereza.

Cuando los policías acudieron rodeando el auto, todo lo que pudieron hacer fue tirar del cuerpo de Ford, que, envuelto en llamas, ardía como una tea.

Así había acabado su tortuosa carrera, aquel ser enérgico, hábil y perverso, que un día se creyó el amo de Nueva York y cayó como casi todos los que se atreven a desafiar el largo brazo de la Ley.

* * *

Era de madrugada, cuando Soddy, con Clel y algunos altos jefes, se reunían en el despacho del primero. Todos tenían los nervios destrozados, pero estaban satisfechos de la trágica jornada.

Se estaba registrando a fondo la villa de Ford, y algunos depósitos de drogas señalados por varios supervivientes de las cuadrillas, confiándose en realizar algunas detenciones complementarias.

Soddy, en un momento de serenidad, se volvió hacia Clel y Magde, que se sentían gozosos del éxito, y declaró:

—A ustedes les debemos la totalidad del enorme triunfo y es justo declararlo. Con valor, entusiasmo y tesón, han ayudado a acreditar el lema del

F. B. I.:

«Fidelidad, Bravura e Integridad». Éste es el mejor elogio que puedo hacer de ustedes, y no es poco.

»Ahora, creo que un mes de permiso para que descansen y se repongan del quebranto, no les caerá mal. Lo solicitaré personalmente del jefe supremo, confío en que les sea concedido. Y por hoy, creo que nos hemos ganado un buen reposo. Váyanse a dormir, y mañana continuaremos ultimando los detalles que faltan para poner fin a este asunto.

La pareja se levantó pesadamente, dispuesta a salir. Magde preguntó a Clel:

—¿Dónde se hospeda ahora?

—Donde usted. En el Baltimore. Me envió allí el jefe, y reservé una habitación para usted, seguro de que llegaría a ocuparla.

—Mucha confianza tenía entonces en mi estrella —contestó Magde, sonriéndole.

—No. En su estrella, no. En su valor, en su sagacidad y en su habilidad, sí, y... no me engañó el corazón.

Cuando llegaron al hotel, ella se dejó caer desmadejada sobre un diván. Clel, frente a ella, contemplándola con arrobo, dijo:

—Magde, esto se ha terminado. Los dos hemos corrido peligros terribles, los dos hemos visto la muerte de cerca, y los dos hemos sido acariciados por las alas de la fortuna que veló por nosotros. Esto me hace creer que un destino común nos unió desde el día que nos conocimos, y que tan fuerte ató nuestras personas, que nos condujo por el mismo sendero hasta el final.

»Anoche me pidió usted algo con carácter personal, al margen del compañerismo... ¿Debo interpretarlo como un premio al cariño que deposité en usted desde el primer día, y que, en lugar de decrecer, aumentó?

Ella, mirándole francamente a los ojos, repuso:

—Así es, Clel. No quería rendirme a la evidencia; es más, luché contra ella por entender que era mí deber hacerlo, pero la verdad se me reveló la noche en que le sacaron del sótano para conducirlo a la muerte. Usted había desafiado el peligro por mí, por defenderme hasta el límite posible y yo no podía pasar por alto su sacrificio. Cuando más tarde supe que se había salvado milagrosamente, sentí que el cielo se abría para mí, y en las frías losas de mi prisión, caí

de rodillas dando gracias al cielo por haberle salvado.

Él, acercándose, la levantó del asiento y la tomó en sus brazos, estrechándola amorosamente.

—Y yo me decidí aquella noche a morir con agrado —afirmó Clel— sólo porque la muerte llegaba a mí en un intento de protegerte, querida mía. Luego, el amor que me animaba, me dio valor para intentar la proeza. Sabía que confiabas en mí y lo esperabas todo de mí, y Dios me dio valor para ello. ¿Cómo iba a dejar de acudir a la cita que tu alma me daba a través de la mía, aunque el mensaje sólo llegase por intuición?

—Bien, Clel, creo que debemos olvidar eso. Ha sido demasiado amargo para tenerlo presente en esta hora de triunfo y felicidad. Lo que nos interesa es pensar en el futuro.

—El futuro —dijo Clel— creo que está claro. Aprovecharemos el mes de permiso que nos van a dar, y nos casaremos. Luego, Magde Laird, presentará su dimisión como miembro de la policía, para convertirse en la esposa de Clel Griffin, al servicio del F. B. I.

Creo que con uno solo que siga corriendo peligro, basta.

—No; querido; yo no podré dejarte nunca solo, ni para el bien ni para el mal. Trabajaremos juntos, y lo que sea de uno, será del otro. Fidelidad en el amor y el deber, Bravura para hacer cara a todos los peligros e Integridad para no desertar cobardemente de la lucha en beneficio de la humanidad y para gloria nuestra.

—No, querida —repuso, tozudo, Clel—. Una mujer puede despreciar esos peligros cuando sabe que no deja a su espalda ningún sentimiento que la ate al mundo, más que un deber a cumplir, pero cuando se tiene un cariño como el mío, basta el miedo a perderle puede hacer flaquear el ánimo de la más templada. Por otra parte, la futura madre de mis hijos no puede.

Ella, ruborosa, le tapó la boca con un beso, y luego murmuró:

—Clel, déjame pensarlo. ¡Era tan emocionante eso!

—Pero es tan emocionante tenerte en mis brazos a todas horas que..., bueno, no me hagas disparatar. Si hubiera de exponerme a perderte, con toda la gloria que me han adjudicado, ahora mismo presentaba mi dimisión.

—¡No harás eso, Clel! Te has ganado el tercer entorchado y debes gozarlo.

—Lo gozaré para ti, pero sin que me robes una parte de esa gloria. A cambio de ella, yo te entregaré todo mi cariño, y saldrás ganando.

Y volvió a estrecharla contra su pecho, lleno de emoción...

FIN

¡UNA TRAGEDIA CON MUSICA DE VALS!

Las armónicas notas de una pieza de inefable dulzura, se vieron desgarradas por un grito surgido de lo más profundo de un espíritu torturado.

PETER DEBRY

uno de los mejores autores de este difícil género, ha escogido un tema obseslonante para su novela

VALSES TÉTRICOS

que constituye una afortunada, original y maravillosa descripción de un extraordinario caso policiaco. En esta obra excepcional, que aparecerá la próxima semana en la Colección

SERVICIO SECRETO

su autor se acredita, una vez más, como un psicólogo certero y un narrador de vigoroso temperamento.

No deje de leer

VALSES TÉTRICOS

¡Un libro que difícilmente olvidará!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
 PIMPINELA**

- Núm. 207 - Mercedes Montó
BARRERAS INFRANQUEABLES
- Núm. 208 - Lía Ramos
JOSKA, EL ZINGARO
- Núm. 209 - Nythoma
SU MAYOR VICTORIA



**COLECCION
 ROSAURA**

- Núm. 47 - Sergio Divol
EL LAZO INVISIBLE
- Núm. 48 - M.^a Jesús del Valle
EL SABOR DE UN BESO
- Núm. 49 - Trini de Figueroa
AL DECLINAR EL SOL



**COLECCION
 MADREPERLA**

- Núm. 103 - M.^a Pilar Corré
ALMAS AL DESNUDO
- Núm. 104 - Isabel Salveña
LA MUCHACHA DEL GUARDARROPA
- Núm. 105 - Mercedes Montó
EL NOVIO DE LA NOVIA DE PAPA



**COLECCION
 BIDENTE**

- Núm. 148 - M. L. Estefanía
EL PISTOLERO DEL SUDOESTE
- Núm. 149 - Fidel Prado
LA RUTA DE LOS MALDITOS
- Núm. 150 - Raf. Segram
UN POBRE DIABLO



**COLECCION
 SERVICIO SECRETO**

- Núm. 12 - Peter Debray
GANGSTERS EN CASABLANCA
- Núm. 13 - F. P. Duke
UNA MANO EN LA SOMBRA
- Núm. 14 - Peter Debray
VALSES TETRICOS



**COLECCION
 AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 5 - Zane Grey
SOMBREROS GEMELOS
- Núm. 6 - Zane Grey
ESPIRITU DE CONQUISTA
- Núm. 7 - Zane Grey
UNA SOMBRA EN EL CAMINO

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 pts.



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.

P. Duke

con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».